


ALBAfros



L'HOMME POSTMODERNE

Pensamiento crítico y voces de la esperanza

ANTONIO CAMARÓ



ANTONIO CAMARÓ





Albatros Ediciones-Artes Gráficas Soler, no se hace responsable de las opiniones de los colaboradores que las expresan, en todo momento, de manera individual y en caso alguno representando la opinión de la editorial.

Imagen de portada: *L'Homme postmoderne* de Antonio Camaró
Fotografía de Alfredo G. Carbonell

© Los autores, 2017

© de esta edición:

Albatros Ediciones- Artes Gráficas Soler

La Olivereta, 28

46018 Valencia

Pedidos: albatros.ediciones@gmail.com - www.albatrosediciones.com

ISBN: 978-84-7274-

Depósito legal: V. 000 - 2017

Imprime: Artes Gráficas Soler, S.L. www.graficas-soler.com

AUTORES

Vicente Lafora
Federico Mayor Zaragoza
Carmen Amoraga
José Andrés-Gallego
Emilia Bea
Juan Biosca González
Bouziane Ahmed Khodja
Josep M. Coll
Jesús Conill
Carlos Díaz Hernández
Agustín Domingo Moratalla
Alfredo Esteve Martín
Varda Fiszbein
Vicent García Devis
Francesc Garcia Donet
Baltasar Garzón Real
Claudio Katz
Cheikh Khaled Bentounes
Horacio Kohan
Antonio López Postigo
Nacho Mañó Guillen
Carlos Mario Toro Bedoya

Federico Martínez Roda
Antonio Martínez Carrión
José Luis Martínez Meseguer
Juan Francisco Mejías Gómez
Joan Antoni Melé Cartaña
Rafael Monzó
Gotzone Mora
Alejandro Noguera
Ouka Leele
Juan Bautista Peris
Vicente Ponce Ferrer
Miquel Quel
H.H. Swami Rameshwarananda Giri
Maharaj
Román Reyes
Pepe Romero
Isaac Sananes Haserfaty
Rafael Sentandreu
Félix Tena
Rafael Torres Collado
Juan Torres López
Francisco Tomás Verdú Vicente



VICENTE LAFORA

Periodista con un larga trayectoria profesional. En la actualidad es Presidente de la Mesa de Infraestructuras de la organización Madrid Foro Empresarial (www.madridforoempresarial.es). Es Consejero Delegado de Vilaming Consultores SL (www.vilacon.eu). También es Dircom del Proyecto Socio-Cultural “Proyecto Hombre” y del pintor Antonio Camaró así como Editor de Albatros Ediciones-Artes Gráficas Soler. Ha pasado por La Vanguardia, Las Provincias, el diario Información de Alicante, Hoja del Lunes, Hoja de Valencia y Director del periódico semanal El Boletín de Empresas, Empleo y Finanzas y de la Revista semanal El Temps, subdirector del periodico deportivo Superdoporte. Ha sido Director y Editor del periódico quincenal La Voz del Mediterráneo, y Director y Editor del primer diario digital en España www.lavozdigital.com, del cual fue su fundador, compartiendo su labor de periodista como Director de su propia Agencia de Comunicación e Imagen en la que dirigió la edición de grandes proyectos: El Libro del Agua y El libro del Ferrocarril y la biografía “La Huella de Lerma”, con opiniones del Senador y President de la Generalitat Valenciana, Joan Lerma, así como de diputados y senadores de todo el arco parlamentario español. Actualmente, es Coordinador de la Mesa de Infraestructurasde Madrid Foro Empresarial.

Seguramente que ustedes al tener en sus manos este libro, lo primero que se preguntarán es: ¿Cuál es el motivo por la que una editorial como Albatros Ediciones-Artes Gráficas Soler con más de un siglo de trayectoria y centrada en la edición de publicaciones académicas, científicas, de Historia, Literarias, Bibliográficas... se ha lanzado a este proyecto editorial y artístico?

Y, naturalmente, otro de los interrogantes que les vendrá a la mente se sustanciará en ¿Por qué han escogido estas firmas y no otras? Y quizás también se pregunten ¿Por qué un libro sobre el pintor Antonio Camaró y no otro artista? Y también se preguntarán, ¿Por qué esté cuadro L'Homme Postmoderne, y no otra obra de Camaró?.

Todos estos interrogantes y otros muchos más serán los primeros pensamientos que les surjan al tener dicho libro en sus manos. Todo lector cuando escoge un libro busca algo dentro de él que le aporte un motivo por el que leerlo y una sintonía intelectual que compartir y vivir. Y todo editor, cuando publica un libro intenta que dicha publicación sea mucho más que un compendio de letras, que sea un libro con un significado, una propuesta literaria atractiva, diferente, diversa, singular. Que no sea un libro más, que sirva de mero elemento decorador en cualquier biblioteca particular o pública.

Pues bien, todos estos argumentos y más cuestiones que ustedes se harán en el instante en que tengan el libro en sus manos, tienen una respuesta por inverosímil que parezca.

Primero, cuando un editor decide editar un libro comparte el mismo sentido y necesidad que cuando un pintor de-

cide crear una imagen sobre un lienzo en blanco. El editor persigue que el libro transmita, lo mismo que el pintor quiere que su cuadro sea una ventana abierta al pensamiento, a la imaginación. Ese es el primer punto que responde a la pregunta ¿Por qué un libro sobre un cuadro?

Respecto al interrogante de por qué estas firmas y no otras. Ustedes se preguntarán qué tienen en común personas tan dispares como Federico Mayor Zaragoza, Baltasar Garzón, Ouka Leele, Cheikh Kaled Bentounes, Varda Fisbein, Carlos Díaz Hernández, Bouziane Ahmmed Khoja, Fèlix Tena, por citar algunos entre las más de 40 firmas.

La respuesta se asienta en la tradición libre pensadora y científica que durante más de 100 años ha regido la línea editorial de Albatros Ediciones-Artes Gráficas Soler y al sentimiento plural de vivir y pensar de Antonio Camaró. Todos ellos tienen rasgos comunes. Primero son personas con un prestigio profesional ampliamente acreditado en sus respectivas profesiones. Segundo, todos comparten una sensibilidad social y una actitud de libre pensamiento. Y tercero, son personas con una sensibilidad artística, les gusta el Arte, basta con leer sus reflexiones sobre Camaró y su cuadro. Por estos motivos, Albatros Ediciones-Artes Graficas Soler hemos optado por hacer un libro que sea plural, diverso en los pensamientos y con personas de prestigio cultural, académico y científico.

Respecto a la cuestión de porqué la editorial ha optado por editar un libro del artista Antonio Camaró, es por diversas razones que se sustancian en una: Camaró es un artista reconocido internacionalmente, su pintura es libre, cada cuadro es una obra diferente, pero con un rasgo común la pasión por el color, y el color es luz, y la luz es signo

de conocimiento, tal y como la entendían en la Ilustración. Por ello, hemos optado por Camaró, porque es un pintor ilustrado como las firmas que hemos escogido, son personas ilustradas.

Y el último interrogante, porqué han escogido este cuadro y no otra obra de Camaró. Primero porque tanto a la editorial como al pintor esta obra tiene un significado que la hace especial. El objetivo de este libro sobre L'Homme Postmoderne, es reflexionar cómo vemos al hombre actual y cuál puede ser su futuro y el de nuestra comunidad,

desde una mirada crítica y a la vez de esperanza, hacia una sociedad más humana, justa y solidaria.

Estos son los motivos por los que hemos optado por editar un libro que sea más que un compendio de hojas bien encuadernadas, o una mera relación de artículos sobre un cuadro. Hemos optado por editar un libro que grite, que alimente el pensamiento y el espíritu de cada lector con reflexiones dispares, libres, y en busca de un marco donde el color y la luz, sirvan de pinceles para pintar un Mundo mejor. Todo un reto, dado el ambiente internacional actual.

La tradición libre pensadora y científica que durante más de 100 años ha regido la línea editorial de Albatros Ediciones-Artes Gráficas Soler y el sentimiento plural de vivir y pensar de Antonio Camaró tienen rasgos comunes: una sensibilidad social y artística.



FEDERICO MAYOR ZARAGOZA

<http://www.fund-culturadepaz.org/>



Profesor, político y alto funcionario internacional español. Fue director general de la Unesco entre 1987 y 1999. Presidente del Consejo Directivo de la Agencia de Noticias Inter Press Service. Es miembro de múltiples organizaciones, academias y asociaciones nacionales e internacionales, entre otras: Sociedad Española de Bioquímica (1964), Asociación Americana para el Fomento de la Ciencia (1965), Sociedad de Bioquímica del Reino Unido (1966), Real Academia Nacional de Farmacia (1975), Club de Roma (1981), Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1994), Academia China de Ciencias (1994), Academia Rusa de Ciencias (1999), Academia Georgiana de Ciencias (1998), Real Academia Nacional de Medicina (2002) y de la Academia Europea de Ciencias y Artes.

Actualmente es el presidente de la Fundación Cultura de Paz, constituida en Madrid en marzo de 2000, el Profesor Mayor continúa la labor emprendida como Director General de la UNESCO de impulsar el tránsito de una cultura desde la violencia e imposición a una cultura de paz y tolerancia. Celebra cursos sobre Cultura de Paz –contenidos educativos, orígenes de los conflictos, democracia, derechos humanos– y reuniones y “talleres”.

LA INCOMPARABLE VOZ DEL ARTE

¡Cuántos pensamientos provienen de los sentimientos!
¡Cuántas reflexiones se originan en las emociones! Emociones que transmiten los trazos y colores, la interpretación pictórica de un semblante, de un estilo, de un amanecer, de un crepúsculo...

Se avecina, quieranlo o no los que desde el origen de los tiempos han ejercido el poder absoluto, la transición histórica de la fuerza a la palabra, de la acción impuesta a la voluntaria, del cumplimiento condicionado al espontáneo. La libertad es el don supremo de la especie humana. Por ello es fundamental que, como tan bien expresa Antonio Camaró, aprendamos a ser y no a tener. Aprender a ser, a conocer, a hacer, a vivir juntos, a emprender. Educación, según la inmejorable definición de la UNESCO, es “ser libres y responsables”. Libres, actuando en virtud de las propias reflexiones y nunca al dictado de nadie ni de nada. Ni bajo el temor, el dogma... que derivan en conductas irreflexivas, obcecadas, fanáticas.

Libertad para el pleno ejercicio de las facultades distintivas de la humanidad: pensar, imaginar, anticiparse, innovar, crear! Cada ser humano único capaz de crear, nuestra esperanza.

Y responsabilidad, teniendo siempre en cuenta “al otro”, a los demás. En castellano y catalán va implícito en el “yo”, cuyo plural es “nos-otros”. Solidaridad “intelectual y moral”. Fraternidad, como preconiza el artículo primero de la Declaración Universal de Derechos Humanos.

A partir de ahora, gracias a las nuevas tecnologías de la comunicación, ya podemos expresarnos, ya sabemos lo que acontece y, sobre todo, la mujer, piedra angular del

mañana distinto que anhelamos, progresivamente en el estrado en virtud de sus facultades inherentes. A partir de ahora, manos y voces unidas para los cambios de fondo calado que son imprescindibles y urgentes porque, en caso contrario, podríamos aproximarnos, en procesos sociales y medioambientales potencialmente irreversibles, a puntos de no retorno. A partir de ahora el arte y no la espada. El arte y la palabra para esclarecer horizontes hoy tan sombríos.

Todos los seres iguales en dignidad, sea cual sea su género, su color de piel, su edad, su ideología, su creencia. Ahora, este principio radical podrá ser observado gracias a los mensajes que, desde la imagen y la letra, persuadan a cada persona de que el por-venir está por-hacer y de que es posible inventarlo.

En su extensa obra, Camaró une apasionadamente arte y pensamiento “para construir una sociedad de iguales y más justa”.

A través de sus pinceles nos muestra iluminados senderos del mañana:

com-partir
co-operar
com-padecer
con-vivir
...y des-vivirse!

José Martí ya lo advirtió con clarividencia a los jóvenes de América: ...“la solución está en crear”. El pintor Antonio Camaró renueva con fuerza este mensaje.

Contemplémoslo. Escuchémoslo. Sigámoslo.



CARMEN AMORAGA

Licenciada en ciencias de la información por la Universidad CEU Cardenal Herrera y ha trabajado como columnista en el diario Levante-El Mercantil Valenciano. Trabaja como asesora de relaciones con los medios de comunicación en la Universidad de Valencia y también publica en la Cartelera Turia. Miembro del PSPV (Partido Socialista del País Valenciano), fue diputada por Valencia en la IX Legislatura de las Cortes Valencianas. El 9 de septiembre de 2015 fue nombrada Directora General de Cultura y Patrimonio de la Generalitat de la Comunidad Valenciana.

El sol comenzó a calentar la uralita del improvisado hogar que se había fabricado en la azotea de un edificio de la gran vía donde sus inquilinos no subían nunca. Las criadas sí que subían a tender la ropa o a tomar el sol, si disponían de un rato libre, pero a ellas les tenía sin cuidado que el durmiera allí todas las noches. Había una, la más generosa, que le dejaba algún resto de la cena de la noche anterior y una noche, que la señora la pilló con el plato de la comida subiendo las escaleras, le dijo que era para alimentar a un gato que rondaba por el tejado.

Los plásticos de unas persianas viejas que había dispuesto a modo de paredes se hinchaban con el calor y emitían un crujido que le servían de despertador. Se alzó sin pereza. Esa costumbre la continuaba arrastrando de su paso por el seminario franciscano donde la diligencia no era premiada con nada pero la gandulería era castigada con una ración menos de pan en el desayuno o un cazo menos de garbanzos en el almuerzo.

Por armario tenía una caja del tamaño de un ataúd. En una cuerda que atravesaba horizontalmente el cartón colgaba la ropa para que no se arrugase. De las dos chaquetas que tenía, escogió la marrón, más que nada porque la gris la había llevado el día anterior. Antes se había ajustado la corbata al cuello de una camisa que en sus orígenes fue blanca pero que ahora había adquirido un color sepia que no le favorecía, por eso decidió ponerse encima un chaleco oscuro. Completaba su atuendo unos pantalones grises, unos calcetines roídos por los que enseñaba las uñas de los dedos gordos de los pies y unos zapatos. Al calzarse se percató de que la suela se había despegado y parecía la lengua sedienta de un perro.

Arrumbó los zapatos en una esquina, esa fatalidad no le iba a arruinar el día. En una astilla de espejo se miró para peinarse. Sin prisa, se mojó primero el pelo con abundante agua que guardaba en una palangana y luego se pasó con parsimonia el peine recogiendo el cabello en marcados surcos. Por último, para fijar el peinado, se aplicó unas gotas de brillantina de una botella que conservaba en estima y que le daba mucha pena agotar.

Antes de salir del chiscón agarro el bastón, era un recuerdo familiar. Lo había heredado de su padre y su padre de su abuelo. El bastón era de madera de haya, de diseño austero que le confería esa imagen de caballero elegante entre intelectual de su tiempo o de pequeño burgués venido a menos, en su caso lamentablemente coincidían ambas causas.

Lo que más le gustaba era salir por la puerta del edificio con el bastón suspendido de su antebrazo y que los viandantes le confundieran con un propietario.

Anduvo por las calles como un señor propietario que paseaba durante dos horas por prescripción médica. Con el estómago vacío arrimaba la nariz a las ventanas de los bares por donde el olor aceite calentito le alimentaba algo.

Se palpó el bolsillo y encontró unas monedas. Las contó y dudó si emplearlas en unas porras o en un licor. Decidió lo segundo y a media mañana ya estaba sentado en una silla de su café teatro favorito. Las actuaciones se realizaban por la noche pero a él no le importaba. Pidió un licor y sobre la mesa de mármol, el amable camarero le dejó un vaso y la botella entera por si quería repetir. A esas horas

de la mañana no había apenas clientes y podía hacer esos pequeños favores.

Se acomodó en su asiento, cruzó las piernas con estilo señorial y se aferró al cayado. Le gustaba imaginarse ahí sentado como si fuera un comerciante de provincias que había venido a la capital a hacer el negocio de su vida. Se retrasaba la visita que había concertado el día anterior por teléfono y miraba un reloj imaginario preocupado porque el tren de regreso a su pueblo saliese antes de realizar el trato. Un mar de dudas emergían por su cabeza porque si no se subía al último tren tendría que hacer noche en una ciudad desconocida.

Otras veces se figuraba que era un amante que le había robado unos minutos a su trabajo para citarse con una enamorada impuntual u olvidadiza. La dulce espera de los primeros minutos se iba tornando en desesperación hasta llegar al remordimiento de haber dejado la obligación por una diversión que no estaba celebrando.

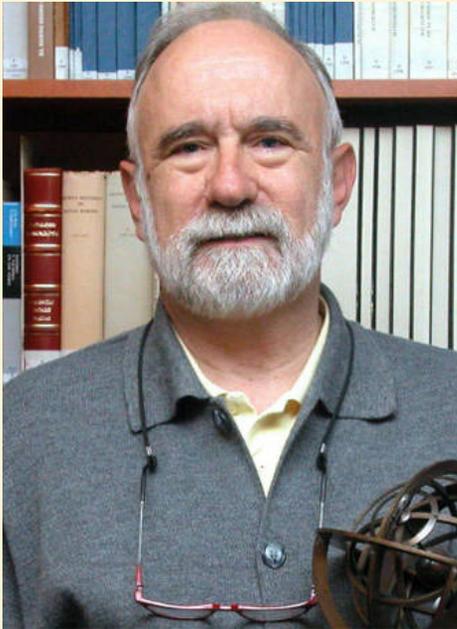
Aunque lo que de verdad quería era saborear la soledad del escritor que acudía al café en busca de las musas, una inspiración que podía surgir del solícito camarero, de la señora de la mesa de al lado que manoteaba con cara de enfadada con su acompañante, del anciano que apoyado en la barra del bar bebía las penas en cada trago o del joven cargado con un lienzo en blanco, un caballete y una caja de pinturas que acababa de entrar por la puerta.

Cualquiera de las opciones le reconfortaba como el licor dulzón que saboreaba entre sus labios, pero ninguna de ellas era cierta.

La verdad que ocultaban sus fantasías era la vida arruinada que llevaba por culpa de una mujer que hizo perder el oficio de escribir historias en un papel. Desde entonces se acodaba en la mesa de mármol del café con la única finalidad de ver pasar su tiempo.

la soledad del escritor que acudía al café en busca de las musas





JOSÉ ANDRÉS GALLEGO

Doctor en Filosofía y Letras en 1971, catedrático de Geografía e Historia de Bachillerato en los institutos de Vich, Tafalla y Pamplona a principio de la década de 1970, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Oviedo, UNED (Madrid) y Cádiz entre 1976 y 1985, rector de la Universidad Católica de Ávila entre 1997 y 1998. Investigador científico entre 1986 y 1999 y posteriormente profesor de investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas hasta la actualidad. Es académico correspondiente de la Real Academia de la Historia desde 2004, miembro correspondiente de la Academia Portuguesa de la Historia (1996), de la de Buenas Letras de Sevilla (1997) y de la Argentina de la Historia (2006).

En los días en que han mediado entre la invitación a escribir estas líneas y cuando las escribo, se me ha muerto un hijo. No acertaba a decir qué pienso del hombre post moderno; tenía mucho trabajo para pararme a pensar en ello. Ahora sí: ahora sé al menos que se muere igual que los demás. Mi hijo no era ni moderno ni post moderno ni antiguo; sencillamente estaba enfermo. Llevaba doce años así. Lo supe un día en que otra hija me llamó por un moderno móvil (ni post moderno ni antiguo en consecuencia) y me dijo: “Javier se ha vuelto loco y está en La Paz”. La Paz era la clínica a la que había acudido al advertir que, despierto, deliraba. La locura ¿es una condición post-moderna? ¿Tendremos que preguntárselo a Foucault? Es imposible; podemos preguntárselo, sí; pero no puede respondernos; murió también hace años. Dejó dicho aquello de que los manicomios nacieron cuando se estableció “la norma” que hacía “a-normales” a los locos. Pero, a los locos, no los consideraba post modernos; no creía en el hombre post moderno. Tampoco en el moderno o el antiguo. Podría decirse que concebía al ser humano como constitutivamente sospechoso, y toda “norma”, por lo tanto, como instrumento del deseo de dominar a los demás, que es lo que sospechaba que era también constitutivo de todo ser humano.

Estaba equivocado (digo en lo de los locos); antes de que se crearan los establecimientos llamados en francés “maisons de fous”, “asiles d’aliénés”, nacieron en España –Valencia, 1410– los “hospitales de inocentes”. Interpretado foucaultianamente, equivalía a establecer la norma según la cual precisamente lo normal no es ser inocente. Según el texto de la fundación valenciana, lo “normal” era que los locos murieran de hambre y de frío o que “malvadas personas que no tienen a Dios ante su conciencia” los injuriasen y, a veces, los mataran. Los inocentes tenían que ser protegidos de quienes no lo eran y, para eso, “hospita-

lizarlos”, o sea albergarlos en casas de “huéspedes”, que es lo que significa en latín la palabra “hospes”.

No me pregunto si todo esto es antiguo, moderno o post moderno. Me parece muy sabio, sin más. La muerte de mi hijo tendrá que ver con eso, estoy seguro, por más que su inocencia no fuese la de un loco ni viviera en casa de huéspedes; vivía en la suya, que es la mía y de más parientes (en la que –ahora lo entiendo– vivimos como quien se halla de visita).

Digo esto porque ya saben que morir se parece a dar fe de que vivimos mortalmente como huéspedes, de paso. Aquellos “inocentes” del hospital de Valencia y de los que hubo en otras partes del mundo de habla hispana eran huéspedes del mundo a quienes, como tales, se les ponía aparte para no hacerles daño (ni ellos lo hicieran, si es que eran “inocentes y furiosos”, como les sucedía a algunos y se lee en el texto valenciano). Se trataba de que pudieran ser huéspedes del mundo creando un mundo para ellos solos, digo los inocentes que también se hallaban de paso. Es genial, no me digan que no (lo de tratar así a los locos). Me gustaría –y mucho– saber qué diría de todo esto un post moderno. Supongo que los tres –un post moderno, un moderno y un antiguo– se hermanarían: los tres manifestarían sorpresa, perplejidad seguramente. Acaso no sabrían qué decir. ¿Se quedarían? Esto es: ¿se detendrían a pensar (ante todo, a pensarse)? Me temo que el antiguo y el post moderno, sí, pero que sólo ellos. El antiguo retornaría a antiguas convicciones y, a lo mejor, el post moderno se reinventaría a sí mismo para rehuir cualquier respuesta. De quien dudo que hiciera algo de eso es del moderno, las cosas como son. El moderno se iría, reanudaría la vida, rechazaría cualquier búsqueda inútil de explicación. No se daría cuenta –quizá– de que la opción que da la muerte no radica en buscar explicaciones, sino en preguntarse a sí mismo: “Y ahora ¿qué hago?”

¿Qué hago ante esto? Que se me ha muerto un hijo y era un pedazo de mí mismo...” “¿Me reinvento o vuelvo al Dios de nuestros padres como hizo Abram?” Yo estoy en esto último, pero me gustaría que me ayudaran a saber si lo que hago es antiguo o post moderno, descartado que sea lo moderno.

Tengo que hacerles para ello una grave confesión: dos días antes de morir, me preguntó –mi hijo– si me iba a oír con él dos conciertos, uno por la mañana y otro por la tarde. Era la primera vez que lo hacía; iba a conciertos con frecuencia y nunca me había preguntado directamente si me iba con él. Me sorprendió pero no le dije que sí; tenía mucho trabajo. No le dije que no tampoco; le di largas. Ahora me cisco en el trabajo. Era –yo mismo– moderno y tengo claro que eso se acabó. No tengo la intención de ser antiguo. ¿Y post moderno? Hablemos claro: ¿dejan de morir los hijos (digo si uno se hace post moderno)? ¿Se mueren sólo los antiguos y modernos? La post modernidad ¿permite conseguir que el tiempo retroceda y pueda uno decirle que sí, que se va con él a escuchar dos conciertos y a cuantos haga falta? ¿Ahorra –la post modernidad– pesares (visto que no los ahorran ni la modernidad ni la antigüedad)? En suma, la decisión de reinventarse y ser alguien distinto de ese “uno mismo” que ha sufrido ¿funciona? Quiero decir: ¿sirve realmente para otra cosa que no sea engañarse?

Cuando las pastillas detuvieron aquel brote psicótico, Javier quedó postrado durante doce años, pero lúcido. No estaba loco; estaba eternamente fatigado. Pero sonreía, jugaba con las diabluras que le hacía creer la mente y, cuando hacía al caso, me preguntaba si era cierto que había matado al rey y proclamado la república. Cuando le decía que no, que no se preocupara por eso, se quedaba tranquilo, en paz, con un esbozo de sonrisa inteligente. No sospechaba de un testimonio como el mío, que rechazaba lo que a él, el cerebro, le presentaba como un hecho

real. Era lo contrario al análisis de Foucault y la sospecha. Foucault sospechaba de todo ser humano y no se daba cuenta –o no lo parecía– de que, si todo ser humano intenta someter a los demás y es ser humano él mismo –ese que piensa así, Foucault–, tendrá que sospechar de su propia intención cuando dice eso. Quizá por eso rechazaba Foucault que lo considerasen post moderno, y el post moderno era Javier, que hacía lo contrario: confiaba en mi testimonio sobre aquellos delirios y aprovechaba esos engaños del cerebro para convertirlos en juego. “Soy capaz de volar y de salir de la órbita terrestre...”. No podía volar y él lo sabía perfectamente aunque el cerebro intentase convencerle de lo contrario.

No se quejaba. Muy de tarde en tarde (de años en años), comentaba “Qué mala suerte he tenido”. Se refería a la enfermedad que le tenía postrado y canso.

Lo primero que me pregunté, al saber de su muerte, fue “¿Cómo nos puede ocurrir esto a nosotros?” Faltó que añadiera la coletilla “a nosotros que somos post modernos” (o modernos, o antiguos, qué más da). La cosa es ésta: ¿qué más da, si esa muerte no espera, sea uno como sea?

Enseguida, me pregunté esto otro: “¿Cómo no me ha esperado?”, si me esperaba siempre. Quizá –me digo ahora– porque no tuvo que esperarme para ir a los conciertos. Aquel día –dos antes de la muerte– ni yo le acompañé, ni él fue a escucharlos.

Y, ahora, ¿qué puedo hacer...?

¿Quieren que diga lo que hago? Confiar. Permítanme ser aún más claro: no sospecho de Dios. Javier no sospechaba de mí y me enseñó precisamente a eso, a no andar con sospechas. No es cosa de consuelos ni de engaños, ni de antigüedad o modernidad. Tampoco es foucaultiano, ya se ve. ¿Es post moderno? Para mí que podría ser y no sería cosa a desdeñar...





EMILIA BEA

Emilia Bea: Profesora Titular de Filosofía del Derecho y Filosofía Política de la Universitat de Valencia. Tanto su Tesina como su Tesis Doctoral, dirigidas por el profesor Jesús Ballesteros y por las de obtuvo el premio extraordinario de Licenciatura y el de Doctorado, trataron sobre el pensamiento de Simone Weil. El resultado de estos trabajos daría lugar al libro *Simone Weil. La memoria de los oprimidos* (Encuentro, Madrid, 1992), traducido al italiano (SEI, Torino, 1997). En torno a la obra weiliana ha participado en diversos congresos internacionales y ha publicado varios artículos en revistas y libros colectivos en Francia, Italia, Brasil y España.

Sentado en el trono de su soledad, con bastón por cetro, el hombre postmoderno esquiva la mirada. Teme sentirse interpelado. La mesa en la que reposa levemente el brazo no concita la presencia del otro. No hay silla vacía que evoque la ausencia.

Hierático, en la mandorla divina de la autosuficiencia, prescinde de la historia, rehúye la memoria y navega por el instante. La libertad fluye como una corriente vertiginosa de sensaciones por la que dejarse llevar. Liberado del peso del ayer y de la promesa del mañana, la euforia del *carpe diem* alimenta su biografía.

Fuera del bar llueve mucho. Quintales de indiferencia anegan una sociedad líquida donde no hay certezas, donde la ductilidad impera. Los individuos se dejan balancear en la balsa de su individualismo para no sucumbir a la fuerza de las aguas. Hay pocos asideros. Los relatos emancipatorios del siglo pasado se esfumaron a través de las chimeneas de Auschwitz y de las cloacas del gulag. Y los pináculos de las catedrales, que emergen en la inundación, se ofrecen como noráis. Pero la gente desconfía.

Ahora son otros los templos que dibujan el perfil de las ciudades. Las grandes superficies comerciales son los altares en los que se consagra el acto supremo de elegir. No importa el qué, ni el cómo, ni el cuándo. Sólo el acto en sí. Yo elijo, yo soy. He aquí el centro de gravedad de la libertad. Pero, ¿qué valdría la libertad si sólo nos dejara escoger entre la peste y el cólera? (Emmanuel Mounier).

Una serena melancolía transita por el cuadro. La botella permanece solitaria en el centro de la mesa. Se ofrece muda, pero es rechazada. No hay lugar para el exceso. Vence Kant, pierde Andreas, el santo bebedor, que bebe con sed del alma y restituye su deuda a la pequeña Teresa (Joseph Roth).

A través de los calcetines raídos se vislumbra la fragilidad de unos pies que buscan con ansia echar raíces. Pero la

sociedad líquida es volátil, vertiginosa, acomodaticia, y desconoce la necesidad más importante y más ignorada del alma humana: el arraigo (Simone Weil).

La soledad gravita en el rincón del bar. El hombre da la espalda a los rostros que desde el pequeño cuadro reclaman su atención. No hay resquicio alguno para el tú, para el nosotros. Hay sociedad sí, pero anónima, un archipiélago de intereses que recluye al individuo a la condición de isla.

No hay conciencia alguna de culpa. Ni nostalgia. Dicen que Pilatos, la noche después de haber consumado la sentencia, se reclinó a descansar en el triclinio de su jardín acariciando el cuello de su perro. Un haz de luna le iluminaba y se durmió. Cuando el procurador perdió el contacto con la realidad que le rodeaba empezó a andar por el camino de luz hacia la luna. Le acompañaba su perro y el filósofo errante, que no había sido ejecutado y con el que conversaba feliz (Mijaíl Bulgákov). Pero aquí no hay crimen, ni castigo, ni remordimiento alguno.

El telón rojo recogido a la izquierda del cuadro nos recuerda nuestra naturaleza de actores en el gran teatro del mundo. Un teatro hecho de monólogos sordos. Conforme la representación avanza, la incógnita por la reacción del público al finalizar la obra nos genera angustia. Buscamos con desesperación el aplauso, sin caer en la cuenta de que el halago es un sepulcro abierto (Salmo 5, 10).

Y el final de la representación nos ubica ante el abismo de la muerte por el que transita, resignado, el hombre postmoderno. Su ensimismamiento le impide ver el pórtico del misterio de la segunda virtud, aquel que nos sitúa en el umbral de la trascendencia. Si el hombre postmoderno se asomara, temeroso como Juan ante el sepulcro, atisbaría tres siluetas femeninas caminando bajo la lluvia cogidas de la mano. La más pequeña de ellas va en medio y tira con fuerza de las otras dos. “La fe que yo prefiero es la esperanza, dice el Señor” (Charles Péguy).



JUAN BIOSCA GONZÁLEZ

Director en Instituto Social del Trabajo ISO. Militante obrero cristiano autodidacta, estudió formación profesional con los Jesuitas. Ex militante de la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) y del movimiento socio-cultural de la editorial ZYX. Ex miembro de la Comisión de Acción Social de Cáritas Española. Fue Coordinador General de la Comisión Diocesana de Lucha contra el Paro de Valencia, y Director Gerente de la Fundación Trabajo-Cultura. En la actualidad es director del Instituto Social del Trabajo (ISO) de Valencia y Secretario de Organización del Instituto Emmanuel Mounier (España).

NECESITAMOS DESCUBRIR Y CULTIVAR EL TESORO INTERIOR QUE SE NOS HA DADO

Creo que Antonio Camaró ha pintado “El hombre postmoderno” en el inicio de su madurez humana y pictórica. Su perseverante actitud de búsqueda, tanto en su obra como en su persona, así lo confirma.

No tengo especiales competencias ni conocimientos para comentar su cuadro; cuento con su amistad, de la que me congratulo, y mi experiencia de verlo día tras día, durante algunos años, leyendo, dialogando, pintando... con avidez, en la Búsqueda de Sentido y Verdad. Búsqueda que le lleva a transitar un largo camino, manteniendo una gran inquietud con una triple dimensión: escuchar a Dios, entender al hombre y a la mujer de hoy y acercarse a los empobrecidos.

Triple dimensión que se enmarca, como anillo al dedo, en la afirmación del Papa Francisco: Los creyentes nos sentimos cerca también de quienes, no reconociéndose parte de alguna tradición religiosa, buscan sinceramente la verdad, la bondad y la belleza, que para nosotros tienen su máxima expresión y su fuente en Dios. Los percibimos como preciosos aliados en el empeño por la defensa de la dignidad humana, en la construcción de una convivencia pacífica entre los pueblos y en la custodia de lo creado. Un espacio peculiar es el de los llamados nuevos Areópagos, como el “Atrio de los Gentiles”, donde “creyentes y no creyentes pueden dialogar sobre los temas fundamentales de la ética, del arte y de la ciencia, y sobre la búsqueda de la trascendencia”. Éste también es un camino de paz para nuestro mundo herido (EG 257).

Como la generalidad de las obras pictóricas, “El hombre postmoderno” de Antonio Camaró es un placer para la

vista, pero también y sobre todo, a mi criterio, es un documento de nuestro tiempo que no debemos contemplar desligado de la situación presente del hombre occidental; nos introduce y plantea la soledad y la tristeza del sinsentido humano cuando falta Dios en su horizonte. Porque donde no hay Dios tampoco hay hombre. O dicho con las palabras de Henri de Lubac, en El drama del humanismo ateo: No es verdad que el hombre, aunque parezca decirlo algunas veces, no puede organizar la tierra sin Dios. Lo cierto es que sin Dios no puede, en fin de cuentas, más que organizarla contra el hombre.

“El hombre postmoderno” es un cuadro que se deja ver agradablemente, por su sencillo trazo y sus vivos y armoniosos colores. Muestra la soledad y la tristeza del hombre y de la mujer occidental a los inicios del siglo XXI. La soledad y la tristeza del que, pese a la aparente elegancia de su aspecto, lleva los pies descalzos y los calcetines con “patatas”, y se encuentra en una estancia agradable a simple vista, pero en realidad llena de humedades y desconchados. Un hombre no bien enraizado y mal ambientado, que sufre la angustia entre la apariencia y la realidad, sin decidirse a beber el agua viva, –contenida en la botella signada con el Pez– y que está en realidad al alcance de su mano, y que sólo Dios promete a quien le busca en Amor y Verdad.

Esa tristeza y soledad que es consecuencia del profundo egoísmo, dominante en gran parte del hombre contemporáneo, y que experimenta cinco perversas convicciones, cotidianas y destructivas de la convivencia entre las personas. A saber:

- a) Tú a lo tuyo, aunque tengas que utilizar a las personas humanas.
- b) Aparenta, siempre, más de lo que eres.
- c) Compra muchas cosas, bonitas y caras. Cuantas más mejor.
- d) Date prisa en disfrutar, que la vida son dos días.
- e) Cuando te mueras se ha muerto el mejor amigo que tienes.

Para no caminar hacia la reducción de lo humano a cosa, a su autodestrucción, el hombre contemporáneo debe cambiar el centro de su vida, trascendiendo. No creyéndose el centro de la creación. De una visión antropocéntrica de la existencia humana debe experimentar una convicción teocéntrica. La experiencia de que Dios es el centro de mi vida, que Dios es el alfa (principio) y el omega (fin) de la historia. Debe experimentar el encuentro y el cultivo de ese tesoro escondido, que toda persona tiene en sus adentros, y que se nos ha dado por Gracia de Dios. Tiene que aceptar que es amado y amar, experimentar que “soy amado, luego existo”.

Y más concretamente debe, primeramente, experimentar hijo para luego ser el/la mejor padre-madre posible.

Precisamente un cristiano es quien siente la experiencia de que el Dios de Jesús es su Padre y está, por ello, hermanado con toda la humanidad.

Ya sé que vivimos tiempos de impotencia para la experiencia de la paternidad-maternidad. Que pareciera que contemporáneamente se quiera vivir sin Padre, ni Madre. Que la sociedad se siente estafada por paternidades-maternidades posesivas y despóticas. Que así, no habiendo

filiación alguna, la persona es definitivamente libre.

Craso error, ya que sin conciencia de filiación no puede haber conciencia de fraternidad auténtica, ni experiencia de Amor al prójimo, ni de justicia social-recreativa. Y hacemos entonces de este mundo, un monstruoso infierno inhumano. Justamente dice Georges Bernados: El infierno es no amar.

Hablar de Dios cotidianamente

Soy de los convencidos de que, a los inicios del siglo XXI, no tenemos mejor tarea que hablar de Dios cotidianamente y del hombre/mujer como imagen de Dios en la Tierra.

Convencido de que Dios, y más concretamente el Dios de Jesucristo resuelve el enigma del hombre, pero no decide previamente su drama, en expresión de Hans Urs von Balthasar.

Con el fin de promover una renovación evangélica de la creencia y de la Iglesia, sólo nos resta algo tan antiguo y tradicional, y a su vez tan inédito, como reconocer a Cristo en la cruz. Como padecer la experiencia del mismo Jesús: el justo es abandonado. Ya que no es en el justo que se salva, sino en el justo que es entregado, donde encontramos a Dios.

¿No debemos de hacer/pasar la experiencia del justo abandonado, y esperar que ello sea significativo, fructífero...?

Por ello celebro la valentía de Antonio Camaró al plantear

la cuestión de Dios en la obra que comentamos, y más cuando hoy en día esto no es “políticamente correcto”, sobre todo en el universo “progre”, consumista e insolidario.

...“al gran artista le son reveladas las grandes cosas mucho antes que al sabio”, nos dice Nicolás Berdiaev en su obra “El Espíritu de Dostoievski”.

Actualmente, (a pesar de la indiferencia de parte de la sociedad occidental hacia la experiencia de la fe, y no obstante la crisis de valores que respiramos), no se ha interrumpido la creación de las manifestaciones artísticas de carácter religioso, aunque las mismas han sido algo relegadas de los circuitos habituales donde se manifiesta el arte en general; especialmente el arte moderno.

Sin embargo, no podemos negar que este clima de ausencia de Dios, y con frecuencia incluso de oposición al mismo, ha generado “una cierta separación entre el mundo del arte y el de la fe, al menos en el sentido de un menor interés en muchos artistas por los temas religiosos..., a pesar de ello..., el arte..., incluso más allá de sus expresiones más típicamente religiosas, cuando es auténtico, tiene una íntima afinidad con el mundo de la fe, de modo que, hasta en las condiciones de mayor desapego de la cultura respecto a la Iglesia, precisamente el arte continúa siendo una especie de puente tendido hacia la experiencia religiosa”.

Son también frecuentes las actitudes de recelo o desconfianza de algunos sectores de la sociedad hacia las manifestaciones artísticas de carácter religioso, a las que consideran como fruto o reflejo de tendencias conservadoras

o fundamentalistas dentro del seno de la Iglesia Católica. Sin embargo, esta crítica, venida de creyentes y no creyentes, supone caer en un reduccionismo tanto de carácter humano como religioso. El que así procede se niega a reconocer el arte donde lo hay, sin ser consciente de que el que se niega a mediarse por la manifestación artística, se empobrece.

En el Concilio Vaticano II se hace una llamada directa a los artistas: “Este mundo en que vivimos... tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste a la usura del tiempo que une a las generaciones y las hace comunicarse en la admiración”, considerando “noble ministerio” a la actividad de los artistas cuando sus obras son capaces de reflejar de algún modo la infinita belleza de Dios y de dirigir el pensamiento de los hombres hacia Él.

La creación artística, imagen de Dios

El arte es el vehículo por el que el hombre ha sido capaz de crear y recrearse, de expresarse a sí mismo, de decir lo que piensa, lo que siente, lo que ve, lo que quiere... y en cada obra de arte, como si de un nuevo Pígalión se tratase, el ser humano deja parte de sí mismo, de su impronta creadora, de su personalidad única e irrepetible, del espíritu con que Dios le ha obsequiado. “La auténtica intuición artística va más allá de lo que perciben sus sentidos y penetrando la realidad, intenta interpretar su misterio escondido”. “Toda forma auténtica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda

del hombre y del mundo. Por ello, constituye un acercamiento muy válido al horizonte de la fe, donde la vicisitud humana encuentra su interpretación completa. Éste es el motivo por el que la plenitud evangélica de la verdad suscita desde el principio el interés de los artistas, particularmente sensibles a todas las manifestaciones de la íntima belleza de la realidad”.

Así pues, el arte como medio de expresión del sentir humano, de su vida, de sus preocupaciones y esperanzas a lo largo de la historia, no puede dejar de ser vehículo de comunicación humanizadora.

“En la ‘creación artística’, el hombre se revela más que nunca ‘imagen de Dios’, y lleva a cabo esta tarea ante todo plasmando la estupenda ‘materia’ de la propia humanidad y, después, ejerciendo un dominio creativo sobre el universo que le rodea”.

Arte y compromiso social

Antonio Camaró asume en su obra la responsabilidad singular del artista con el bien común y la dignidad de la persona. Lo hace desde la libertad personal y sin verse

obligado a hacer de su talento su forma de subsistencia a toda costa, viéndose obligado a pintar según los gustos de sus mecenas. En su obra expresa su sensibilidad hacia el pobre, la verdad, el humilde, el deforme, el trabajador, la mujer..., con un espíritu de denuncia hacia las desigualdades sociales, las atrocidades, las injusticias, los conflictos sociales...

En este sentido, le deseo la templanza y fortaleza justa para que continúe de por vida con el compromiso; con la verdad del que sufre.

Así pues, se sume a esa corriente artística que se convierte en muchas ocasiones en testigo, reportero y cronista de la historia, a veces de “la otra historia”, de la que no es oficial, la de los vencidos, la de los que no cuentan, la de los que nadie recuerda... Esta actitud, a la vez que hacer reflexionar para experimentar un cambio de mentalidad y de forma de entender el mundo y sus problemas, debe contribuir a la educación en valores y en sensibilidad, para descubrir lo más profundo y mejor que el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, posee en su interior.

Y nunca, nunca, olvidándose de los empobrecidos.





BOUZIANE AHMED KHODJA

Director del programa de televisión Islam Hoy, muy comprometido por el diálogo y la democracia en su país, Argelia, se enfrentó a su gobierno y fue amenazado por los integristas por ese motivo tuvo que abandonar su país. Doctor en Sociolingüística, Máster en Periodismo y Máster en Ciencias Políticas. Periodista, director y presentador del programa Medina en TVE, de Televisión Española (TVE) y del programa de radio Miradas, de Radio Nacional 1 (RNE). Conferenciante (colabora con varias universidades en España y Europa). Escritor, crítico literario y moderador de los cafés literarios de varios Institutos Franceses en España. Colabora con varios periódicos de países árabes y europeos. En 2016 fue nombrado Caballero de la Orden de las Artes y Letras de Francia.

HOMBRE POSTMODERNO: UN HOMBRE

Cuando encuentro a un intelectual, me divierto a veces al plantear la cuestión “¿qué es para ti el postmodernismo? ¿Qué es la distinción moderno / posmoderno?”. Las respuestas varían siempre según los intereses de la persona y su campo de formación.

Una definición pertinente, en el campo de los estudios literarios, artes o en sociales, podrá estar sin interés en antropología o en historia. Puede, pues ser cuestión aquí sólo de ofrecer una perspectiva inevitablemente parcial de la cuestión. Sin embargo, en lo relativo al mundo árabe y musulmán, el concepto lleva mucho más una carga emocional significativa porque es esa la pregunta del millón. Lo que vive el mundo ahora es el resultado de la parálisis del pensamiento árabe y su incapacidad de llevar a cabo las reformas necesarias para acceder al modernismo. Las eternas vueltas al pasado glorioso y las épocas de oro de la civilización islámica dejaron a los musulmanes sin perspectivas en el presente y sin futuro.

La radicalización, la violencia y el terrorismo ahogan las comunidades musulmanas y las tiran hacia el fondo. Se levantarán las cabezas cuando el mundo árabe y musulmán se abrirá a las reformas de los textos religiosos y dogmáticos; de sus prácticas religiosas; sus conceptos y su apertura al mundo hoy en día. Tantos desafíos que los musulmanes no asimilan todavía y no son capaces de sumarlos a un deseo de volver a sus momentos de gloria. Aunque la ideología del siglo XXI, ya no deja sitio a la religión, el Islam tiene que afrontarse a una crisis existencial muy fuerte. En este sentido, ¿qué sería el postmodernismo en este mundo musulmán del tercer milenio?

No obstante, estaría muy interesante dedicar unas líneas

a la visión occidental sobre este tema: Religión e Ideología. ¿El post modernismo llegará a absolverse de las intolerancias y las radicales oposiciones a lo divino, en el siglo XXI?

La ideología moderna y dominante en el siglo XX, primero puso a un lado la religión y afirmó que en lo sucesivo la ciencia sería la fuente del saber. Si en otro tiempo, las religiones, las jerarquías religiosas o los libros sagrados fueran la garantía de la Verdad, en lo sucesivo la ciencia desempeñaría este papel. Lo empírico debía constituir la fundación de todo saber digno de mención. Aunque una visión del mundo (gente) materialista domina Occidente desde principios del siglo XX, mantuvimos a pesar de todo varios conceptos extraídos del equipaje cultural religioso. Por ejemplo, mantuvimos el concepto religioso para que hubiera un sentido a la historia y, en el contexto moderno, llamamos este sentido el progreso.

En el período posmoderno, perseguimos este trabajo de deslastre y otros elementos de la herencia religiosa que son, vía un proceso largo subterráneo, puestos a un lado, particularmente según el plan de la moralidad, el concepto de historia universal (unilinearia), el derecho, el sitio(lugar) del hombre en la naturaleza. Además, la visión del mundo (gente) posmoderno reniega todo proyecto político colectivo y universal. El relativismo cultural elimina todo universalismo moral o político y salva la ciencia. El concepto de progreso también está descompuesto. Negamos la universalidad de este concepto que abordamos como meta-relato de Occidente.

Pero allí es sólo una cuestión del tiempo. Hay que anotar que el posmoderno no reniega más la religión (como

fue el caso de la ideología moderna) con la condición de que ésta se pliegue a las exigencias del sincretismo posmoderno y, sobre todo, renuncie a las pretensiones de un Absoluto, de la Verdad universal. El materialismo puro y duro ya no es obligatorio. Las ideologías o las religiones colectivas son cosa del pasado. La ideología postmoderna está hecha a medida, el individuo es el juez de todo.

El individuo puede, por supuesto, adherirse a una comunidad de fe, pero es un aspecto de menor importancia, secundario. Lo que se llama a veces progreso, enmascara un shopping ideológico, a merced de las emociones y las preocupaciones del momento. Lograr un fin, encontrar la verdad, importa poco, es el progreso mismo el que importa.

Ahora bien, pero ¿qué está pasando en el mundo árabe? En realidad, en los países árabes se están produciendo actualmente unos cambios de enorme interés. Los intelectuales exploran nuevos caminos, alejados de la concepción tradicional del pensamiento árabe, en el que el realismo, el costumbrismo, y un marcado tinte social y político eran las notas más destacadas.

Hoy, el pensamiento explora formas nuevas, algunas de las cuales, en este caso los rasgos de la posmodernidad, son analizadas en esta reflexión. En los trabajos y las historias del pensamiento árabe encontramos a menudo referencias a algunos “post”: post-romanticismo o post-guerra, por poner un par de ejemplos. Sin embargo parece que el término posmodernidad o el adjetivo posmoderno no acaban de encajar con el panorama cultural, artístico, literario o incluso filosófico del mundo árabe actual.

Entre las múltiples, variadas y heterogéneas definiciones

que de posmodernismo he consultado que son realmente escasas las que se refieren en algún momento al mundo árabe. En ellas se habla de Occidente, movimiento en Occidente, estética o moda de Occidente... Y ya hemos visto que, en principio, este Occidente excluye a lo árabe, al Oriente.

La recepción de la postmodernidad en el Tercer Mundo es ampliamente estudiada en lo relativo a América Latina, y tratada de pasada en cuanto a India, Turquía, Kenya o el sudeste asiático (sobre todo en cuanto a fusión de géneros musicales). ¿Qué ocurre con la literatura del amplísimo mundo árabe? ¿Por qué no se habla de él? La obra *Postmodernismo para principiantes* curiosamente sí se refiere de pasada a este tema, aunque da por zanjada la cuestión en una sola frase:

“El Islam y el llamado Tercer Mundo no son tenidos en cuenta en las descripciones del postmodernismo”. Y no sólo eso: un ejemplo concreto y actual del olvido del Otro, al que me refería con anterioridad, lo tenemos en los buscadores de Internet (en este caso recurro a Google), que localizan varios cientos de entradas con la clave de búsqueda “novela posmoderna”, entradas que se reducen drásticamente cuando a esas palabras se añade la especificación “árabe”.

La postmodernidad no ha llegado al mundo árabe, o al menos no se ha instalado en él como lo ha hecho en Occidente. Las razones son obvias, y parten de los condicionamientos políticos, sociales, culturales, que han actuado sobre los países árabes para que en ellos se de, en múltiples aspectos, una evolución diferente de la que se ha dado en Europa.

Por otra parte, la preocupación por lo corpóreo, por los asuntos de la población desde la óptica estatal, es lo que se conoce como biopolítica que ha sido estudiado por autores como el francés, Michel Foucault. Pues bien, en los países árabes se constituyeron estados que adoptaron las teorías y prácticas de los modernos estados nación, agregándose también sus propias particularidades.

Esto es importante de remarcar puesto que desde ése lugar que se ha autodenominado “Occidente” se exhibe como oponente radical a un “Oriente” y en particular a los árabes como seres exóticos, ardientes, sensuales, etcétera. Aunque, paradójicamente, se les muestra o representa como diría Edward W. Said, como seres irracionales, incivilizados, “con una determinada mentalidad estática”.

Si se retrocede cien años en Occidente, la gente hacía la adquisición de sus creencias participando en rituales públicos o por una enseñanza religiosa formal como, por ejemplo, la lectura de un catecismo. No es más el caso. ¿Adónde va el hombre posmoderno a por sus creencias entonces?, ¿A qué lugar va a encontrar el sentido (dirección) en su vida y a establecer su moralidad?, además ¿Adónde va a por su religión? A varias fuentes de hecho.

El hombre posmoderno absorbe sus creencias y actitudes por el rodeo de su entorno (medio ambiente) social, su educación y en su consumo de la cultura popular, es decir por la escucha de CD de música, la lectura de su diario (periódico), viendo telenovelas, películas, leyendo una novela Harlequin o asistiendo a un acto de teatro. En una medida muy ancha, esta absorción de creencias y de actitudes de la cultura popular es un proceso inconsciente.

En el presente, la Hoja de Ruta es una invitación a pensar críticamente el asunto de la evolución social y mental de los árabes, prescindiendo de los prejuicios acostumbrados para analizar dicho lugar del mundo. A menudo no cuenta con la más mínima perspectiva autocrítica que de cuenta sobre lo que “somos hoy”.

Un “Occidente postmoderno o ultra moderno” y un “Oriente arcaico e incivilizados”, en la cual la supuesta libertad de pensar, se manifiesta como un mero objeto de culto religioso, en una sumisión a Alá más, en un objeto de consumo o en una herramienta para incentivar el consumismo religioso, en un fin y un medio, puramente instrumental, para satisfacer un estilo de vida espiritual en el cual pretendemos satisfacer “como unas máquinas” a todos (para cumplir) y terminamos sin satisfacer a nadie, quizás un buen reflejo de nuestros tiempos donde la falta de dialogo, el desconocimiento y el temor del “Otro” contaminan las vidas de las comunidades condenadas a no entenderse.

En ese ambiente de sospechosa relación filosófica, el hombre oriental, barbudo y moreno aparece en un cuadro de pintura, detrás de un occidental sentado, incapacitado a asumir su estado de hombre postmoderno por las tormentosas cuestiones que nublan su mente. Al fin y al cabo, el Postmodernismo en mi siglo no lo entendí. Nunca lo entendí. ¿Cómo puede haberse acabado? No es usted el único. Si hay una palabra que nos confunda, nos desconcierte, nos enoje, nos acose, nos agote y nos contamine a todos nosotros, esa es postmodernismo.

Y eso que, propiamente entendido, el postmodernismo es lúdico, inteligente, divertido y fascinante. Su influencia ha

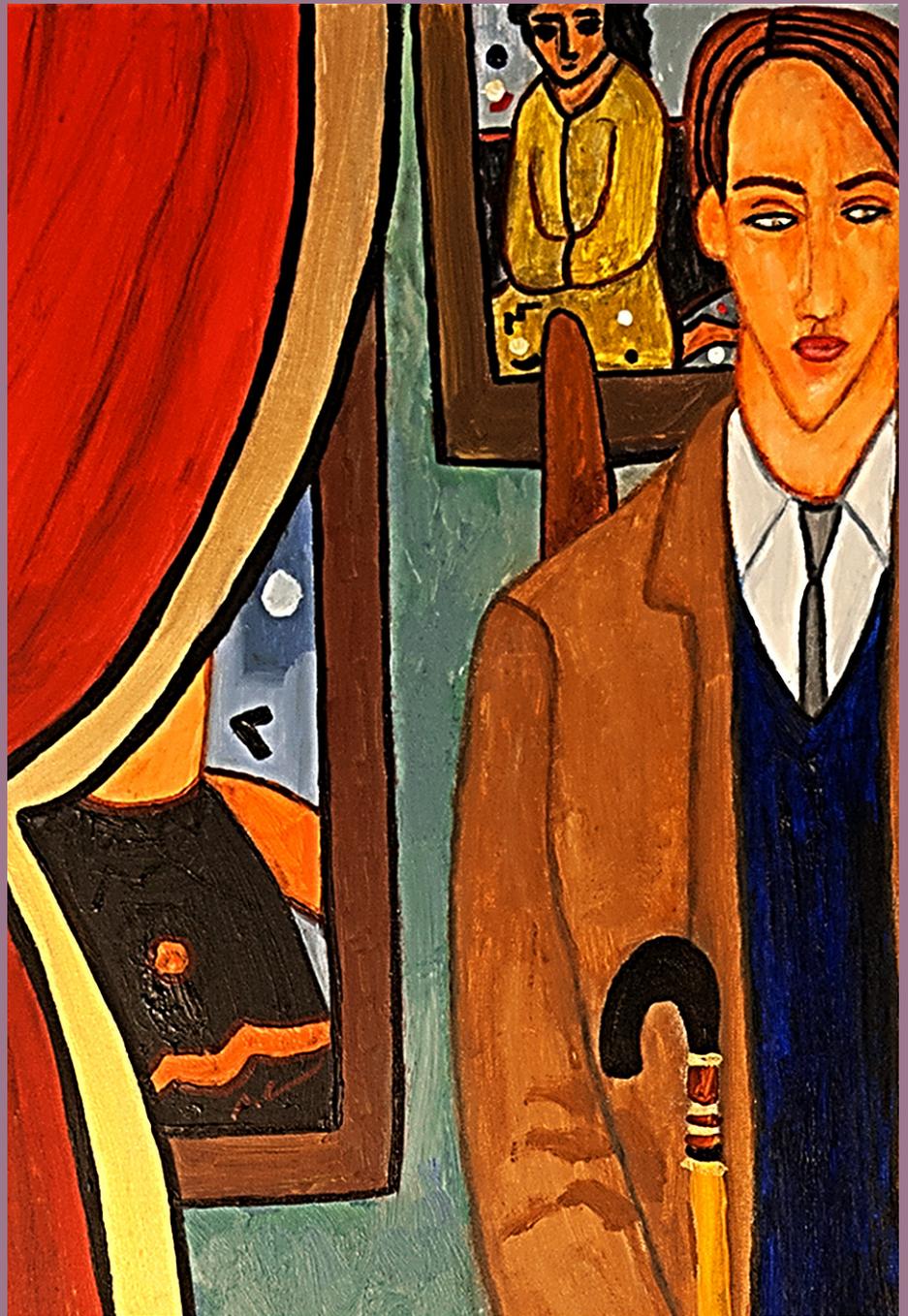
estado y sigue estando en todas partes. Ha sido la idea dominante de nuestro tiempo. Pero, le resistió la religión. E ya ha vuelto, más poderosa que jamás. Porque nos entrematamos en su nombre y nos amamos en nombre del postmodernismo.

Si profundizamos más, podremos ver una creciente reverencia y admiración por los hombres y mujeres que saben hacer bien objetos. Advertimos una nueva celebración de la meticulosidad. Descubrimos un nuevo énfasis en el diseño a través del trabajo artesano de varios artistas, quienes inventan objetos que son originales, que se alimentan de historias personales, y de edición limitada.

De forma gradual, escuchamos cada vez más afirmaciones de aquellos que saben ejecutar con maestría, al escultor que sabe esculpir, al ceramista, al joyero, incluso al novelista que sabe de hecho escribir. Naguib Mahfouz, un novelista alabado universalmente (y en cierto modo desesperadamente), elevado casi al estatus de redentor universal en Egipto y en el mundo árabe, porque rehúye las evasiones del género, la ficción histórica o las estrategias narrativas postmodernas y en su lugar intenta algo complejo, inteligente, elocuente, auténtico y bien escrito sobre su propio tiempo.

No es solo la historia, al cabo, sino cómo se cuenta la historia. Estas tres ideas, de particularidad, de valores y autenticidad, van en contra del postmodernismo. Nos adentramos en una nueva era. Llamémosla la Era de la Autenticidad y vamos a ver qué tal. Porque los textos sagrados son considerados como auténticos. El autenticidad será la mantis religiosa quien se comerá el postmodernismo. Y esta pintura, la de Antonio Camaró es auténtica...

La radicalización, la violencia y el terrorismo ahogan las comunidades musulmanas y las tiran hacia el fondo. Se levantarán las cabezas cuando el mundo árabe y musulmán se abrirá a las reformas de los textos religiosos y dogmáticos





JOSEP M. COLL

Doctor en Relaciones Internacionales, es emprendedor y profesor vocacional en EADA Business School, director del EU-Asia Global Business Research Center, director científico del programa 'Wise Cities: a global think tank network' de CIDOB – Barcelona Centre for International Affairs, consultor en desarrollo internacional por la Comisión Europea y las Naciones Unidas e investigador de la Maastricht School of Management. Ha desarrollado gran parte de su trayectoria personal y profesional en Asia, donde ejerció de director-fundador del Centro de Promoción de Negocios de la Generalitat de Cataluña en Corea del Sur y profesor de marketing e innovación en la Universidad de Yonsei. Es autor del libro Zen Business y está al servicio de las empresas y organizaciones en procesos de transformación económica y social aplicando los valores universales mediante el liderazgo, la innovación y la gestión estratégica basados en la sostenibilidad y las personas.

EL HOMBRE POSTMODERNO Y EL JARDÍN DEL SER

De repente se levantó y bajó al río. Ahí estaban todos los seres humanos, mayores y pequeños, hombres y mujeres, jugando y conviviendo en armonía con su hogar, la madre naturaleza y sus seres de luz. Nada parecía enturbiar una tarde de sonrisas, de complicidad, de tranquilidad, de paz, de tolerancia, de solidaridad y de amor incondicional en el Jardín del Ser, hijo del Cielo y de la Tierra. Un pequeño universo donde todo es bello, y nada (ni nadie) es juzgado. Un paraíso con almas y espíritus vestidos en cuerpos dorados y corazones cristalinos, donde lo visible tiene sentido por lo invisible y lo individual coexiste al mismo nivel que lo colectivo. Los ojos eran el reflejo del alma, y el corazón del origen del Universo. La creatividad, hija del amor, era el motor que impulsaba a los hombres y a las mujeres a expresarse desde su corazón construyendo formas que embellecían su Jardín, en paz. Durante el día la abundancia florecía en forma de rosas perfumadas que nutrían sus cuerpos bañados en oro del semen del Sol, y por la noche descansaban en el útero de la Tierra resguardada bajo el brillo áurico de la Luna. Todo parecía tener un orden tan sagrado y natural que Él había perdido la noción del tiempo y del espacio. Estaba maravillado por la sinfonía del universo, donde la melodía emerge del caos en forma de espiral divino. Fluía por el Tao de la vida. Confiaba en todo lo que le rodeaba, y por primera vez no tenía miedo. Cantaba y bailaba, e iba saltando de rama en rama cuando de repente encontró un espejo bajo un árbol. Sentado, lo cogió, se lo acercó a su cara y vio en Él a un hombre sin rostro. Se asustó, y preso del pánico, se lanzó al río. En el intento por regresar a la superficie, se cruzaron serpientes con máscara que lo anclaban a las profundidades del agua, y ahí, en la oscuridad...

Él despertó, a voz de pronto, en medio de temblores, sudor frío y el latido de su corazón disparado por la sensación de ahogo. Se levantó de la cama y se fue al baño para refrescarse. Ahí estaba su cara, pálida. Se sentía aliviado, al verse reconocido en el espejo. ¿Quién soy? Se preguntó. Él era un hombre culto y pragmático, de gran conocimiento técnico y escasa formación humanista. Su compromiso era consigo mismo, detestaba sentirse preso de cualquier forma de relación humana que le sacara de su zona de seguridad. Había construido una vida para tener éxito, y éste era su anclaje en la tierra. Nunca se preguntaba qué era el éxito, era obvio para Él. ¿Pero acaso existía otro camino? Desde muy joven puso su inteligencia al servicio de la ciencia. No creía nada que no podía ser validado por estudios publicados en prestigiosas revistas académicas. Repudió la religión y entendió la espiritualidad como esoterismo disfrazado de libros de autoayuda. Desconfiaba incluso de su sombra. Sus compañeros amenazaban su estatus y sus amigos anhelaban su éxito. Estudió ingeniería y luego un MBA para dirigir una empresa multinacional de éxito. Gracias a ello consiguió sus sueños, basados en el Imperio del Tener. Viajó por todo el mundo. Amasó una pequeña fortuna y coleccionó todo tipo de posesiones materiales. Adoraba al Dios Dinero, que se convirtió en su mejor aliado. Y todo este imperio hedonista lo adornó con la Venus de la Exposición, que se manifestaba a través de la tecnología y las redes sociales. Sus antiguas fotos de Gandhi y Nelson Mandela, a los que admiraba en el instituto, habían quedado olvidadas en el baúl de los recuerdos empolvorados en el altillo de casa de sus padres. Cuánto más producía, más consumía. Y en este círculo de dar, recibir y gastar empezó a sentirse amado. Llegó a tener un gran poder de atracción. Ansiaba los

aplausos que le brindaba el mundo en forma de elogios por su trabajo, recompensas por sus logros, y admiración por sus posesiones. Disfrutaba de todos los placeres terrenales. Presumía de sus dotes en el bar y en las Redes, y se desahogaba del estrés, de la incertidumbre y de la complejidad de la realidad en noches de cenas, copas y camas compartidas con almas gemelas.

Éxtasis y vacío. No sentía dolor alguno, pero sufría. Estaba atrapado. Revivía una y otra vez el día de la marmota ¿Por qué me siento así? Se preguntó. Y por primera vez, en lugar de continuar en el refugio vicioso de la adicción, buscó. Miró a la derecha y a la izquierda, arriba y abajo, y no encontró a nadie que le pudiera ayudar. Carecía de referentes. No tenía propósito ni visión. ¿Cómo podía cambiar así el curso de su acción? Nadie le inspiraba y todo le transpiraba. Sus fuentes de conocimiento estaban pensadas para seducir y surfear la superficie del Ego. ¿A quién acudir? No se lo pensó. Encontró cobijo en su amigo fiel, su Oráculo, aquél que siempre está a su lado, a su disposición, sin juicio, sin preguntas ni curvaturas. Cogió su ordenador y le preguntó a Google: ¿Cómo sanar el vacío?

En menos de un segundo se le aparecieron dos respuestas en la pantalla:

1. Vacío: alucinación no programada. Acude a un psiquiatra
2. Vacío: carencia de sentido de la existencia. Ama.

Espoleado por su sentido práctico de la inmediatez, escogió la primera opción, pensando que llegaría antes a la solución. Buscó el psiquiatra más reconocido y caro de su ciudad y concertó una cita con él. Le diagnosticaron un trastorno por ansiedad y le recetaron fármacos antidepresivos. Nunca jamás volvió a tener pesadillas, ni volvió a soñar.

Y así navegó los años siguientes a bordo de la rueda del Samsara. Hasta que, un buen día, Él decidió jubilarse precozmente, empujado por la fragilidad de su salud y el desánimo de una vida anómalamente normal. Tenía la sensación de que, aunque cambiaran las circunstancias y el paisaje donde Él respiró su existencia, la sed de nuevas experiencias acabó por mercantilizando su cambio vital. Estaba cansado. Su brillo ya no era el mismo. Sus talentos ya no relucían tanto. Jóvenes preparados y muy bien formados acaparaban toda la atención en su lugar.

Apostó por una indemnización suculenta para cuidarse y descansar. No fue una decisión fácil. Toda una vida trabajando y aparentando. En el último día fue sorprendido por su equipo, que le brindó una fiesta de despedida, sencilla y sin alardes, pero emotiva. De hecho Él tenía un corazón noble y, cuando los códigos y las jerarquías del sistema se lo permitían, era galán y amable con la gente, los cuidaba y de vez en cuando les recompensaba con muestras sinceras de afecto. Y le llegó este merecido homenaje. Incomodado por mostrar su fragilidad al mundo, derramó por primera (y última) vez sus lágrimas en la oficina, después de que su equipo le obsequiara con un regalo. Lo abrió con la ilusión de un niño. Era un cuadro. Aparecían las mismas serpientes del Jardín, y el mismo río, y el mismo árbol de su sueño roto. En un principio se asustó. Pero continuó observando con valentía. Esta vez las serpientes no llevaban máscara, sus cabezas tenían forma de corazón, y sus cuerpos se enroscaban abrazando el árbol que conectaba el Cielo con la Tierra, mientras dibujaban el Jardín del Ser. Esa imagen le transportó al Sueño que tanto lo había perturbado, pero que tanto le había embriagado. De noche, una pregunta le azotaba una y otra vez su pensamiento. Se miró al espejo y vio a un hombre sin rostro ¿Es acaso ese mundo posible?





JESÚS CONILL

Catedrático de Filosofía Moral y Política por la Universidad de Valencia. Miembro del Patronato y Asesor Técnico de la Fundación ÉTNOR (Ética de los Negocios y de las Organizaciones). Co-Director del Seminario Permanente de “Ética económica y empresarial” de la Fundación Étnor desde 1994 hasta la actualidad. Miembro fundador de la Asociación EBEN-España (Ética, Economía y Dirección). Miembro del Seminario de Investigación Xavier Zubiri. Miembro de la Junta de gobierno de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia. Profesor visitante en diversas Universidades europeas y latinoamericanas.

La defensa más potente de la noción filosófica de dignidad proviene de la Ilustración alemana, al menos desde mediados del siglo XVIII, donde se entiende como algo interno, de carácter moral y absoluto. En este sentido, la contribución de Kant, especialmente en sus obras *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1785) y *Metafísica de las costumbres* (1797), ha sido decisiva.

En Kant la noción de dignidad sirve para caracterizar el valor interno de la persona humana, en virtud de su racionalidad moral, su capacidad autolegisladora universal, en definitiva, su autonomía moral. Es éste un valor único, al que Kant denomina valor de dignidad. Cualquier otra cosa es susceptible de intercambio conforme a alguna equivalencia, todo lo demás puede tener algún precio, ya sea de carácter comercial o afectivo. Sólo la dignidad rompe los moldes anteriores e irrumpe como un valor de carácter incondicionado, del que la razón puede hacer uso para señalar un límite a todo intercambio comercial y afectivo, a todo precio, porque instaura un nuevo orden, nos abre otra perspectiva vital. Tan es así que, según el pensar poético de Machado, sólo el necio [¡el que no sabe! (el ignorante)] “confunde valor y precio”.

En este “valor de dignidad” se funda un humanismo ético, de carácter eleuteronómico, porque su contenido fundamental es la libertad, cuyo lema podría formularse así: “hacer de la libertad virtud” (y así hacerse digno de ser feliz) y que tiene el firme propósito de hacer valer la dignidad. Un concepto que en el contexto de la filosofía práctica kantiana se configura, a mi juicio, como una categoría antroponómica, que expresa un ideal de humanidad –por muy incumplido que esté–, el valor de la humanidad y de la moralidad, el incondicionado práctico de la razón humana.

No obstante, algunas corrientes científicistas, positivistas y conductistas del pensamiento contemporáneo (en último término regidas por un modelo naturalista) han pretendido situarse “más allá” de la noción de dignidad, al igual que por su parte hizo Nietzsche, aunque en este caso por razones diferentes que se orientaban hacia otra forma de entender la dignidad, ya no en sentido igualitario ni inmediatamente universalizable.

No obstante, somos muchos los que pensamos que habría que revitalizar el sentido humanista e ilustrado del concepto de dignidad humana, que articula contenidos que provienen de la tradición bíblica, porque las tradiciones son una fuente de inspiración y de vida, desde las que hay que repensar, seleccionar y reinventar lo que resulta más valioso para vivir en plenitud.

Al animal fantástico que es el ser humano le hace falta un elemento incondicionado en el desarrollo de su razón práctica. La estructura transcendental de la razón lo necesita y un nombre para tal incondicionado ha sido el de dignidad. Una noción aprendida en la experiencia de la vida histórica, forjada a lo largo de diversas tradiciones, no inventada de la nada. Y luego reforzada mediante reflexión transcendental, cuando se ha necesitado un incondicionado práctico, de manera que pueda hacerse valer en la argumentación racional.

La conexión de la noción de dignidad con el momento de lo incondicionado se sigue manteniendo explícita o implícitamente en muchas declaraciones y cuando se debaten aspectos éticos y jurídicos en todos los campos donde hay que dirimir conflictos graves, por ejemplo, en los últimos tiempos continuamente en cuestiones biomédicas. El

punto crucial es siempre la protección de la dignidad humana. Porque en ella se cree encontrar el principio de los derechos humanos fundamentales o el valor jurídico fundamental para muchos debates y razonamientos, incluso los constitucionales. Pero muchos siguen pensando que es una fórmula vacía, porque en definitiva afirmar la dignidad equivale a sostener una instancia incondicionada, pero todavía hace falta conectarla con contenidos concretos y fundamentarla debidamente, cosas ambas difíciles, porque ¿qué contenidos son los que garantizan la protección de la dignidad humana?, ¿qué acciones atentan contra ella? ¿De qué es digno el ser humano y por qué?

En lo que concierne al contenido, las propuestas más relevantes de filosofía moral y política contemporánea se esfuerzan por precisarlo recurriendo a los derechos humanos, los “bienes primarios” (Rawls), la “igualdad de recursos” (Dworkin), las “capacidades básicas” (Sen), cuyo fin es empoderar a cada una de las personas y hacer realmente posible su libertad y su propia autorrealización.

Y, en cuanto al fundamento, rebasando su aceptación

como una mera “creencia” o como una afirmación fáctica presuntamente autoconstituyente (pero impulsada por una funcionalidad pragmática), muchos siguen usando el concepto de dignidad humana con una carga metafísica, aun cuando en la época en que nos encontramos, oficialmente declarada postmetafísica, se presenta a menudo con carácter criptometafísico.

A mi juicio, un enfoque filosófico a la altura de nuestro tiempo tiene que pensar –también el concepto de dignidad– desde una “hermenéutica crítica”, en la que se articulan dos lados: 1) el aspecto experiencial (incluso el componente “thymótico”) del concepto, en el que se fusionan los horizontes históricos y culturales de los que se nutre (fusión de contenidos religiosos, humanistas, ilustrados, emancipadores, científicos), y 2) el aspecto trascendental, que a través de la reflexión ha sido capaz de descubrir el momento incondicionado de la razón y su configuración como categoría antropológica en virtud de su contenido eleuteronómico.



Kant



CARLOS DÍAZ HERNÁNDEZ

Filósofo anarquista y cristiano español, profesor en la Universidad Complutense de Madrid y en la Universidad Pontificia de México. Es fundador del Instituto Mounier de España, México, Argentina y Paraguay. Conferenciante por toda España y por la mayoría de países de Latinoamérica, es investigador y difusor del pensamiento personalista comunitario en lengua castellana. En sus escritos defiende el anarquismo y el personalismo de Emmanuel Mounier.

Para el hombre postmoderno los significados existen a fin de ser descodificados o deconstruidos, el concepto de realidad objetiva es sospechoso y parece formar parte de la niebla que los posmodernos ayudan a esparcir. Se trata de exiliar al autor de su texto y proceder a descodificar o de-construir los significados que hablaban a través del autor, por más que él no lo supiera. Todos los significados tienen que abolirse poniendo de relieve las contradicciones escondidas en ellos. La verdad es elusiva, polimorfa, interna, subjetiva, nunca clara. Uno tiene la sensación de que el mundo no es la totalidad de las cosas construidas por personas, sino de los significados impersonales. La hermenéutica está para ello: cualquier cosa que sea está hecha por los significados que se le confieren, separados del flujo primario de existencia. Es una negativa a aceptar cualquier hecho objetivo o estructura en favor de los significados, histeria de la subjetividad del investigador. El significado no es tanto una herramienta de estudio como un embriagante conceptual, un instrumento de autoexcitación; el investigador demuestra su iniciación en los misterios subjetivos de la hermenéutica y la dificultad del propósito objetivo mediante una compleja prosa llena de circunvoluciones para negar toda la idea de objetividad y claridad; lo que más le interesa es lo que los antropólogos dicen acerca de ellos mismos. Las metarreflexiones sobre la crisis señalan el camino hacia las metatradiciones de metarrepresentaciones... Nada pone fin al callejón sin salida cuando se rechaza a quienes no sean lo bastante escépticos ni recurren a la duda como una justificación para su gran oscuridad y subjetivismo. Nada se parece realmente a nada y nadie puede conocer a otro (o a sí mismo) ni comunicarse. ¿Qué otra cosa puede hacerse como no sea expresar con prosa impenetrable la ansie-

dad producida por esta situación? Su elaboración de una jerga científica, que ni tiene la agudeza de una definición, ni guarda ninguna verdadera relación con la realidad, ni disciplina interna, suena lo suficientemente oscura e intimidante, como para que cada uno pueda presentarse como descubridor genial.

La nueva generación posmoderna quiere que sólo el inconsciente sea sujeto, aunque lo escriba un tanto ignominiosamente con una S y un grafo tachado. Tachado: pienso donde no soy, no soy donde pienso. Enemigo de toda filosofía surgida del cogito, el yo no es garante de la razón, se funda en el amor del otro y, como todo amor es ciego; su función es de desconocimiento, así que pasemos a otra cosa; sus defensas yoicas inconscientes ignoran hasta su propio hacer. En el principio el inconsciente es el deseo del otro, del cual viene el propio yo. Mas ¿cómo sería ese yo? El yo es como el eje de la rueda en la carretera: inmóvil, la gira gracias a su presencia una carreta inmóvil. Es el lugar de un vacío que no se iguala a la nada, pues se sostiene por sus bordes. No está en el comienzo sino al final de un recorrido, por eso el análisis va del “yo no pienso” al “yo no soy”. En el campo del lenguaje del inconsciente la psicoterapia no se dirige al yo, sino al sujeto del inconsciente. Se trata de sostener que opera otra razón que no es la razón, la banda de Moebius intenta ofrecer esa lógica que nos permite liberarnos de la topología de la esfera con su imaginaria división del dentro y del fuera. El sujeto se entiende como un ir hacia, como una pasión por ser, cuya función residiría en la encarnizada defensa de su ilusa identidad imaginaria, así como en la promoción de la añoranza de eternidad recurriendo al yo-uno para aglutinar en un símbolo denominado sujeto las oceánicas

tensiones de su eterna pluralidad. Carente de dimensión óptica real, tal proyecto de sujeto viviría tratando de sofocar la angustia de las pulsiones de su voluntad narcisista con un cierre autorregulador. En todo caso, el sujeto resistente e irreducible deja una huella, pero la huella no es nunca el sujeto, cuya naturaleza se ignora y cuya representación queda en crisis. Mas ¿cómo designar a un sujeto con todas sus representaciones permanentemente en crisis, cómo calificarlo, con qué recursos decir las dificultades del decir? Según una lógica de la diferencia reducida a la identidad y a la inversa con el fin de quebrar la lógica misma, un poco al modo de la lógica dialéctica, se busca a cualquier precio superar la vieja lógica con otra nueva, solo que más confusa. Han buscado hasta lo imposible, para reemplazar su principal problema, que es el del ego muerto, que a lo imaginario perdido lo reemplace un ego, el cual sería la restitución de un imaginario fallido, siendo los rasgos de carácter un equivalente menor del Ego, ego-sintónicos. Son remedios a una quiebra parcial del yo que intenta responder a la emergencia pulsional con la rígida respuesta de un trazo repetido.

Si tal sujeto emerge de su disolución y se construye extrañamente deconstruyéndose, uno tendría que reconocer no ser nadie, apenas el triste hueco de su nula subjetividad, y eso con suerte, pues en todo caso el sujeto temporalmente emergido, si algo fuera a la larga, sólo emergería al término de sus vanas estrategias para hacerse presente. Sujeto sin identidad, inidéntico, se ocupa de esta cosa, ese otro se ocupa de esa otra cosa. Por supuesto, siempre podemos hacer como si existiera. Para tener la fiesta en paz, o contribuir a la vida en sociedad, podemos plantear una continuidad entre estas subjetivaciones dispersas y llamar

carácter o temperamento a dicha continuidad. También, para prevenirnos contra el vértigo, podemos aferrarnos a ese sucedáneo del sujeto que es el personaje. Pero una cosa es fingir y otra fundamentar. Una cosa es hacer como si existiera esa continuidad, y otra es creérselo y atribuirle una densidad. Una cosa, en definitiva, es dotarse de esa imitación de subjetividad que es el yo mediático, el yo social, el personaje, la máscara, todos los homónimos del yo profundo que aparecen en las portadas de los periódicos y otra experimentarlos, coincidir con ellos. Podemos postular este sujeto pero es un falso objeto cuya única propiedad sería consiste en no ser asignable ni comprensible. Podemos hablar de él, pero seguirá siendo una convención, seguirá siendo una fábula, un espejismo, una comedia, una costumbre, una hipótesis: le falta poco para decir un cumplido, una impostura. El yo, que no es un lugar, tampoco es un “pequeño Dios” que habitaría en ese lugar y poseería su libertad como una virtud metafísica. Lo mismo que carece de interioridad, el yo carece de unidad que junte los yoes desperdigados. En realidad sólo deberíamos hablar de sujeto en plural: las conciencias, no la conciencia; las subjetividades, no la subjetividad. A cada cual le corresponde una infinidad de conciencias y subjetividades, que la conveniencia de la vida convierte, a veces, en sujeto.

Ser sujeto no es una esencia, ni un Estado. Es una serie de actos y movimientos, proceso sin sujeto. Aunque devenir es demasiado decir, porque ese devenir supondría una suerte de esencia o de verdad que, a falta de estar dadas, se podrían de manifiesto en la duración, pero de eso se desconfía. No hay sustantivo. No hay punto fijo, ni centro, ni núcleo, ni principio. Un sujeto literalmente anárquico.

Un sujeto sin fondo y, por consiguiente sin descanso. Los humanistas suelen decir que el sujeto es el fundamento –¡la medida!– de todas las cosas. ¡Nada de eso! ¿Cómo va a ser el fundamento si él mismo no tiene fondo? Elogio de la infidelidad, de la incoherencia, casi de la traición. El sujeto ya no tiene perennidad. Está en este momento porque se ocupa de esta cosa. En ese otro momento, porque se dirige hacia esa otra cosa. Pero imaginemos que no se ocupa de ésta, ni de ésa, ni de ninguna otra. O imaginemos –más verosímil– que se ocupa de algo, pero débilmente, sin la fuerza ni el interés que había mostrado hace un momento por la cosa anterior. Pues bien, en el primer caso ya no hay sujeto: soy sujeto en este momento, no lo era en el momento anterior ni lo seré en el siguiente. La subjetividad se ha apagado en mí como una bombilla fundida. En el segundo caso hay un sujeto, pero débil, casi exangüe; soy más o menos sujeto, no lo soy en todo momento, con las mismas fuerzas ni la misma insistencia; no lo soy del todo, una parte de mí puede serlo y otra ya no, o todavía no. Fragilidad del sujeto. Intermitencia del deseo de ser sujeto. No se es sujeto a tiempo completo ni al cien por cien; según la intensidad de la intención, hay una especie de escala móvil de la subjetividad. La subjetividad, un accidente. La subjetividad, un momento. ¿Pienso luego existo? Pues no. Puedo pensar sin ser; por mi conciencia pueden cruzar pensamientos, puede haber destellos de ideas o reflexiones, pero eso no me da la interioridad, la estabilidad, la identidad, la perennidad que son los atributos del ser. Cogito ergo non sum. Hay otras formas de ser aparte de pensar, como la emoción, la imaginación, la sensación, la alucinación, el sueño y también, ¿por qué no?, el no-pensamiento u odio al pensamiento. Es la lección del siglo y sus barbaries. Cogito sin ego. Ego sin cogito. No se trata

de renunciar al sujeto, pero el sujeto es frágil, precario, que está amenazado en todo momento con dejar de ser: flujo, ola, diluvio de emociones, sueños, jirones de pensamiento. Pero ya no es el sujeto cartesiano, eso es todo. Ya no es el hombre dueño y señor de la naturaleza. Ya no es el supuesto sujeto sustancial, una ilusión creada por la tradición filosófica que se convierte en apéndice inútil y parasitario. Hay que acabar con Su Majestad el Yo de las filosofías del hombre y de la Conciencia, pero entonces, ¡cuidado con los efectos de esa confusión si se lleva hasta sus últimas consecuencias!

Ahora bien, por inconcebible que sea el sujeto, por mucho que haya sucumbido al desmenuzamiento, de todos modos hay que hacer lo posible por restablecer su hipótesis y su ficción. El sujeto como una hipótesis. El sujeto como un resorte de navaja. El sujeto como un punto en un tejido que se deshace. Éxtasis de este sujeto. Existencia requerida y eminencia. Hacer como si: como si fuera posible sacar un sujeto del fondo, de la retorta. Apostar: el sujeto ya no es un ser sino una apuesta por una dialéctica del deseo que nos sacará del torpor del mundo. Conócete a ti mismo, decía el humanismo. No te conozcas a ti mismo, replica el posmoderno. ¿Por qué habías de conocerte, por qué habías de agotarte en vanas introspecciones, si tu interior es un lugar vacío, un ser de razón, un flujo? No es que el yo sea aborrecible, es que no es nada. No es que sea vano, es que no tiene densidad. No hace falta ponerse solemne para vituperar con acento trágico, vengador, el horror del yo, su vértigo. Basta con comprobar que no se puede sacar absolutamente nada en claro de su observación. Contra la tentación personológica, el pensamiento contra la psicología. En mí lo único interesante es lo que

va más allá de mí, lo que excede el yo, lo que implica el mundo. En un alma sólo merece ser tomado en consideración lo que permite romper la atadura de la yo-cracia, del viejo e ilustre yo.

¿Decirlo todo? No, pasarse la vida mintiendo, mintiéndose, engañando a una, ganando tiempo con la otra, relegándolas alternativamente a una especie de oscuridad, para ir acumulando una triple vida, cuádruple, quíntuple. ¿Qué queda de la persona ahí? Sus actos, el actualismo del yo, un hombre es la suma de sus actos, los hombres son como las abejas, pues sus productos valen más que ellas. En fin, cuanto más constatamos la naturaleza sin yo de nuestro yo en diferentes regiones del organismo, más desconfiamos de esta noción del yo como centro verdadero”, buscándola en cada célula y, como no se la encuentra, se termina afirmando que lo que llamamos yo no es más que la unión de las capacidades lingüísticas recursivas del hombre y de la aptitud humana para describirse a sí mismo, de ahí que se pase al budismo para concluir que éste enseña a rechazar la ilusión tenaz del yo, en favor de un yo desprovisto de yo o, para evitarlo, en un yo posesivo. Desde entonces, Narciso a sus cremas, y cuando ha logrado ser tan famoso que los fotógrafos le acosan hasta en los urinarios, la única solución que se le ocurre es aprender a orinar, eso sí, con mucho estilo. Dentro incluso de su simplismo monista, se nos presenta como una realidad tridimensional.

Narciseo psicológico. El propio ego tomado como texto, pretexto, contexto, architexto, tipo, fenotipo, genotipo, ectotipo, arquetipo, tomado como ombligo cósmico y palimpsesto que adora su propio yo con toda clase de entretenimientos y de fabulaciones, al egoísta refinado que

incapaz de salir fuera de sí. Presente por presencia o presente por ausencia, él siempre presente (¡él!), Su Majestad Él, novio en la boda, niño en el bautizo, y si menester fuere muerto en el entierro. Narciso nunca tiene bastante con ser amado, loado, admirado, y siempre quiere más, insaciablemente más, es un Menschenfresser. Su autismo devorador conduce con frecuencia a una somnolencia irrealista que en su delirio no distingue ya el mundo verdadero del mundo idealizado y que deforma sistemáticamente los hechos por una imaginación eternamente calenturienta, siempre retornante hacia el ego que no cesa de reclamar luz y taquígrafos dada su ansia de primer plano. Narciso se engalana, se viste, desviste, reviste y traviste para dar mejor en la foto; en las listas de best-sellers encontrarás todas sus preferencias, sus libros de técnicas sexuales, las guías para el cuidado del cuerpo, oh, su cuerpo. Perdido en su habitación, sin saber qué hacer, se le pasa el tiempo: embriagado de sí sufre porque, aun creyéndose la cumbre de todas las cumbres, ¡oh yo, el olímpico!, en el fondo sabe que presume de lo que carece; se irrita muchíiiiisimo con el ciudadano que ose musitar que se equivoca. Desde perspectiva psicológica es una personalidad pasiva, dominada por la necesidad de ser vista, cuya reivindicación egocéntrica es siempre receptiva: el egocéntrico aparece como un niño que muere por verlo todo, oírlo todo, formar parte de cuanto ocurre o se dice que ocurre, ser siempre escuchado, servido, admirado el primero; en una conversación se encuentra impaciente por anteponer sus propios recuerdos, las experiencias en las que ha participado, las pruebas que le han convencido; corta la palabra, se adelanta indiscretamente allí donde no ha sido solicitado; es intransigente en sus hábitos, en sus manías, en sus creencias, pero más flexible que nadie ante

los hábitos, las manías y las creencias de otro. En cualquier asunto se muestra impaciente ante toda situación nacida fuera de él e independiente de él. Esto se desarrolla hasta el extremo bajo el influjo de una cultura de invernadero, y el tema del Narciso se introduce en estas vidas replegadas sobre la contemplación voluptuosa del yo. Un conservadurismo tenaz, hostil a todo cambio, reemplaza entonces a la explosión anárquica. Se podría decir que hay dos clases de hombres: los hombres que están a favor, y los hombres que están en contra, a favor o en contra del mundo en general, a favor y en contra de lo que viene de fuera, de los hombres, de las cosas o de los acontecimientos. Es un yo enroscado como un erizo sobre su propia conservación el que forma los segundos, y este negativismo se produce casi siempre por los desaciertos de la formación. Si la vanidad siempre causó enfado, aquí risa.

Narciseo epistemológico. Lo más frecuente es el despertar de un redomado narcisismo profesional que insensiblemente se prolonga en un gregario espíritu de cuerpo, en un corporalismo sin alma y en un gremialismo sin sociedad, por el cual a cada uno se le hace creer durante los años de aprendizaje que la profesión que ha elegido, ¡la suya!, es ¡por supuesto! la más digna de las posibles y que en consecuencia merece más crédito y mayor retribución, con lo cual se genera un inevitable orgullo de casta entre el consorcio de profesionales, siendo el resultado final la pérdida de la sensibilidad hacia todo prójimo, la ignorancia de la dimensión social, la ajenidad respecto al servicio a los demás seres humanos por medio de nuestra habilidad o destreza o Adolescentes con polaina y cabello engo-

minado, andrajos-seudo, cabezas rapadas por fuera y más aún por dentro, rock de consumo y meada callejera, bates de béisbol, ritos orgiásticos ante monos rabiosos con una guitarra eléctrica que dan saltos epilépticos sobre las tarimas y berrean como cerdos llevados a degollar mientras causan la histeria entre narcipavos y eternos adolescentes que arrasan cualquier césped enmierdándole con montañas de cascotes plásticos y vidriosos; en fin, así aúlla Occidente en el último tramo de su cultura. Estos alaridos son la despedida de una civilización que se despeña por el acantilado, que se va definitivamente por el sumidero hacia la cloaca.

Narciseo histórico. Una época donde se abandonan los proyectos teleológicos que se preguntan por el sentido, aquel que niega asimismo la ilusión por lo venidero de largo alcance, en cuyo lugar el coro de ranas croa en la charca. De ahí los periodos de estancamiento, de manierismo, de autolatría, de confusión, de pereza, de incuria: en otras palabras, de pensamiento débil, aunque quienes más presumen de debilidad no tienen luego otro remedio que defenderlo con fuerza, con fuerza y –faltaría más– gracias al auxilio de los poderosos medios de masa a quienes les encanta la ajena impotencia para comerte mejor, Caperucita. Narciso se nos ha vuelto escéptico, aunque parlotea y perora sin cesar sobre fin de la historia, eso sí, siempre con gesto desmayado, pero lo que en realidad se está vendiendo no es el fin de la historia, sino fábula, cuento y mentira, el Jardín en donde una cuarta parte de la humanidad devora las vísceras de las tres cuartas partes restantes.



AGUSTÍN DOMINGO MORATALLA

Director de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y Catedrático de Filosofía Moral y Política. Moratalla ha sido catedrático del MEC (número 1 de sus oposiciones), encargado de Cátedra en la Universidad Pontificia de Salamanca, donde puso en marcha la Facultad de Comunicación. Es doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación con estudios de Derecho. Fue becario de la Fundación Oriol-Urquijo, amplió estudios en la Universidad Católica de Lovaina y Fellowship en la Cátedra Hoover. Ha sido profesor invitado en el 'Centro para el Estudio de la Cultura y los Valores', de la UCA (Washington). Puso en marcha la titulación de Ciencias Políticas y de la Administración en la Universidad Cardenal Herrera (1999-2000) y ha impartido clases como profesor visitante en varias universidades nacionales e internacionales.

LA MELANCÓLICA AVENTURA DEL HOMBRE POSTMODERNO

Los protagonistas de algunos cuadros de Antonio Camaró tienen la gracia de no ser simples individuos o sujetos que se pasean accidentalmente por el lienzo, son personajes de nuestro tiempo que gracias a la intensidad o contraste de los colores que utiliza nunca nos dejan emocionalmente indiferentes. Como personajes, no representan únicamente figuras pictóricas sino historias de vida, tramas de caracteres, relatos entrecruzados y muchas veces, dramas existenciales.

Camaró no retrata personajes sino que los presenta para que el espectador continúe el relato que ha comenzado en su estudio, siempre después de alguna valiosa reflexión cotidiana con la que quiere hacernos pensar el presente. Sería exagerado decir que sus personajes están llenos de vida y comparten su vida con nosotros a través de una puerta, una ventana, un guiño, un abrazo, una costura o un gesto de complicidad. No están llenos de una vida biológica porque su autor y el lienzo se han encargado de fijar la escena para que el tiempo biológico no la devore. Al fijarla y sustraerla de ese tiempo biológico, muchos pensarán que el personaje se ha convertido en simple retrato, naturaleza o materia muerta. Todo lo contrario, lo ha transformado en parte de una vida que no es biológica sino biográfica, son figuras que han dejado el mundo de la materia más física para formar parte del mundo de la materia más productiva, liberadora y espiritual: la materia narrativa.

Uno de los personajes más productivos porque destila más materia narrativa es la figura llamada “hombre postmoderno”. Al bautizarlo así, su autor no se ha detenido mucho en los análisis que Lyotard, Baudrillard o Vattimo ofrecen de este tiempo cultural que llamamos “posmo-

dernidad”, se ha fijado en el drama de la condición humana de nuestro propio presente. No le han preocupado los debates teóricos o especulativos sobre la génesis, naturaleza o estructura de esta vanguardia cultural. Tampoco le ha preocupado el academicista debate entre los premodernos, los modernos o los tardomodernos. Lo que le preocupa es el mundo interior de una generación como la suya en la que nuestros pueblos y gentes han pasado aceleradamente por todas las etapas del pensamiento en apenas tres generaciones. Ha querido retratar a personajes de su tiempo, sin detenerse en especulaciones filosóficas ha comprobado que a su personaje no le viene mal calificarlo de posmoderno.

No es un hombre premoderno porque su traje y aspecto es más propio de sociedades burguesas e industrializadas que de sociedades agrícolas. Tampoco es un hombre moderno porque en la estilización de la figura y en sus gestos hay poco de racionalidad mecánica, cartesiana o industrial. Es probable que lo más acercado sea caracterizarlo como posmoderno porque el pintor se ha centrado en él como personaje aislado, solitario y desvinculado. Quizá como alguien cansado de aventuras y en actitud melancólica. A lo mejor como nuevo Quijote cansado de perseguir dulcineas, agotado de abanderar causas nobles y, sobre todo, prisionero de sí mismo.

Aunque este personaje haya dejado de ser un héroe, todavía no se ha convertido en un antihéroe agotado, cansado y derrotado por la vida. Está a medio camino, como si en la escalera de su vida quisiera que fuéramos nosotros quienes le indicásemos si tiene que subir o bajar, como si estuviera compartiendo su melancolía con nosotros invitándonos a quijotizar la vida. A lo mejor, algún espectador

inquieto nos descubre en este personaje un quijote derrotado, sin armadura, sin yelmo y sin el calzado adecuado para emprender nuevas aventuras. Incluso es capaz de que nos fijemos en las expresiones de abandono, descuido y derrota, como si en lugar de plantearnos la quijotización de la vida estuviéramos obligados a reconocer el ruidoso realismo sancho pancista de nuestra condición urbana.

Antonio ha dibujado un personaje prisionero de sí mismo y de sus propias contradicciones. No tenemos muchos datos para saber más de él, por eso tenemos que acudir a las figuras que aparecen en otros planos, a los colores de los enseres que acompañan a los personajes y probablemente a su rostro. Y el rostro no nos sitúa a las puertas de ningún personaje legendario o novelesco, nos sitúa a las puertas de nosotros mismos, nos devuelve la mirada. Ahora bien, no nos mira directamente, nos invita a ser cómplices en la construcción de su identidad, a desvelarla en una interpretación tras otra. Uno se acerca al cuadro y comprueba un personaje melancólico, uno se aleja del cuadro y comprueba un personaje aventurero.

Este ir y venir delante del cuadro para descubrir esa identidad misteriosa se puede hacer en solitario, como un ejercicio de reflexión, meditación y auténtica melancolía romántica. En ese caso, el autor nos invita a compartir la crisis de identidad de su personaje. De la misma forma que el personaje parece no saber quién es ni qué o por qué ha hecho lo que ha hecho, así nosotros nos vemos obligados a plantear una pregunta ¿por qué me inquieta este personaje?, ¿por qué su melancolía no me deja indiferente?

Pero este vaivén de interpretaciones adquiere una dimensión nueva cuando nos acercamos al cuadro en compañía de otros personajes reales de la vida biológica. Si vamos solos y decidimos entablar un diálogo con el personaje nos mantenemos en el melancólico círculo del ensimismamiento, como si la crisis de identidad del personaje fuera también nuestra crisis, como si la pregunta por la autenticidad que nos lanza el personaje fuera devuelta con la respuesta de la introspección, la intimidad y la interioridad silenciosa. Si no vamos solos y decidimos ensanchar las fronteras de la conversación con otros, entonces el personaje sale del círculo en el que lo hemos apresado y se libera para la complejidad de la escena que se nos describe. Cuando vemos el cuadro acompañado por otros y hacemos este ejercicio con otros que están mirando también el cuadro, el proceso se transforma y los personajes de Camaró cobran nueva vida, dicen más cosas. Sin duda alguna porque lo dicen a más gentes y porque se incrementa el número de espectadores que participan del relato narrativo.

Ahora bien, este ejercicio comunitario de lectura visual se transforma en un complejo ejercicio de composición narrativa. Digo complejo porque los cuadros de Camaró invitan al conflicto de interpretaciones que provocan las melancólicas miradas de sus personajes. No nos dejan indiferentes cuando nos preguntamos por la relación que acabamos de establecer entre sus crisis de identidad y las nuestras. Obligan a que los espectadores tengan volver a preguntarse por sus identidades múltiples. El color y la estilización de las figuras nos fuerzan a trenzar relatos llenos de vida, llenos de paradojas y llenos de contradicciones. Cuando hacemos este ejercicio en compañía y nos atreve-

mos a interpretar su pintura de términos de identidades fragmentadas siempre hay alguien a nuestro lado que nos invita a leer a los estos personajes como almas melancólicas que van detrás de sí mismos, como perfiles de una autenticidad que solo puede ser completada con el ejercicio de la palabra.

En este sentido, los personajes de Camaró no son estilizadas o quiijotescas figuras en busca de sí mismas, son figuras que provocan la interpretación y reclaman el uso de la palabra compartida para completar el relato figurativo. Son personajes y escenas que nos invitan a plantear una de las obsesiones más importantes del hombre posmoderno: la aventura de la autenticidad. A diferencia de otros pintores que rompen o descomponen las figuras, a diferencia de otros artistas que arrinconan la gracia del color, Camaró nos obliga a que nos preguntemos por la identidad de sus figuras casi completas, por la autenticidad de sus personajes, por la trama de sus escenas y por la vitalidad de su mundo expresivo. No nos invita a una melancolía intimista o ensimismada sino a una melancolía reflexiva, apalabrada, aventurera, comunitaria y dialogal, vecina de todos los artistas que con el pincel o la palabra, celebran cada mañana la sorprendente llegada del ingenio.





ALFREDO ESTEVE MARTÍN

Vicedecano de la facultad de filosofía de la Universidad Católica San Vicente Mártir. Editor ejecutivo de Scio, revista de filosofía.;Miembro de la comisión de Investigación de la Universidad.

¿PUEDE TODAVÍA EL SER HUMANO DEJARSE SORPRENDER?

Cuando nos acercamos a una obra de arte sería oportuno preguntarnos que es lo que nos puede ofrecer; o quizá sea más adecuado cuestionarnos que esperamos nosotros mismos de ella. En efecto: ¿que puede esperar de un objeto artístico el ser humano del siglo XXI?, ¿que le cabe esperar? No es ésta una pregunta fácil de responder, pues en dicha respuesta va implícito un planteamiento global de vida en la que precisamente se pone de manifiesto.

Una persona se define por la cosmovisión que posee, por su modo de interpretar la realidad y consecuentemente por su modo de relacionarse con ella. No todos lo hacemos igual: ni desde las mismas claves, ni desde los mismos planos de atención, ni desde las mismas inquietudes. Una misma situación, un mismo hecho, puede ser vivido o interpretado (de hecho lo es) de diversas maneras; y estas vivencias o interpretaciones de alguna manera nos dan indicios de la manera de ser o de las inquietudes de quien las efectúa. El objeto artístico es –a mi modo de ver– un tipo de realidad en la que esta circunstancia se pone de manifiesto de palmariamente.

No todos nos situamos de igual modo ante una obra de arte; ni siquiera uno mismo lo hace idénticamente a lo largo de su vida. A grandes trazos, podemos distinguir algunas de estas posturas. Por ejemplo, la de aquellos que la tratan como un objeto de consumo, “devorándola” rápidamente para poder seguir devorando otras muchas más. O la de aquellos que la observan como observarían un escaparate, como un objeto curioso y pintoresco, más o menos agradable, que puede gustar o no. También la de aquellos que la utilizan como “excusa” para conversar agradablemente con algún acompañante y aprovechar para departir sobre lo humano y lo divino. Por último, po-

demos hablar también de la de aquellos, sencillamente, que la contemplan esperando a que les hable, esperando a que les diga aquello que les tiene destinado presta como está, aguardando pacientemente a que haya algún espectador dispuesto a escuchar.

Decía Schopenhauer que nosotros percibimos la realidad como un mosaico. Si la realidad es en sí continua, nuestra percepción, mediatizada por nuestro sentido y nuestra cognición, no puede sino compartimentarla en pequeñas piezas entre las cuales hay ciertos resquicios que no podemos rellenar. Nuestra percepción filtra la realidad, nuestra conceptualización la fragmenta, todo ello para poder asimilarla. Pues bien, a mi modo de ver el arte es aquel “lenguaje” humano, aquel modo de comunicación capaz de ir rellenando esos intersticios del mosaico que es nuestra percepción de la realidad, permitiéndonos aprehender todo aquello que en nuestro modo común de aprehensión nos permanece inaccesible, velado. El arte minimiza las grietas y fisuras de nuestro mosaico, que inevitablemente aparecen ante la limitación de nuestras capacidades perceptivas.

Pero para ello, es preciso situarse en otro orden de cosas, en unas coordenadas diferentes que son las que precisamente lo posibilitan como tal. Y ello es tarea tanto del artista... como del espectador. El artista es aquel que es capaz de percibir aspectos o ámbitos de la realidad que para el hombre común permanecen ocultos, y que los puede plasmar mediante una técnica adecuada según su género artístico. El artista posee una sensibilidad especial (un ángel diría d’Ors) que le permite aprehender niveles profundos de realidad, y que por su profundidad no son fácilmente perceptibles, aunque no por ello menos reales.

No se trata de reproducir más o menos fielmente aquello que todos vemos, sino de transmitir algo que trasciende precisamente a eso que todos vemos, y que por lo general no podemos ver. Pero el artista sí.

Para ello, y mediante elementos y situaciones reconocibles por parte del espectador, comunica aquello que no se ve según una visión acostumbrada, común y rutinaria de la vida. Una transmisión que se da en ese ir y venir entre la necesaria sujeción a las normas técnicas propias de su arte, y la holgura imprescindible que le dota de cierta libertad suficiente para desbordarlas mediante su ingenio creador. El artista crea –como decía Kant– sus propias normas, pero sin caer en mera arbitrariedad; porque, y a diferencia de lo que se piensa en ciertos ámbitos, el artista no se debe ni a sí mismo ni a la obra de arte en sí, sino a la realidad a la que pertenece: ni el artista es un egocéntrico, ni la obra de arte es un fin en sí misma. El artista es mediador, mediador de una verdad que le desborda y a la que sirve fielmente, propiciando ámbitos de encuentro, e invitando al espectador a que traspase umbrales hasta entonces desconocidos. El arte presenta, pues, un carácter bifronte –tal y como nos comenta A. López Quintás–, frontera entre lo sensible y lo metasensible, expresando realidades de orden superior a las que nos remite precisamente lo sensible.

La generosidad del artista le lleva a ofrecer su trabajo a la sociedad, sin exigencias, sin percepciones. No es una necesidad implícita al arte: tan artística sería una obra si es pública como si no; pero no deja de ser una forma de comunicación que pide ser compartida a interlocutores que posiblemente permanezcan ajenos al mundo del artista en el tiempo y en el espacio. El arte es en este sentido

universal, manteniéndose en plena disposición –como el arpa de Bécquer– esperando que alguien pueda “leer” en ella todo lo que está dispuesta a decir. Y esta lectura no es sencilla.

Porque es fácil que el espectador se quede en lo obvio, incapacitándole para acceder a su verdadero mensaje, a saber: aquello que en su diafanidad no posee una mínima opacidad que nos posibilite su percepción. Ortega y Gasset decía que observar una obra de arte es como observar a través de un cristal. Normalmente vemos lo que hay más allá de él, al otro lado: un edificio, una calle, un paisaje, un pájaro,... Pero el caso es que no solemos caer en la cuenta del propio vidrio, que aunque parezca que no se ve, en cuanto nos fijamos en él comenzamos a percibir ralladuras, pequeñas manchas, reflejos,... que se destacan sobre el fondo. Pendientes de lo que se nos presenta con mayor fuerza, no vemos lo que tenemos presente en primera instancia, a saber: el propio cristal.

Análogamente, pendientes de los objetos concretos que nos presenta la obra artística y que reconocemos de modo inmediato (un árbol, un rostro, un paisaje...), no vemos todo lo demás que en ella se encuentra. Usualmente no se lo permitimos, no le damos tiempo, nos quedamos en lo inmediato; cuando quizá la actitud adecuada sea la contraria: dejar que trasparen lo que se haya tras lo inmediato. De lo que se trata es de dejar hablar a la obra de arte, dejar que ella se comunique con nosotros, para lo cual hemos de modificar nuestra actitud: hemos de dejar al margen nuestra actitud común de dominio, hemos de hacer silencio en nosotros, hemos de callar.

¡Ah, callar! ¿Puede el hombre contemporáneo callar, no ir

por delante, no querer mantener un control, no pretender seguridades y certezas, no llevar las riendas sobre aquello que le acontece? ¿Puede el hombre actual, sencillamente, permanecer en silencio, permanecer serenamente ante el misterio y el enigma? A poco que nos detengamos observaremos que es ajeno al ser humano no vivir con cierto grado de incertidumbre, con cierta holgura frente a ese futuro que le obsesiona porque no es capaz de preverlo con total certeza. ¿Puede el hombre post-moderno dejarse sorprender todavía?

En la historia moderna y contemporánea ha sido común la existencia de un ser que pretendía negar esta circunstancia, que aspiraba a dirigir su vida y la historia desde sí mismo, confiando en sus propias fuerzas, en su propia razón. ¿Podemos decir que lo haya conseguido, que ha conseguido ese futuro prometeico que le tenía destinado su razón endiosada? No, no podemos tenerlo todo controlado. Y en ese afán de dominio, nos alienamos en un círculo sin fin que nos enajena, que nos distancia de nuestra propia condición humana, convirtiéndonos en extraños para nosotros mismos.

Ante esta situación, bien puede uno permanecer indiferente, bien reaccionar o bien enquistarse en ella. Si la primera postura puede que sea la más común, diría que tampoco es infrecuente la del enquistamiento, la de aquel que se parapeta tras unos estándares de vida, a menudo de modo inconsciente, ante un mundo que sencillamente se deshace a su alrededor, y que le impide mantener el sentido de los límites. Un mundo delicuescente al que no

está dispuesto a renunciar, en el que el diálogo deja paso a monólogos sordos que impiden encuentros auténticos, en el que las miradas se languidecen y se ausentan, en el que las formas se difuminan y se hacen absurdas..., un mundo en el que todo vale porque en el fondo nada tiene valor. Un mundo –en definitiva– que se derrite inevitablemente alrededor del hombre post-moderno, ese hombre que permanece impassible, neutro..., con una pretendida dignidad premonitoria de su inminente fracaso como el que nos presenta sentado en la mesa de cualquier café Antonio Camaró.

En cualquier caso, y por fortuna, hay muchos que no están descalzos; hay gente que reacciona y que entre los reflejos del vidrio percibe un mundo diverso. Gente que se deja sorprender. Gente que, sin descuidar los avatares de la vida, sabe que ésta es mucho más; que lo inmediatamente dado no es sino una vía de acceso a una trascendencia que en su enigmaticidad nos arrastra mediante una tensión vital que nos permite siquiera vislumbrar lo más auténticamente humano. Pero para responder de modo adecuado es necesario un cambio de actitud, un cambio de lenguaje, un cambio de vida, un cambio de ser. Quizá –¿por que no?– sea la actitud de aquél que se acerca a la obra de arte permaneciendo sencillamente ante ella, serena y silenciosamente, viendo como el que no ve, oyendo como el que no oye, estando como el que no está... ¿Será a éstos a quien tenga destinados sus secretos la obra de arte? ¿Será ante estos ante quienes finalmente incline su mirada el hombre post-moderno? Camaró nos invita a dar respuesta a esta cuestión fundamental.



VARDA FISZBEIN

Escritora y traductora. Autora de varios libros de relatos destinados al público juvenil y adultos. Traductora del inglés y de lenguas hebraicas al castellano. Colaboradora de diversos medios de comunicación escritos, entre ellos «Raíces», revista de cultura judía. Dirige un programa quincenal sobre poesía judía en radiosefarad.com

Este cuadro del artista Antonio Camaró es, según sus propias palabras, la visión, la idea que él tiene del hombre posmoderno.

Observo que el hombre del retrato está solo, con la mirada perdida, junto a una mesa en la que hay una botella y una copa, probablemente de alcohol. Parece necesitado de un apoyo para andar o pudiera ser que el bastón es un aditamento más de la elegante vestimenta que lo cubre.

Pero, ¡ay!, toda esa elegancia no consigue ocultar que tiene rotos (“patatas” o “tomates” como decimos vulgarmente), en los calcetines y acaso, también en el corazón.

Por debajo y muy cerca de sus pies semidesnudos, desamparados, el pintor ha escrito el nombre del filósofo Kant: alguien que pensó al hombre, que realizó sus famosas cuatro preguntas para llegar a desentrañar qué es el ser humano.

Y, sin embargo, por alguna misteriosa razón o extraña asociación, el cuadro me lleva a pensar en la idea que sobre el hombre desarrolló otro gran filósofo que, además, comparte nombre de pila con Kant: me refiero a Emmanuel Levinas.

Levinas considera que la ética es la filosofía primera, porque nos permite pensar en el Otro; e identifica a ese Otro con los más desfavorecidos: el huérfano, la viuda, el extranjero, con quienes está obligado. La ética, según este pensador, no se va a basar en el ser, sino en la relación, ya que cada uno de nosotros será la suma de las relaciones que tenga. Y es por eso que debemos responsabilizarnos de aquellos que carecen de relaciones.

No es casual que esta idea pertenezca a un filósofo de origen judío, ya que uno de los más importantes preceptos de esa tradición es que cada ser humano es responsable de los demás, algo frecuentemente olvidado en este tiempo nuestro, donde cada vez son mayores nuestras relaciones con las pantallas de los dispositivos en desmedro de los vínculos con las personas de carne y hueso, lo que nos aboca a la soledad.

Ya no vemos ni pensamos en la gente ni en el entorno que con ella compartimos, ni mucho menos nos preocupamos por ellos.

En cuanto al entorno y nuestra preocupación por él, otro de los importantes preceptos judíos es aquel que en lengua original se llama Tikún Olam, lo que literalmente significa “Reparación del Mundo”, y que aparece en varios de los libros fundacionales como la Biblia o el Talmud: se trata de conservar el mundo que recibimos, reparar lo que haya en él de incorrecto, de fallido, y de empeñarnos a lo largo de la vida en actuar de tal modo, que cuando lo dejemos sea un lugar mejor.

También esto es parte de nuestra relación con el Otro, con un/os otro/s a los cuales quizás no conoceremos o cuyo tiempo vital no compartiremos, salvo en un escaso período de tiempo.

Asumir esta actitud sería quizás la cura para muchos males de esta época y acabaría con la soledad, la mirada perdida en el vacío, y con los huecos en los calcetines y en el corazón del hombre del cuadro y de tantos como él.

Una leyenda popular hebrea resulta, en su sencillez, acaso más ilustrativa de lo expresado más arriba y por esa razón he querido terminar este texto, relatándola.

Un anciano octogenario estaba plantando un algarrobo en su huerto. Un grupo de jóvenes que pasaba por allí comenzó a burlarse del anciano y a señalarle lo inútil de su labor.

—¿Para qué plantas un árbol ahora, viejo? —le dijeron entre risas— lo más probable es que no lo veas crecer, ni contemples sus flores, ni recojas sus frutos.

—Eso no importa —respondió afablemente el anciano— cuando llegué al mundo, encontré muchos árboles de cuyas flores y frutos disfruté y que otros que vivieron antes, habían plantado para mí; el árbol que yo estoy plantando ahora, lo disfrutarán quienes vengan después.



VICENT GARCÍA DEVIS

Licenciado en Ciencias de la información por la Universidad Complutense de Madrid y ha realizado también estudios de Geografía e Historia de la Universitat de València. Ha trabajado, desde sus inicios en RTVV, donde ejerció de Delegado en Madrid desde 1998 al 2002 y corresponsal en Bruselas para la misma cadena desde esa fecha hasta finales de 2008. Fue uno de los primeros corresponsales de guerra de la Ràdio Televisió Valenciana, cubriendo conflictos como la I Guerra del Golfo, las Guerras de los Balcanes, Somalia o la guerra del Sáhara Occidental. También ha cubierto procesos electorales en Francia, Bélgica, Brasil o Chile y fue testigo, primero en Roma y después en Lisboa, de la firma del segundo tratado de Roma de la UE, el denominado Tratado de Lisboa. Ha trabajado en Radiocadena Española, RTVV-València, RNE en Alicante, ha sido corresponsal del periódico Avui en València y ha escrito en revistas y periódicos como El País, Saó, El Temps. Y es autor del libro “El Sàhara, la terra promesa”.

EPÍLOGO: LE MONDE LIQUIDE

Una gran idea la de obligarnos a reflexionar en voz alta sobre un solo cuadro, pero también una idea incómoda por lo rápido que se transforma un mundo camaleónico que cambia a velocidad del rayo y en la que hemos de adaptarnos a ritmos inimaginables. El pintor Antonio Camaró nos pide que pensemos en voz alta sobre su fotograma pictórico y que lo plasmemos en el papel. Y así lo hemos hecho todos a los que nos lo ha demandado. Unos con resultados más sabios, no es mi caso, que otros. Pero todo hemos corrido prestos a la llamada del amigo, del artista.

Camaró no es solamente un esteta al que le gusta combinar colores, hombre leído al que le interesa la filosofía y el Pensamiento con mayúsculas pinta también ideas, nos quiere transmitir sus propias preocupaciones, no de manera literaria, sino a través del jeroglífico pictórico. Cada uno interpretará sus propias consideraciones, pero quizás, porque conozco al artista y por mi amistad personal con él, creo adivinar que esta obra de arte filosófica nos quiere hacer reflexionar sobre los cambios que se producen en un mundo global, un mundo antaño grande y que ahora se nos antoja minúsculo, muy pequeño.

Le Monde Liquide, arranca de la idea del “hombre post-moderno, del filósofo Zygmunt Barman, nos aporta un concepto nuevo: la Modernidad está en proceso de pasar de una fase sólida a una fase líquida en la que, debido a la globalización, el término en francés es quizás más acertado “mondialisation”, las estructural del estado-nación, las instituciones que velan por las tradiciones, las formas y los comportamientos considerados aceptables, se descomponen. El mundo organizado que analiza Hobbes se evapora a través de los intercambios culturales, económicos, el turismo, los viajes, Internet..., etc..., el mundo

monolítico del pasado fluye y se dispara a través del aire, los océanos y las ideas... y se transforma en un mundo líquido en el que el hombre se globaliza y es, se asegura, un gran consumidor libre. Las tradiciones se evaporan en mucho menos tiempo del que han sido forjadas y ello, deja desorientados y huérfanos a todos aquellos que no se adaptan al tiempo del flujo etéreo del consumo y las ideas, consumo material y espiritual. Un mundo en el que los gobiernos han de estructurar y responder con nuevos métodos y medios ante un cambio tan brutal en los usos, costumbres y mentalidad humana.

Zygmunt Barman, en su libro sobre La modernidad y sus parias nos aporta también cuáles son los dramas y miserias de la Modernidad, la que deja como resultado de la globalización desechos, residuos humanos, los parias de la Tierra, producto de las migraciones y la globalización. El flujo de las poblaciones no puede reabsorberse, sobretudo en la UE y los EEUU, y empieza a ser un problema de primer orden. Ahí tenemos la cruenta guerra civil de Siria y los efectos directos de las guerras de Irak y Afganistán.

El cuadro nos muestra a un hombre bien vestido, pero sin zapatos, con los calcetines rotos, pobre en el fondo pero burgués, casi aristocrático, en las maneras. La apariencia por encima de todo. Detrás, un retrato con un hombre y una mujer de presencia muy humilde, los desheredados, los inadaptados, los desechos humanos.

La escena es puro teatro, no le falta ni la cortina. Y el escenario está roto en uno de sus lados, el mundo cambia o necesita ser cambiado. Un mundo de muchos pobres en el que lo único importante es la apariencia, lo que un joven moderno de hoy en día calificaría como “postureo”.

Y, sobre la mesa, la botella que el apuesto joven se bebe como tragos de absenta; Le monde liquide.

Y el pintor escribe una palabra que nos resulta una incógnita: Kant. Suponemos que el artista nos induce a pensar que, ante esta impostura, tendríamos que reflexionar sobre aquella idea kantiana de que el hombre, según su naturaleza, es un conjunto de disposiciones originales: su disposición a la animalidad como ser viviente y su disposición a la Humanidad, como ser viviente y racional. Y también cabe añadir su disposición a la personalidad, como ser pensante, racional y moral. El hombre en su propia encrucijada. Y sobre su cabeza el poder el Estado que a trancas y barrancas intenta adaptarse a unos cambios que se producen a más velocidad que la luz y que a pesar de su extrema vaporosidad de ideas flujo-impalpables continúa manteniendo un equilibrio como el del sistema solar. Y ante todo ello, se produce una ausencia rebelde y violenta de algunos poderes frente a la ausencia de poder político sobre los individuos, una situación que deja las instituciones desfasadas. ¿Deberíamos retornar a Hobbes contra la

globalización, a favor del Estado soberano antiguo pero seguro? Sería el Leviatán que ya nadie soportaría, como el monstruo del antiguo Testamento.

Antonio Camaró critica un mundo que no es solidario, un mundo de excesos, de apariencias, de pocos ricos y muchos, cada vez más, pobres: desechos humanos, la escoria de la Tierra, las guerras que nunca acaban, la venta de armas desde estados e instituciones consideradas democráticas y reclama un mundo en que el reine cierta armonía. En el que el lobo de Hobbes no aceche en cada esquina. En el que la libertad fluya desde cada individuo y donde, al menos, no falte el agua y la comida. Donde el hombre y la mujer sean igual, donde la raza, la ideología o el sexo no separen. Donde cada uno viva a su manera y deje vivir a los demás. Donde la antropología del miedo no sea una ciencia. Donde la libertad de pensamiento sea un hecho real y los productos informativos, como los alimentos, no resulten tóxicos. Donde la Democracia sea un producto de fondo y no de forma. Quizás Camaró debería pintar otro cuadro que se llame “Utopía”.



CONCHA

LE
and



FRANCESC GARCÍA DONET

Francesc García Donet es licenciado en Filosofía por la Universidad de Valencia y en Arte Dramático por la Escuela Superior de Arte Dramático de Valencia. En la actualidad, trabaja como periodista y consultor de comunicación. Ha sido productor y programador en Televisión Valenciana durante más de 20 años, ocupándose en particular de la promoción de la cinematografía valenciana y de la programación cultural. También ha escrito y dirigido dos cortometrajes (*Un assumpte personal*, en 2004, y *Toro Díaz* en 2009). Anteriormente, codirigió con Jordi Piris y Gerard Collins el video-arte *Crits* (1988), que fue premiado en la Bienal de video-arte de Medellín (Colombia). Ha escrito y dirigido diversos montajes teatrales.

Desde sus inicios, la civilización ha impuesto una dialéctica permanente entre la homogeneidad y la diferencia. Para someter al ser humano a un poder organizado hizo falta, sobre todo, clasificarlo. Encerrarlo entre los límites de un concepto. Así se consiguió que los límites fueran también físicos: eres y ahí, y de esa forma, tienes que vivir.

La modernidad trajo consigo una lucha intensa por la emancipación. Cobró una vigencia absoluta el concepto de igualdad. Y la dialéctica se desplazó hacia las formas de aplicación de ese concepto: ¿abolir las diferencias de clase debe suponer seguir homogeneizando a las personas, aunque sea ahora dentro de una única categoría global?

El desarrollo de las ciencias, tanto naturales como humanas, ha generado un impulso hacia la homologación del conocimiento en ambas esferas. El predominio de la técnica conlleva que avance la cosificación del ser humano. Todos seríamos esencialmente lo mismo: moléculas agrupadas. Y tendríamos un idéntico deseo: consumir.

Hemos pasado de la clasificación por origen o por fortuna a la clasificación estadística. Las ciencias sociales afinan la capacidad de quienes aspiran a seguir manejando la voluntad humana, al poner en sus manos instrumentos de una potencia inusitada, basados en los números. Los medios se afanan en la tarea de homogeneizar el paisaje humano.

Así es más fácil vender. Masivamente

Sin embargo, algunos pensadores de la modernidad dijeron que la igualdad no es un instrumento para convertir

a la gente en un magma informe, sino justamente la condición de posibilidad del surgimiento de las diferencias. Tener los mismos derechos permite que todos puedan ser lo que quieran ser, o lo que consigan ser.

Es un planteamiento teórico. La realidad muestra que la apisonadora social sigue su marcha implacable, hacia delante o hacia atrás. Sólo hay una manera de escapar de su rodillo: saltar al margen. Afirmar la diferencia, aunque eso cueste quedarse a un lado. Aunque el precio a pagar sea la soledad. Atreverse a ser visto como un ser extraño.

Todos los seres humanos son diferentes de los otros seres humanos. Pero sólo algunos lo quieren ser. La mayoría opta por la comodidad de una vida homologable y se esfuerza por lograrla, aunque nunca lo consiga por completo. Otros, por el contrario, no pueden evitar la exhibición de aquello que los distingue. Llevan el estigma de la diferencia.

El estigma

En un mundo líquido, mantener unas formas definidas que no se disuelvan en las corrientes dominantes representa una heroicidad. Ser uno mismo, atender prioritariamente a la llamada interior, buscar el camino que se quiere elegir y seguirlo hasta el final, aunque eso suponga pasar penurias, no son opciones mayoritarias.

Las formas líquidas impregnan el horizonte. Salen del marco accidental donde constituyen una opción más y amenazan con llenarlo todo: la dignidad de los humildes por vocación, el valor de las rebeldías del pasado, la decisión inexpugnable de vivir más allá de la senda marcada.

El mundo líquido se mueve de prisa para no dejar tiempo a la reflexión.

Tal vez sea el arte el último reducto de los que están dispuestos a ser ellos mismos. Tal vez siempre lo haya sido. El acto artístico es una afirmación contra el mundo establecido. La creación de algo nuevo es una vulneración del deber social de la repetición. Hacer algo que no tiene un uso directo es una infracción de la sagrada economía.

Sentarse y mirar el mundo. Beber y pensar. Levantarse y expresar lo que se lleva dentro. Crear un mundo donde viven criaturas procedentes del interior del propio ser.

Capturar la esencia del sueño. Construir un poema con formas y colores. Componer la magia de un instante eterno que vibra sin parar. Sensorial y metafísico.

Rabiosamente único

Kant también era humano. La inteligencia sin arte conduce a la desolación. La razón sin latido condena a una existencia miserable. Pensar es vivir, y vivir es mucho más que pensar. El arte eleva la conciencia humana hasta las alturas de lo sublime, donde reside lo inexplicable. Lo que no se puede explicar con la lógica. Lo que va más allá.

El sentimiento está en la base de la humanidad, es previo a la razón y dota de sentido a ésta. No hay lógica sin esté-

tica, aunque la estética no necesita una lógica. Necesita al sentimiento. Kant era humano: quiso llevar la razón hasta lo trascendente, y lo hizo guiado por un sentimiento de trascendencia. Su empeño fue ante todo estético.

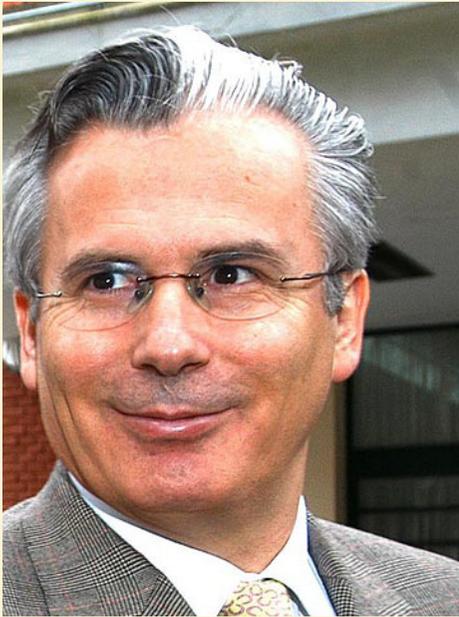
La obra de arte trasciende a la razón porque va más allá del objeto y de su percepción sensorial. Una obra de arte no se percibe: se vive. Aquello que proyecta el objeto artístico en quien lo percibe es puro sentimiento. En la obra de arte se entra para vivir dentro de ella. Para sentir en su interior. Para estar en contacto con lo primordialmente humano.

El arte es la única riqueza verdadera

Sólo la experiencia artística nos ofrece bienes imperecederos. Vivir a través del arte genera ese tipo de alegría del que nada ni nadie puede desposeer a quien la siente. Aunque se vaya descalzo por la vida. Y con agujeros en los calcetines.

El artista muestra orgulloso su estigma en la frente y su condición humilde en los pies. No hay señal más clara de que se es poeta que la dignidad pese a los harapos. En un mundo líquido y amenazante, alguien mira, piensa y espera. Es el auténtico hombre postmoderno: ha elegido vivir intensamente, aunque tenga que pasar muchos ratos descalzo.





BALTASAR GARZÓN REAL

Es un jurista español. Juez desde 1981 y magistrado de la Audiencia Nacional desde 1988 hasta 2012. Preside la Fundación FIBGAR, organización pro Derechos Humanos y jurisdicción universal, cuya sede también está constituida en Madrid. La Fundación tiene en la actualidad programas en desarrollo en España, Argentina, Colombia y México. Desde el día 3 de abril de 2012, ejerce como abogado por el ilustre colegio de Abogados de Sevilla.

UN LIENZO COMÚN, PINTURAS RADIANTES...

Creo que fue Napoleón Bonaparte quien dijo que dos fuerzas guían al hombre: el miedo y el egoísmo. Es posible que esta definición sea válida para cierta categoría de individuos: aquellos insolidarios, que carecen de empatía, que priman la satisfacción personal sobre los valores de la convivencia. Seres individualistas y sin duda temerosos de perder un estatus que parecen pasar la vida persiguiendo, para luego aferrarse a él por encima de cualquier otra consideración.

En mis años de judicatura he tenido ocasión de conocer a demasiadas personas que nutren la patología social en sus peores ejemplos. Sí es cierto que el miedo y el egoísmo están en la base de muchos males. Y, producen un efecto multiplicador ya que la carencia de ética alienta el desapego y la búsqueda del propio bienestar, un bienestar basado en la cultura del dinero, el consumismo y la envidia por conseguir aquello que tiene el otro.

Pero no hace falta buscar en ámbitos como aquellos en los que jueces, fiscales o abogados trabajan para localizar tipologías de este calibre. En el entorno vital más primario, en el profesional, laboral e incluso, lúdico, hay muchos individuos que reúnen estas características y que no son capaces de salir de ese bucle de mediocridad que, a la postre, les mantiene en una situación inducida por diferentes agentes, por los poderes económicos, por el consumo, por demasiados políticos, por los medios de comunicación que hacen de altavoz a los anteriores ahogando otras voces que llaman a corregir actitudes.

¿Que ocurre con los niños y con los jóvenes? El mal ejemplo de sus mayores puede llevarles a obviar el esfuerzo y perseguir un futuro de adultos acomodados a la espera de

que un golpe de suerte mejore la situación y les convierta en personajes ricos y famosos. Despojar a la escuela de elementos como la educación ciudadana o la filosofía es perverso. Supone negar a la persona herramientas para forjar su valía personal, su madurez, su capacidad de crítica, su afán de superación, el brillante aliento de tener la alegría y la aspiración legítimas de unirse a otros seres humanos con el fin de colaborar en conseguir una vida mejor y más plena, de avanzar, descubrir y plantear como meta la felicidad propia y del conjunto.

Frente a esos elementos nocivos, es bien cierto que también existen otras personas que se levantan cada día con el ánimo dispuesto a combatir la indiferencia. Gente admirable capaz de denunciar un atropello a la convivencia, a defender a las víctimas de crímenes horribles, a apoyar causas justas enfrentándose a poderes omnímodos. Personas que se ponen en el lugar del otro, no para aprovecharse de él, sino para comprenderlo, respetar su diferencia, integrarse en una diversidad cada vez más diferente, pero más igualitaria.

A lo largo de la vida, he tenido la gran suerte de aprender de personas así, personas que anteponen el servicio público al interés personal; el sacrificio por los demás; a la comodidad; la beligerancia y la indignación frente a la injusticia, al adocenamiento de la indiferencia; la defensa de las víctimas frente a la impunidad de los perpetradores prepotentes y obscenos.

En todo el mundo existen ese tipo de buenas personas, ya sea en la convivencia diaria y en ámbitos más cotidianos y de toda clase social, ya en lugares humildes o en los prósperos, en países que luchan por la subsistencia y en otros

que no sufren apenas carencia alguna. Desde quien cede su asiento en el bus a alguien que lo necesita o aquellos hombres o mujeres capaces de prestar algo de su tiempo como voluntarios en un comedor social, acompañando a quienes viven en soledad o repartiendo por la noche sopa caliente a desafortunados que sufren el invierno en la calle. Son el contrapunto necesario en un mundo hostil, por la voluntad de quienes más lo agreden y propagan la desesperanza y el miedo. Y son de quienes debemos aprender que es posible cambiar lo que nos queda por vivir y construir, y, con ello, dibujar un futuro con menos desigualdad y más afecto.

Entro ahora en esta propuesta de retrato de L'homme postmoderne y noto que me provoca un sentimiento de urgencia por dar un cambio radical a esa expresión de hastío acomodado que naufraga en el relato de los calcetines rotos, una advertencia de que la podredumbre empieza a asomar y que invadirá el organismo, hasta consumirlo.

El gesto denota frustración e incluso un cierto aire de fracaso motivado por la desolación de no poder responder a la pregunta básica: “¿y ahora que?”. Cuando esa cuestión queda en el aire lleva a la impotencia. Y la impotencia es un fermento capaz de hacer aflorar los peores demonios que uno alberga.

Es frente a esa supuesta impotencia, contra la que hay que levantarse. Siempre adelante, siempre convencidos de que se puede cambiar el curso de los acontecimientos y que el determinismo no es la filosofía que debe guiar nuestras vidas. No todo está perdido. Cada día, cada momento, podemos hacer diferente lo que hasta ese instante parecía imposible. La utopía no tiene por que ser una frustración, sino el aliciente que alimente esa confrontación permanente del ser humano en la lu-

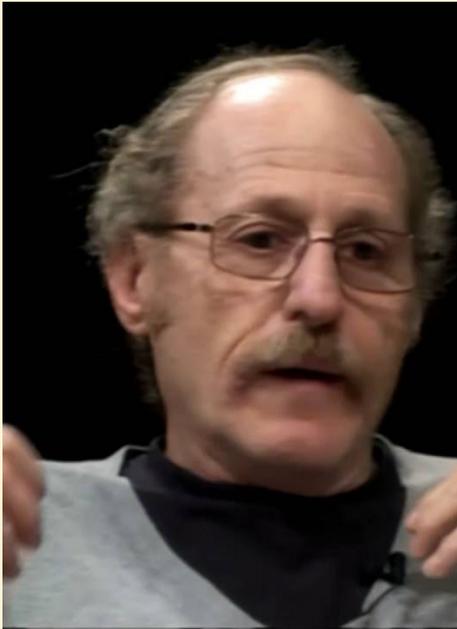
cha por su supervivencia armónica en un entorno natural y sostenible.

¿Que emociones deben nutrir a este personaje, este hombre postmoderno? El dato que sugiere el artista es esa leyenda: Kant l'homme. ¿Se refiere al planteamiento kantiano de que es el hombre un fin en sí mismo, un valor absoluto, un portador de la dignidad total? Quizás entonces lo que ofrece es la posibilidad de que nuestro personaje postmoderno pueda salvarse si es capaz de llegar al convencimiento de que en él se reúne también la esencia de los demás y debe responder en consonancia. Difícil tarea en ese mundo líquido y frágil que también apunta y que nos rodea a todos: Apresados por fuerzas exteriores sobrevivimos en nuestra burbuja adoptando la forma más adecuada a las circunstancias que nos apremian. Acabar con esa burbuja de intolerancia e insensibilidad, debe ser nuestra motivación y expulsar el líquido amorfo que acoge a las mismas, a través de miles de millones de vasos comunicantes nutridos de comprensión y el pluralismo, nuestra meta final.

Por esto, percibo también que este hombre contiene el grito contenido de ayuda y la angustia de una búsqueda que muestre el camino para salir del impasse emocional que le atenaza.

Vamos a hacerlo. Cambiemos esa soledad de miedo y egoísmo, de insolidaridad e indiferencia, por la de la verdad y la memoria; por una justicia social igualitaria; por un medio ambiente respetado; por una lucha permanente por los derechos de los demás, como tabla de salvación propia y justificación de nuestra existencia. Vamos a necesitar para ello pinceles nuevos, pinturas radiantes, un lienzo colectivo que permita crear una obra común. Nos han trazado el camino. Es la hora de crear.





CLAUDIO KATZ

Es un economista argentino, militante y activista de los derechos humanos. Nació en 1954. Cursó sus estudios de grado de Economía en la Universidad de Buenos Aires (UBA), en donde también se doctoró. Es profesor asociado regular de la cátedra “Economía para historiadores” de la Facultad de Filosofía y Letras (en donde también dirige cursos de posgrado) y profesor regular adjunto de la cátedra “Economía II” de la Facultad de Ciencias Sociales. Dirige proyectos en la UBA y es investigador del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Coordinó grupo de trabajo de CLACSO y es miembro del Instituto de Investigaciones Económicas de Argentina. Es autor de numerosos textos de interpretación del capitalismo contemporáneo y de la crisis económica global. Participa activamente en los foros continentales de impugnación del neoliberalismo, el libre-comercio, el endeudamiento externo y la militarización.

NEOLIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA Y EL MUNDO

La obra de Antonio Camaró me lleva a reflexionar sobre el pensamiento neoliberal contemporáneo que combina fundamentos económicos neoclásicos con actualizaciones de la historiografía liberal. Esta concepción nutrió la ideología de las clases dominantes latinoamericanas desde la Independencia hasta la crisis de 1930. Recreó los mitos del colonialismo y retomó todos los supuestos de superioridad del colonizador europeo sobre los indígenas y los esclavos.

Las versiones más básicas de esa teoría repitieron los prejuicios iniciales propagados por los conquistadores de América. Esos enfoques concebían al nuevo continente como una región estructuralmente atrasada por la gravitación de imperativos climáticos adversos. Suponían que esos condicionamientos impedían a los nativos desenvolver la agricultura y el comercio. Por eso postulaban superar la barbarie regional con un padrinazgo externo.

Durante tres siglos esta concepción difundió creencias de supremacía occidental. Divulgó la imagen de un nuevo continente dotado de excepcionales riquezas y pobladores incapacitados para aprovecharlas. Europa quedó identificada con la introducción de la civilización en un continente previamente divorciado de la historia humana.

Con estas ideas colonialistas se justificó la explotación impuesta a los pueblos originarios. El indio era sinónimo de salvajismo y su evangelización era presentada como un correctivo de ese primitivismo. Esa redención incluía el trabajo servil en las minas y en todas las haciendas creadas a partir de la usurpación de las tierras comunales.

Estos mismos preceptos fueron utilizados para introducir

esclavos africanos en las regiones con poblaciones originarias diezmadas. La brutalidad de estas prácticas era maquillada con mensajes de padrinazgo tutelar sobre las razas inferiores.

El pensamiento radical del siglo XIX confrontó con estas teorías de glorificación colonial. Pero el liberalismo conservador de las oligarquías criollas retomó todos los diagnósticos de incapacidad de los nativos. Estos principios fueron utilizados por los terratenientes y comerciantes locales para afianzar su dominación. Con esos pilares gestaron naciones formalmente soberanas y económicamente dependientes del capitalismo británico.

La derrota de las corrientes democrático-radicales al concluir las guerras de la Independencia facilitó la consolidación de los prejuicios euro-centristas. Aparecieron nuevas explicaciones que atribuían el subdesarrollo no sólo a la gravitación previa de culturas indígenas. También fue impugnado el débil liberalismo de la tradición española.

En ese contexto el desprecio por el retraso indígena fue combinado con cuestionamientos al proteccionismo hispánico. La fascinación por la cultura inglesa (y francesa) condujo al repudio de lo identitario y al rechazo de la propia singularidad mestiza de la región.

La idealización del Viejo Continente se reforzó en todos los planos. Europa fue identificada con la racionalidad y el desarrollo de la ciencia. Con este bagaje de creencias se promovió la incorporación de los países latinoamericanos a un desenvolvimiento guiado por la locomotora europea. Estos mismos principios alimentaron la ideología positivista de la modernización.

El liberalismo se amoldó a las necesidades de las oligarquías agro-mineras. Justificó el incremento de sus fortunas y la instrumentación de un esquema de exportación de materias primas, a cambio de manufacturas provistas por la industria británica.

Las teorías librecambistas convalidaron el ahogo de la estructura productiva local y facilitaron la apropiación oligárquica de las rentas de la región. Fueron ideas muy persistentes hasta las primeras décadas del siglo XX. Presentaban los intereses de las minorías privilegiadas como conveniencias comunes de toda la sociedad latinoamericana.

Estas miradas perdieron influencia a partir de la gran depresión, pero resurgieron en los años 50-60 a través de nuevas teorías del desarrollo. La fascinación con el ejemplo europeo fue sucedida por el deslumbramiento con el modelo norteamericano. Mediante grandilocuentes llamados a la modernización se convocó a sustituir los patrones rutinarios de conducta por nuevos valores de riesgo, inversión y competencia. Se afirmó que ese cambio de costumbres encarrilaría a Latinoamérica por la senda del desarrollo.

El salto de la pobreza hacia el bienestar, el consumo en gran escala y el trabajo especializado solamente requería insertar a la región en el despegue modernizador. El teórico estadounidense Rostow aportó los fundamentos de este guión. Utilizó también ese mensaje para contener la amenaza revolucionaria. El nuevo programa era motorizado por asesores del Departamento de Estado que intervenían activamente en la guerra fría y difundían sus concepciones como antídotos del comunismo.

Contradicciones de todo tipo

Desde los años 70-80 el neoliberalismo latinoamericano amalgamó viejas tradiciones de elitismo regional con un proyecto de ofensiva thatcherista. La hostilidad al estatismo (pre-colombino, colonial, pos-independentista o nacionalista) reapareció con nuevos discursos de demonización del estado.

La crítica al intervencionismo hispánico y a la idiosincrasia pasiva de los pueblos originarios se transformó en objeciones a la ausencia de competencia, en sociedades subordinadas al despotismo de los funcionarios. Resurgieron los cuestionamientos al agobio que impone la burocracia a la vida de los ciudadanos.

Estos mensajes resumen el libreto neoliberal contemporáneo. Despotrican contra el estado omnipresente, que impide desenvolver los negocios creados por los individuos. Convocan a eliminar esa opresión estimulando a las personas a valerse por sí mismas, con el mismo ingenio e individualismo que florecen en los países exitosos.

Pero esta visión omite que el Estado no es tan adverso a los capitalistas. Solventa activamente el enriquecimiento de los poderosos y convalida el desamparo de los desprotegidos. Nunca abandona a los dominadores a su propia suerte, ni asegura la subsistencia de los desamparados.

Los neoliberales atribuyen el atraso latinoamericano a ciertas estructuras culturales internas. Explican siglos de estancamiento regional y resignación frente al paternalismo estatal por la ausencia de un talante competitivo anglo-sajón.

Pero olvidan mencionar que el liberalismo fue la ideología constitutiva de las naciones latinoamericanas y que sus parámetros definieron el modelo agro-exportador preva- leciente desde mediados del siglo XIX. Al atribuir la falta de progreso a la inferioridad cultural de la zona, no ex- plican como persistió esa tara en sociedades regidas por principios liberales. Suponen que las elites encarnaron ese espíritu mercantil frente a mayorías populares afecta- das por el atontamiento estatista.

La versión actual de esa mirada aristocrática se concentra en la crítica al virus del populismo. La influencia de esta enfermedad es explicada por la conducta facilista que adoptan los funcionarios, para asegurarse el sostén de sus clientelas electorales. Imponen una dependencia de los votantes hacia el estado que frustra la preeminencia del mercado y recrea el estancamiento.

Pero también aquí omiten recordar a los grupos capitalis- tas beneficiados por este tipo de administración. En ese ocultamiento se fundamenta el hipócrita palabrerío que despliegan contra el gigantismo estatal. Proponen erradi- car esa atrofia mediante la instalación de un “estado mí- nimo”, que se desenvolvería mejorando la eficiencia del gasto y la eficacia de los funcionarios.

Este mensaje suele olvidar que el neoliberalismo ya arras- tra varias décadas de administración estatal y que en nin- gún lado ha logrado alcanzar esa meta de eficacia. A veces justifican este fracaso afirmando que la mayoría de las experiencias gubernamentales “no han sido genuinamen- te liberales”. Contrastan lo vivido con un ideal de pureza mercantil-competitiva que no existe en ninguna parte del mundo.

Pero lo más curioso de ese argumento es su complemen- taria impugnación del socialismo. Afirman que este pro- yecto es una “utopía irrealizable” cuando su propio mo- delo navega en la fantasía.

El neoliberalismo actual retoma también la teoría de la modernización como explicación de las dificultades afron- tadas por el empresariado latinoamericano para des- plegar sus potencialidades. Atribuye esa frustración a la preeminencia de patrones culturales tradicionales, que obstruyen el surgimiento de los valores característicos del emprendedor contemporáneo. Estiman que esas ca- pacidades empresariales están presentes, pero no logran emerger en el agobiante clima de estatismo latinoameri- cano.

Una idealización extrema de este individualismo empre- sario fue introducida en las últimas décadas por talibanes del neoliberalismo como Carlos Alberto Montaner, Martín Krause y especialmente Hernando de Soto. Presentan a los empobrecidos cuentapropistas como ejemplos de re- surrección de la iniciativa privada. Afirman que los comer- ciantes precarizados del circuito informal han comenzado a liberar a la economía del estatismo, con acciones de racionalidad mercantil en universos de genuina competen- cia.

Pero esta exaltación de los desamparados como exponen- tes del ideal capitalista constituye una verdadera confe- sión de los resultados del neoliberalismo. Este esquema expropia a los trabajadores, expulsa a los campesinos de sus tierras y empobrece a las clases medias hasta desem- bocar en la miseria que padece América Latina.

Lo más insólito de la argumentación neoliberal es su enaltecimiento de estos efectos. Aunque atribuye la precarización al intervencionismo estatal, es evidente que la informalidad es consecuencia directa de un modelo que destruye empleos, mediante privatizaciones y aperturas comerciales. Sus artífices idealizan las desgracias causadas por la flexibilización laboral.

Las caricaturas de los empobrecidos como agentes transmisores de la mano invisible tuvieron cierto eco en el debut del neoliberalismo. Pero han perdido influencia en la última década, a medida que el empobrecimiento potenció la fractura social, masificó la delincuencia y acrecentó las tensiones de la marginalidad.

Este terrible escenario induce a la mayoría de los neoliberales a sustituir los elogios de la informalidad por la promoción de programas masivos de asistencialismo. Con teorías de auxilios transitorios (“hasta que el mercado genere empleo privado”) han incluido este tipo de gastos sociales en sus políticas de gobierno. Las administraciones derechistas destinan importantes erogaciones presupuestarias a contener la rebeldía que genera su modelo.

Una ideología de la dominación

La idealización del empresario es un pilar de la vertiente austríaca de la economía neoclásica, que se gestó con Menger y Bohm Bawerk y se afianzó con Von Mises y Hayek. Sus voceros propician la ampliación de las desigualdades sociales, la subordinación de la democracia a la propiedad y el reforzamiento de la supremacía irrestricta del mercado. Reivindican modalidades extremas de com-

petencia, argumentando que aleccionan al consumidor y alientan la innovación del empresario.

A diferencia de la corriente walrasiana reconocen el carácter incierto de la inversión, la imperfección de la racionalidad individual y la fragilidad de las preferencias de los consumidores. Pero no deducen de estas dificultades ninguna propuesta de regulación de los mercados. Al contrario, proponen liberar el juego de la oferta y la demanda de cualquier interferencia, subrayando el carácter benéfico del orden mercantil y el efecto positivo del darwinismo social.

Con este tipo de concepciones, el neoliberalismo ha desenvuelto una influyente ideología en todos los sentidos del término. Aporta ideas que naturalizan la opresión para orientar la acción de los dominadores. Como creencia, cosmovisión o legitimación del grupo dominante, el neoliberalismo constituye un credo de gran peso para el funcionamiento actual del capitalismo

Es una ideología con fundamentos racionales que a su vez propaga sistemáticos engaños. Promueve ilusiones en el reinado del mercado y en la existencia de oportunidades para todos los individuos. Oculta la apabullante preeminencia de las grandes empresas y el estructural afianzamiento de la explotación. Difunde el mito de la obstrucción estatista del desarrollo latinoamericano, omitiendo la dependencia y la inserción primarizada de la región en el mercado mundial.

El neoliberalismo expande estas ideas al servicio de las clases dominantes. Sintetiza las conveniencias de los grupos privilegiados de América Latina. En el pasado expresa-

ba los programas de los terratenientes exportadores y en la actualidad canaliza las demandas de los grandes bancos y las corporaciones agro-industriales con negocios internacionalizados.

Las ideas liberales son creencias colectivas propagadas por las clases capitalistas. Forman parte del pensamiento latinoamericano desde que esa cosmovisión emergió para cohesionar a las minorías opresoras. En las últimas décadas provee todos los argumentos que utiliza al establishment para justificar su primacía. Los pilares de esas creencias (modernización, progreso, imitación de Occidente) inciden en la subjetividad de los individuos educados en las reglas de la mitología liberal.

El grado de penetración de esas ideas entre los oprimidos

es un tema de gran controversia. Aunque el liberalismo tuvo momentos de gran influencia social, siempre fue una concepción explícitamente hostil a los intereses, tradiciones y deseos de los explotados. Por esta razón nunca fue plenamente interiorizada por este sector. Logró cierta incidencia entre fines del siglo XIX y 1930, pero quedó estructuralmente relegada con la industrialización de posguerra y la expansión del nacionalismo.

Ha retornado en las últimas décadas de oleada neoliberal pero sin echar raíces en la mayoría de la población. Las resistencias y victorias parciales logradas contra la ofensiva derechista han limitado la gravitación de sus conceptos, abonando las teorías que remarcan la acotada penetración de las ideologías dominantes entre los sectores populares.

El libreto neoliberal contemporáneo, despotrica contra el estado omnipresente, que impide desenvolver los negocios creados por los individuos.



CHEIKH KHALED BENTOUNES

Escritor, educador, profesor, el Sheij Khaled Bentounès viajó por el mundo durante muchos años, principalmente en Europa, África y el Oriente Medio donde transmite la enseñanza tradicional del sufismo (tasawwuf en árabe). Sheij Bentounès subraya que “si el Islam es un cuerpo, el sufismo es el corazón, el reconocimiento del sabor de Dios en el silencio de cada instante”. <http://aisa-sufismo.blogspot.com.es/>

En todas las épocas y lugares, los hombres han pretendido estar en la verdad y han hecho sufrir a aquellos que no estaban de acuerdo con ellos. Pese a los genocidios, los crímenes y los imperialismos reiterados de civilización en civilización, los hombres no han podido detener el destino de la humanidad.

Hoy en día, seguimos viviendo momentos de perturbación, crisis, incertidumbres, integristas y fanatismos de toda especie.

No existe una solución preparada de antemano que pueda corresponder a una definición o clasificación de los diferentes males que aquejan a nuestras sociedades. El hombre se crea la mayor parte de las neurosis que le afectan y las alimenta, más o menos conscientemente, con sus propios miedos, fantasmas o, incluso, con sus ilusiones. Le cuesta hacerse a la idea de que ocuparse de su alma para encontrar el equilibrio en su vida depende más de él mismo que de los demás, a los que tiende a traspasar sus responsabilidades. Más aún, no siempre es consciente de que la realidad material y la realidad espiritual están relacionadas y de que de su armonía nace el acto creador que da sentido a la vida.

Es de ese acto, ya sea de naturaleza artística, política, cognitiva o ética, que nacerá la reconciliación del hombre con sí mismo, con sus semejantes y con toda la creación.

La visión sufí del mundo concibe la libertad creadora del hombre como un don de Dios quien ha insuflado en él algo de su Espíritu (Corán, XXXII, 9) para que cree un nuevo ser, y trabaje en la metamorfosis de su alma, después de que ésta se despoje de todas sus ilusiones, como hace

la crisálida, al abrir su capullo protector, para echar a volar como mariposa. Al recobrar las fuerzas en la fuente de toda luz y de todo saber, su espíritu podrá cooperar libremente con la creación divina. Ante su mirada, sumergida en las profundidades y meandros de su alma, se desvelarán el Libro del Tiempo y el sentido del destino del hombre y de la creación. En adelante, sabrá que está llamado a culminar el secreto divino que traerá la llegada de una nueva Tierra y nuevos Cielos.

La vida es un campo de investigación ilimitado. Feliz aquél que no se detiene en las formas y en los discursos estériles que reducen la aventura humana a un camino estrecho y conformista. ¡Esforcémonos en extraer sentido de la esencia de las realidades que rodean todos los aspectos de la vida! Comprenderemos entonces, que la curación del alma individual y del alma del mundo sólo puede realizarse con una nueva manera de ser, cambiando el modo de mirarnos a nosotros mismos, a los demás y al mundo.

Pero hablar de la situación del hombre universal puede parecer, en estos tiempos, algo irrisorio o, incluso, obsoleto. Ya se nos ha presentado un nuevo mundo, sutil, tranquilo, convincente, un mundo propio, ordenado de forma matemática, sin azar y sin sueños.

Nos dirigimos todos, a nuestro pesar, a trancas y barrancas, hacia un mundo cambiante en los aspectos económico, financiero, tecnológico, y científico; la mundialización conducida a pasos forzados, no tiene en cuenta ninguna diferencia, ni respeta ninguna intimidad. Como una trituradora que muele la materia para extraer de ella el mineral, el interés es el rey, la información es manipulada y el beneficio a ultranza se erige como la nueva doctrina a

la que deben someterse todos los Estados y pueblos, sin excepción. El monopolio y la corrupción que lo acompaña empobrecen a multitudes de personas a costa de las desmesuradas ambiciones de una minoría arrogante.

La sociedad está conectada y alimentada por la multimedia, preludio del hombre nuevo, dócil consumidor de hamburguesas, manipulador de máquinas inteligentes que analizan, sondan y, finalmente, generan proyectos de nuevos conceptos de vida. Se dice que, gracias a esos cerebros electrónicos, el hombre se verá libre, por fin, de la incertidumbre, tara congénita de sus antepasados. ¡Qué mundo aquél en el que todo estará pensado, diseado, reproducido antes incluso de llevarse a cabo!

Sin Dios ni demonio, sin infierno ni paraíso, así será el mundo “soñado” para una sociedad tecnológicamente avanzada, en la que finalmente nuestros deseos se verán satisfechos. Se curarán nuestras enfermedades, se alcanzará la eterna juventud y se vencerá a la muerte. A partir de su clon, cada uno tendrá a su disposición sus propias piezas de recambio. Nuestros hijos serán concebidos en una probeta, cuidadosamente seleccionados por la ingeniería genética a la carta y según las necesidades. Se borrarán de su ADN las huellas nefastas de la herencia. Se pasará de la selección natural a la selección sabia y controlada. Las baby factories prosperarán para alegría de futuros padres, con edades avanzadas.

Las gallinas pondrán huevos pre-cocidos. Nuevas especies de animales nacerán en los laboratorios, programadas para satisfacer las necesidades del hombre para la alimentación o para hacerle compañía. Se borrarán de la tierra las especies minerales, vegetales y animales perjudiciales y, por supuesto, los hombres de razas genéticamente inferiores. Nacerá una nueva era tecno-cultural.

Se construirán inmensas ciudades con magníficos museos en los que se expondrán las filosofías, saberes, costumbres, tradiciones, religiones, y cada uno podrá, a su gusto, ataviado con su casquete correspondiente, ser su propio sacerdote, imán o rabino. Se podrá jugar a ser Sócrates, Moisés o el Faraón o descubrir las sutilezas escondidas de un saber mágico del narrador de historias griot dogón o los misterios de las civilizaciones aztecas. ¡Mejor aún! Podrá alcanzarse el nirvana o la iluminación sin trabas ni esfuerzos.

En cuanto a los recalcitrantes, los insumisos, los marginales, los descartados por la sociedad, serán enviados a planetas lejanos, cuya conquista servirá en adelante para que el hombre pueda vivir en paz y armonía en esta hermosa Tierra concebida científicamente.

La aventura humana llegará a su apogeo. El hombre habrá superado los obstáculos levantados en su camino. El paraíso eterno estará al alcance de su mano y... el mismo Dios, con su Grandeza se prosternará al fin ante él, el nuevo dios.

El hijo de Adán se tomará la revancha y se cerrará el círculo. ¿Será éste el sueño al que la humanidad debe aspirar?

Pues bien, efectivamente, esa visión de la humanidad es del todo distinta de la que nos propone el mensaje universal del Islam, al hacer a cada uno de nosotros “el Califa” de Dios en la tierra. Pero, ¿qué significa ser su Representante? Para empezar, comprender que no somos Él, el completamente Otro. Su trascendencia absoluta hace que nosotros, como criaturas, jamás podamos identificarnos del todo con Él, sin hacerle inaccesible o ausente. Su intimidad consigue revelársenos a medida que encarnamos y prolongamos en la tierra su acto creador único y original.

Tal vez, de las múltiples etapas de la evolución humana, que ha llevado a la humanidad actual desde el homo sapiens hasta el homo faber de los tiempos modernos, pueda surgir en el futuro el homo creator, un ser realizado, confiado y responsable, dispuesto, por fin, a responder a la llamada del designio divino.

Tomemos conciencia de que todo procede de Él como de una fuente incesante: Ciertamente Tu Señor es Creador, Omnisciente (Corán, XV, 86), sin que jamás su creación pueda agotar las infinitas posibilidades que encierra. ¡Cuidado con las soluciones definitivas, con las respuestas ya preparadas y falsamente tranquilizadoras de un mundo prometeico, que pretende haber encontrado, gracias a los progresos de la ciencia y sus aplicaciones técnicas, la panacea universal, y que en vez de una humanidad aliviada y saciada de sus deseos ilusorios, cosecha una humanidad desorientada y perturbada por la extrema vulnerabilidad de su condición terrenal y la incertidumbre de su porvenir.

En esta creación constantemente renovada, cada ser se convierte permanentemente en una letra que, junto con otras letras, compondrá palabras que, a su vez, unidas a otras palabras, formarán frases para terminar componiendo libros. Tomar conciencia de que todas las criaturas están unidas entre sí por vínculos indispensables y sutiles nos lleva a descubrir en cada ocasión esa extraordinaria posibilidad de lo divino, que se realiza a cada instante. Volver a leer el mundo de esta forma abre nuestro espíritu a una comprensión ilimitada y a una iluminación hasta el infinito del código genético del árbol de la vida, en el que incluso los eslabones perdidos y las especies extinguidas tienen su sitio y un papel a desempeñar.

El vínculo sagrado que une a todas las criaturas entre sí y con su creador convierte a cada uno en un receptáculo divino, en la medida en que somos el producto de esta evolución de la vida querida por Él. Acaparar lo divino para distinguirse o prevalecerse de su elección frente a los demás, nos priva del gozo de ser complementario del otro. Cada letra de ese alfabeto es necesaria para tal creación. Si quitamos una letra, esa armonía y música celeste se detienen. Nuestro sufrimiento procede de nuestra incomprensión del verdadero sentido de nuestra existencia y de nuestra ignorancia respecto del interés que nos demuestra lo divino al crearnos en la complementariedad para permitirnos acceder al conocimiento de unos y de otros:

¡Oh gentes! Ciertamente, os hemos creado a todos de varón y hembra, 15 y os hemos hecho naciones y tribus, para que os reconozcáis unos a otros.¹⁶ Realmente, el más noble de vosotros ante Dios es aquel que es más profundamente consciente de Él. Ciertamente, Dios es omnisciente, consciente de todo.

(Corán, XLIX, 13)

Por mi parte, estoy convencido de que la humanidad saldrá nuevamente victoriosa y reconfortada de este momento. Por lo menos, en la medida de mis posibilidades, por pequeñas que sean, hago todo lo que puedo por enseñar y transmitir la esperanza de un mundo mejor que el que se nos quiere imponer cada mañana, en el que Vivir Juntos y Hacer Juntos permitirán a las generaciones venideras construir un mundo unos con otros y no unos contra otros. Todo esto es lo que me inspira la obra de Antonio Camaró.



HORACIO KOHAN

Director de Raíces, Revista Judía de Cultura. Raíces, una revista judía de cultura publicada en España por LIBROS DE SEFARAD, SL, desde 1986. Raíces se dirige a los lectores de revistas de opinión, a interesados por el judaísmo y a quienes desean conocer mejor la cultura sefardí. Las artes, las letras, la historia, la lengua y el pensamiento judeo-hispánicos son su territorio. Raíces promueve un mundo más tolerante y abre hasta sus límites el círculo de lo propio, sea judío, sea español, proporcionando las claves que permiten comprender mejor el mundo en que vivimos.

Con una atmósfera que nos recuerda la bohemia francesa y, en general, europea, Antonio Camaró pinta *Le homme postmoderne* recordando a Kant y el “mundo líquido” de Zygmunt Bauman. No he podido dejar de comparar aquel universo con la realidad que por aquellos mismos años vivíamos en España, y —en aquello que me atañe más directamente— la “ausente presencia” de los intelectuales judíos. La califico así por el manto de silencio que los cubría, por lo que dedico estas líneas a su recuerdo.

En la aportación de autores judíos a las letras españolas contemporáneas hay nombres y creaciones relevantes que han dejado una huella imborrable y merecen todo nuestro reconocimiento. Me refiero muy especialmente a escritores del pasado siglo XX como Max Aub, Rafael Cansinos-Assens o Margarita Nelken, que ya forman parte de la Historia de la Literatura española y son seguramente quienes han recibido mayor reconocimiento fuera del ámbito comunitario judío.

Pero antes de focalizar en lo específicamente literario, daré un necesario rodeo por el campo de los estudios hebraicos y judaicos, donde encontramos una aportación de los judíos españoles (o residentes en España) de enorme calidad y número, y cuya producción enriquece hoy las bibliotecas universitarias. Merecen citarse, entre los nombres de la primera mitad del siglo pasado —ya que intentaré hacerlo cronológicamente— a los siguientes estudiosos:

Abraham Shalom Yahuda fue el primer catedrático judío de una universidad española y también un pionero muchas otras actividades. Nació en Jerusalén en 1877, en el seno de una familia procedente de Bagdad. Los Yahuda eran una familia numerosa establecida en Jerusalén desde me-

diados del siglo XIX que hablaba fluidamente el judeoespañol por vivir junto a familias sefardíes de la ciudad. En 1895, cuando sólo tenía 23 años, publicó su primer libro, un estudio sobre la historia de las tribus árabes en la época preislámica, y poco después viajó a Estrasburgo (por entonces ciudad alemana) para estudiar Filosofía. Hizo su doctorado en Heidelberg, y dio comienzo a su vida pública al representar a los judíos de la ciudad ante el Congreso Sionista de Basilea de 1897. Dictó clases de estudios judaicos en Berlín y se dedicó de lleno a la investigación, fruto de la cual fueron varios libros en lengua alemana. Yahuda disfrutaba de la amistad de Ignaz Yehuda Goldziher, un destacado orientalista al que los intelectuales árabes llamaban “el shej de Budapest”. Al parecer, Goldziher fue consultado por las autoridades españolas, que le pidieron que recomendara algún especialista para impartir en Madrid una serie de conferencias sobre la civilización judía en España. Esta amistad y el conocimiento de la lengua española hicieron que Yahuda fuera el elegido.

Llegó a Barcelona en el otoño de 1913, cuando apenas tenía 26 años, viajó a Madrid y realizó algunos viajes por Andalucía. Mantuvo correspondencia regular con el senador Ángel Pulido —quien llevaba años liderando una campaña para promover el regreso de los sefardíes a España—, y Rafael Cansinos-Assens publicó en el diario *La Correspondencia de España* un artículo muy elogioso acerca de su obra sobre Ibn Paquda. Cansinos nos ha dejado dos testimonios elocuentes sobre Abraham Shalom Yahuda en dos de sus libros: *Las luminarias de Hanukah* y *La novela de un literato*.

Yahuda dictó doce conferencias en la Academia de Jurisprudencia, entre marzo y abril de 1914, con mucho pú-

blico. Para la prensa de la época se trataba de un acontecimiento de valor histórico y una declaración pública de España en contra de sus viejos prejuicios. Poco después fue recibido en audiencia por el rey Alfonso XIII, y en junio de 1915 recibió el nombramiento de catedrático de la por entonces Universidad Central de Madrid. Una de las actividades académicas más interesantes de Yahuda –al margen de las propias del Departamento de Hebreo de la Universidad– fue la que llevó a cabo en el Centro de Estudios Históricos, un seminario para alumnos adelantados en el que dictaba clases de hebreo y otras lenguas semíticas. En ese Centro fue donde él y sus alumnos se dedicaron a reunir materiales para una bibliografía hispánica de las juderías españolas, primera vez que en España se afrontaba esta tarea.

José Benoliel (1888-1937), filólogo y gramático, nació en Tánger, Marruecos. Viajó extensamente y estudió en Francia y en Palestina. Más tarde se trasladó a Portugal, donde paso gran parte de su vida como profesor de Filología Románica en la Universidad Nacional de Lisboa, lo que alternó con largas estancias en Madrid. José Benoliel fue una de las máximas autoridades en haketía, el dialecto judeo-español marroquí. Sobre este tema publicó una serie de estudios innovadores en el Boletín de la Real Academia Española.

Máximo José Kahn –para la época que estoy considerando, primera mitad del siglo pasado– es uno de los nombre mayores de las letras judías en España. Escritor, ensayista y novelista en lengua española, nació en Frankfurt del Meno, Alemania, en 1897. Llegó a España en 1920 y se instaló en Madrid y más tarde en Toledo, ciudad en la que residió diez años y en la que se casó. Nacionalizado español, adoptó la lengua española como su idioma literario.

Publicó artículos en La Gaceta Literaria y en Revista de Occidente bajo el seudónimo Medina Azara. Estuvo muy relacionado con los círculos intelectuales anteriores a la Guerra Civil. Fue un especialista en la cultura judeo-española, ensayista, traductor y novelista. Lo nombraron cónsul honorario de la II República en Salónica y posteriormente en Atenas. Durante la Guerra Civil publicó en Hora de España y terminó exiliado en México, para establecerse en 1944 en Buenos Aires ciudad en la que murió en 1953. Sus obras, todas publicadas fuera de España, fueron Apocalipsis hispánica (1941), Año de noches (1944), La Contra-Inquisición (1945), Efraín de Atenas (1950) y Yehudá Haleví (con Juan Gil-Albert, recién editado en España en 1987). Hubo que esperar hasta el año 2012 para que se publicara en España su estudio Arte y Tora. Exterior e interior del judaísmo, que medio siglo antes se había conocido en Argentina.

David Romano. Fue catedrático de Italiano en la Universidad de Barcelona, cosa curiosa pues se trataba de uno de los mayores medievalistas españoles, que nunca pudo ocupar la cátedra que le correspondía. Cosas del mundo académico. Era un experto en historia de los judíos de la corona catalano-aragonesa y nos dejó valiosas publicaciones. Las más destacadas fueron Antología del Talmud (1975), De historia judía hispánica (1991) y La ciencia hispanojudía (1992). Hasta su muerte, en 2002, fue miembro del Consejo de Redacción de Raíces.

José Estrugo, nacido en Esmirna, formado en El Cairo, emigrado a Estados Unidos y residente entre nosotros durante muchos años, fue autor de la obra El retorno a Sefarad (1933), que marcó a muchos estudiosos del sefardismo hispánico.

Moisés Orfaly es Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid y actualmente ejerce como catedrático de Historia en la Universidad Bar-Ilan, en Israel; es uno de los grandes investigadores en la historia de los judíos españoles durante la Edad Media con muchos trabajos publicados en nuestro país y en EEUU.

Carlos Benarroch, nacido en Melilla y residente casi toda su vida en Barcelona, fue el fundador y copresidente judío de la Entesa Judeo-Cristiana de Catalunya. Estudiante de la lengua española, fustigó durante años a la Real Academia Española para que modificara descripciones y términos injuriosos para los judíos. Tuvimos el privilegio de contarle como uno de los más asiduos colaboradores de Raíces, hasta su fallecimiento en 2002.

Ya en la siguiente generación, si se quiere más contemporánea, y de la segunda mitad del siglo pasado, destacan nombres que nos resultarán más cercanos:

Iacob M. Hassán, nuestro entrañable Jacobo, doctor en Filología Hispánica, ceutí de 1937, fue miembro fundador de Raíces, lamentablemente fallecido en 2006. En una necrológica publicada en el diario ABC, Jon Juaristi dice que “pertenece a la hornada de jóvenes profesores que, en los sesenta, emprendieron la renovación de los métodos filológicos, preservando al mismo tiempo la continuidad de las tradiciones más valiosas de la anteguerra. Supieron ser discípulos y eso los convirtió, a su vez, en excelentes formadores”. La figura de Iacob M. Hassán preside el brillante desarrollo de los estudios sefardíes en España durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX y dio lustre al hoy desaparecido Centro Arias Montano del CSIC y a la revista Sefarad que dirigió durante muchos años.

Jacobo Israel Garzón, director de Raíces durante 10 años y miembro de su equipo fundador, nació en Tetuán en 1942 y es escritor y divulgador de la cultura judía en España desde su juventud. Fue presidente de la Comunidad Judía de Madrid y de la Federación de Comunidades Judías de España. En abril de 2011 el gobierno le concedió la Gran Cruz de la Orden del Mérito Civil. Ha colaborado en diversas obras monográficas sobre la vida judía, sobre Israel y sobre el antisemitismo y, como investigador de la España moderna y contemporánea y del Norte de Marruecos, es autor de los títulos: Apuntes sobre la vida y la obra de Fernando Isaac Cardoso (2002); Crónica de una familia tetuaní (2003); Los judíos de Tetuán (2004); Escrito en Sefarad. Aportación escrita de los judíos de España a la literatura, la erudición, la ciencia y la tecnología contemporáneas (2005); Los judíos hispano-marroquíes 1492-1973 (2008); Los judíos y el exilio republicano español (2009); En un tiempo sin libertad. Semblanzas de una Sefarad inhóspita (2010); Cartas del caminante y otros escritos (2011), Bauer y Mansberger: dos familias españolas de origen judío entre los siglos XIX y XXI (2012) y Jaquetía: dialecto judeo-español del Norte de Marruecos: gramática elemental (2013).

Arnoldo Liberman, ensayista y crítico musical que está entre los miembros fundadores de Raíces y sigue colaborando asiduamente con la revista, nació en Argentina y lleva viviendo más de 40 años en Madrid. Miembro del Patronato del Teatro Real de Madrid hasta hace poco, actualmente forma parte de su Consejo Asesor presidido por Vargas Llosa. Es autor de una larga serie de títulos entre los que sobresalen sus colecciones de ensayos breves sobre músicos y música vinculados a lo judío, y aquellos

ensayos en los que bucea en la historia judía en Europa durante los dos pasados siglos. Su último libro publicado es *A tientas*, hermano Kafka (2015).

A esta lista, que no quiero que sea interminable y con la que no quisiera cansarles, debo también agregar los nombres de Uriel Macías, bibliógrafo de Judaica y escritor; Jon Juaristi, filósofo y ensayista; Sultana Wahnón, catedrática en la Universidad de Granada y escritora; filólogos como Rica Amrán y Marta Forteza-Rey; Javier Castaño, actual director de la revista *Sefarad* del CSIC; y la doctora Elena Romero, ensayista y experta en el teatro de los sefardíes de Oriente.

¿Cómo se explica una presencia tan importante de lo judío y su cultura con una tribu casi insignificante? Para entender la magnitud del fenómeno, tomemos sólo un capítulo de la vida cultural, el de la producción editorial. Cada año, de las decenas de miles de nuevos títulos que engordan los anaqueles de las librerías, pueden detectarse —entre investigación, ensayo y ficción— un millar largo de libros de interés judío, ya sea que iluminen aspectos de la historia o de la sensibilidad judía o se refieran a hechos y personajes judíos. Y si hasta hace no muchos años eran exclusivamente traducciones de obras extranjeras, cada vez más se incorporan también autores españoles.

Para entrar de lleno en el campo de la narrativa, entre destacados escritores no judíos que han reflejado aspectos de la historia judía en sus obras debo citar —además de varias obras de Benito Pérez Galdós— a Adolfo García Ortega (*El comprador de aniversarios*), Carme Riera (*El último azul*), José Carlos Cataño (*De tu boca a los cielos*), José Jiménez Lozano (*Parabolas y circunloquios de Rabí Isaac*

ben Yehudá), Ángel Vázquez (*La vida perra de Juanita Narboni*) y Juana Salabert (*Velódromo de invierno*), entre muchos otros. Estas son obras notables que han merecido las mejores críticas y altas cifras de venta en las librerías. Afortunadamente, no son las únicas pero merecen ser recordadas especialmente. Entre los autores judíos contemporáneos que han alcanzado alguna notoriedad por sus obras de ficción ocupan un lugar destacado Mario Satz, Esther Bendahan, Marcos Ricardo Barnatán, Leopoldo Azancot y el recordado Jaime Vándor, ex profesor de Hebreo Moderno en la Universidad de Barcelona, escritor y poeta con muchos títulos publicados y una carrera de alto reconocimiento.

Ahora es el momento de centrarme en dos figuras muy especiales que dieron brillo a las letras judías del siglo pasado: Rafael Cansinos-Assens y Max Aub,

Cansinos-Assens fue un escritor, traductor y ensayista nacido en Sevilla en 1882 que vivió casi toda su vida en Madrid. Es conocido por su labor de recuperación de la cultura judía española. Colaboró con medios de prensa y estuvo en contacto con distintas corrientes artísticas, como el Modernismo. Su obra está claramente marcada por su interés por la cultura judía, como se demuestra en su primera obra *El candelabro de los siete brazos* (1914), *Las luminarias de Hanukah* y una *Antología del Talmud*. Desde 1919 se consagró a la literatura y paso al mundo de la edición de revistas culturales mientras seguía escribiendo y traduciendo a autores rusos. Publicó también diversos ensayos, entre los que destaca *España y los judíos españoles* (1920). Durante la Guerra Civil redactó unos *Diarios*, parcialmente inéditos, y tras el conflicto fue represaliado por el régimen franquista por su condición de

judío y republicano. Desde ese momento se dedicó casi en exclusiva a la traducción de clásicos como Goethe o Schiller, aunque también realizó una monumental traducción de *Las mil y una noches* desde los textos originales. Rafael Cansinos-Assens murió en 1964 y actualmente existe una fundación que administra su legado y preside su hijo.

La figura de Max Aub –contemporáneo de Cansinos– es más compleja y de mayor proyección pública por lo que desde ya me disculpo si le dedico buena parte de lo que resta de mi artículo. Max Aub fue un novelista, poeta, ensayista y dramaturgo español nacido en 1903 en París, en el seno de una familia judía laica, de padre alemán y madre francesa. Al comenzar la primera guerra mundial toda su familia se exilió en España. Vivió en Valencia y en Madrid.

El Madrid de las tertulias de los intelectuales en los cafés de mesas de mármol, el de las lecturas de poemas en el Ateneo, que presidía Manuel Azaña, el Madrid de los años de la dictadura de Primo de Rivera, de 1926 a 1927, quedó plasmado en su novela *La calle de Valverde*, que años después sería el preámbulo de *Laberinto mágico*, la obra en la que durante su exilio Max Aub agrupó sus novelas sobre la guerra civil, *Campo cerrado*, *Campo abierto* y *Campo de sangre*. El tiempo de Max Aub es el tiempo en que se lee o se habla de Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas “Clarín”, Ramón María del Valle-Inclán, Miguel de Unamuno, Antonio Machado y Pío Baroja, pero también es el tiempo de Vicente Aleixandre, Federico García Lorca, Luis Cernuda, Rafael Alberti, José Bergamín, y de la novela de quiosco, y de Ramón Gómez de la Serna, de los experimentos anticlericales, los eróticos, de barracas teatrales y ateneos libertarios, de misiones pedagógicas y bibliotecas ambulantes. Es el tiempo que precede a la guerra.

Aub comenzó a ser conocido cuando sus trabajos se publicaron en dos medios prestigiosos: la *Revista de Occidente*, fundada en 1923 por José Ortega y Gasset, y *Alfar*. La revista cultural *Alfar* estaba considerada como la más importante en lengua española del siglo XX. Durante los años de la República Aub escribió textos para el “Teatro del Pueblo”, de las importantes Misiones Pedagógicas, y dirigió un grupo teatral de la Universidad de Valencia. En febrero de 1936 participó activamente en la campaña del Frente Popular y comenzó a codirigir el diario valenciano *La Verdad*, órgano de difusión del PSOE desaparecido en 1939. En él Max Aub realizó también caricaturas de artistas, dando libertad a su faceta de dibujante. Cuando en 1937 el Gobierno de la República creó el Consejo Central del Teatro, presidido por Antonio Machado, le confió a Max Aub la secretaría de dicho organismo.

Desde 1936 hasta julio de 1937 fue agregado cultural en la embajada de España en París, favorecido por su perfecto dominio del francés, y también subcomisario del Pabellón de la República española en la Exposición Universal de 1937. En ese carácter fue la persona que solicitó a Pablo Picasso la realización de un cuadro. Del encargo nació una de las obras inmortales del arte contemporáneo: el *Guernica*. Al inaugurar el pabellón, Aub habló sobre cómo resulta imposible separar lo existente de lo imaginario, un concepto que lo acompañó a todo lo largo de su vida y que ejercitó sin descanso al crear autores apócrifos para muchas de sus obras.

En enero de 1939 se exilió en Francia y se instaló en París, donde finalizó el rodaje de *Sierra de Teruel* junto a André Malraux. En 1941 fue detenido de nuevo y deportado al campo de Djelfa en Argelia, donde compuso su estre-

mecedor libro de poemas *Diario de Djelfa*, publicado en 1945. Un año después abandonó este campo y se dirigió a Casablanca, desde donde poco después embarcó rumbo a Veracruz, México, país en el que se naturalizó, se entregó a una increíble actividad cultural y vivió hasta su muerte, 30 años más tarde. Su actividad abarcó diversos campos: cinematográfico, editorial, periodístico, radio-fónico y de creación literaria y plástica. Desde 1944 hasta 1970 dejó testimonio en apuntes biográfico-críticos sobre las gentes que se cruzaron en su vida.

Una curiosa característica de muchas de las poesías de su libro *Antología* traducida es que —siempre apócrifas, como era su gusto— están atribuidas a personajes históricos judíos como Nahum Ben Gamliel, que habría vivido cerca de Jerusalén en el siglo IV, Josef Ibn Zakkariya, nacido en Zaragoza en 1124, Mosé Ibn Barun, nacido y muerto en Lucena en el siglo XIII, o Yojanán Ibn Ezra Al-Zakkai del que dice que es un sefardita de Salónica, nacido en 1540, que escribió en hebreo a fines del siglo XVI. La poesía de este Yojanán se llama “Imitación de Yehudá Haleví”, y pone en evidencia la cuidadosa lectura que Max Aub había hecho de la literatura hebraico-española. Otras poesías están atribuidas a judíos conversos o criptojudíos, como Alfredo de Alcalá (siglos XVI al XVII), cuyas poesías se habría publicado en Amberes, y un tal Simón Gómez del siglo XVI.

El gobierno de Israel, a través de la UNESCO, invitó a Aub a impartir unas conferencias durante el curso académico 1966-67, a los estudiantes de la Universidad Hebrea de Jerusalén, como buen conocedor de la cultura de América Latina. Aub vio este curso como un compromiso más de su enlace con España, no sólo por su propuesta de impartir clases, sino como reconocimiento a una cultura en su

día española, la sefardita, expulsada de España en 1492. Era también el homenaje a dos pueblos que han sufrido vicisitudes: el judío y el español. En la universidad impartió seis horas semanales dedicadas a historia de la revolución mexicana, a la poesía mexicana contemporánea, y al teatro español contemporáneo. De la experiencia de este viaje nacerá su libro *Imposible Sinaí*, un conjunto de cartas, textos y poemas de pretendidos combatientes de la guerra árabe-israelí de 1967.

Imposible Sinaí reúne en torno a la Guerra de los Seis Días árabe-israelí de 1967 poemas que denuncian las guerras, todas las guerras, e intentan dar voz a árabes y a judíos, transformando la figura de “combatientes” en la de “víctimas”. Es un retablo coral de figuras apócrifas en el que lleva la empatía al límite, colocando en primer plano la humanidad de los jóvenes que entregan su vida —y quitan la ajena— por razones que no siempre comprenden cabalmente. En el año 2008, la Colección Visor de Poesía publicó el libro de Max Aub *Lamentos del Sinaí*, basado en el manuscrito completo, que amplía hasta más del doble los poemas que en su momento se conocieron en la edición de *Imposible Sinaí*. En la nueva versión se advierte que las voces de los israelíes doblan a las de los árabes y que Aub le ha dado gran importancia a la lengua judeoespañola que hablan algunos de sus personajes sefardíes.

He dejado para el final hablar del teatro de Max Aub. Sus primeros textos fueron de teatro experimental. Entre 1942 y 1949, su obra teatral fue abundante. Incluye una serie de diez obras que, con escasas excepciones, se ocupa de la guerra civil, de la mundial, de los campos de concentración, del exilio, de la Europa de los nazis o de la guerra fría, un teatro seriamente político y profundamente

humano. Afortunadamente su obra teatral ha sido recogida –en un primer momento– en una edición de Aguilar de 1968: Teatro completo, a la que me remito para no cansarles con una sucesión de nombres. Sus Obras completas empezaron a editarse en Valencia en 2002, e incluyen sus últimas obras teatrales.

Me detendré en su obra No y dejo para el final el tema de San Juan. No es una denuncia de los poderosos Estados policíacos del tiempo de la guerra fría (y del nuestro). Allí se pregunta: ¿para esto hubo una guerra? ¿Estas son las consecuencias de tanta muerte, tanta lucha y tanta desesperanza? En No Aub se manifiesta como un humanista a ultranza que rechaza desprecio por los sufrimientos del hombre de carne y hueso, que, en boca de un rabino de la obra, es “soplo que va y no vuelve”.

Max Aub fue el primer escritor español del siglo XX que representó a fondo la problemática del judío en la Europa bajo el dominio nazi. En 1947 escribió Comedia que no acaba. No sabemos si fue estrenada alguna vez. Los personajes son una joven judía y un miembro de las juventudes hitlerianas. Pero su gran legado es el drama teatral San Juan (1943). Para darnos una idea de su anticipación, vale la pena recordar que cuando León Uris publicó su novela Éxodo (que muchos también conocerán por el cine), era 1958, y ya hacía quince años que San Juan había salido de la imprenta en México. En ambas obras el título hace referencia al nombre del carguero que transporta a judíos que huyen del horror hacia la esperanza. Por primera vez en su trayectoria dramática, Aub llevaba a la escena un episodio que había vivido muy de cerca. Tradicionalmente, se ha emparentado San Juan con otras obras de Aub que tienen como motivo central las consecuencias de la II Guerra

Mundial. Ése es el caso de las obras teatrales Morir por cerrar los ojos (1944), El rapto de Europa (1946) y No, de la que ya he hablado. Las dos primeras están ambientadas en la Francia ocupada por los nazis, mientras que la última tiene como telón de fondo la guerra fría. En el momento en que Max Aub escribió San Juan se desconocían los extremos más oscuros del Holocausto. De todas maneras, el autor, al conocer los detalles de aquel horror, confesó que, de haber tenido noticia de ellos antes de la composición de San Juan, no hubiera cambiado sustancialmente la obra. San Juan se estrenó recién febrero de 1998 en Valencia, momento en que el Centro Dramático Nacional y Teatros de la Generalitat financiaron el proyecto.

La situación de partida de San Juan es la de un grupo de refugiados judíos huidos de Alemania que han logrado fletar un barco, antes destinado al transporte de caballos, con el que pretenden llegar a algún país del Mediterráneo que les ofrezca asilo. No los dejan desembarcar en ningún puerto y, mientras tanto, la vida sigue desarrollándose de manera cotidiana dentro del carguero –a pesar de las circunstancias extraordinarias–. El carguero no es más que un universo en miniatura con 600 refugiados. Los judíos huidos de Alemania acaban convirtiéndose en víctimas de sus salvadores, los aliados, que les niegan asilo en sus países. Finalmente el barco enfrenta una fuerte tormenta en alta mar. En una secuencia casi cinematográfica, Aub consigue una atmósfera inquietante que recrea el hundimiento del San Juan. Al final, el único consuelo que les queda a los pasajeros es la religión, la misma que los ha colocado en la situación en que se encuentran, la misma que los ha convertido en perseguidos.

Toda la agitación anterior acaba cuando se apaga la luz y

únicamente se escucha la voz del rabino recitando el Libro de Job y los Salmos. Después, únicamente el silencio, que se prolonga durante diez segundos antes de la caída del telón. Es el silencio de la muerte. Paradójicamente, el mismo barco que les había servido para huir de Hitler acababa de convertirse en su tumba.

El drama San Juan es una obra única en la dramaturgia española y una obra extraordinaria en la dramaturgia judía.

Para terminar me permito agregar que así como la cultura española enriquece a los judíos que aquí vivimos, hago votos personales para que la cultura judía sea también – cada vez más– parte sustantiva del patrimonio cultural de todos los españoles.

En la aportación de autores judíos a las letras españolas contemporáneas hay nombres y creaciones relevantes que han dejado una huella imborrable y merecen todo nuestro reconocimiento.





ANTONIO LÓPEZ POSTIGO

Nacido en Algeciras (Cádiz) en 1970. Pasó su niñez entre Málaga y Algeciras residiendo en esta última hasta los 25 años. Estudió Comercio Internacional y Graduado Social, pero encontró la verdadera vocación en la teología. Estudió teología en la Facultad Adventista de Teología en Sagunto (Valencia), en el Campus Adventiste du Salève en Collonges sous Salève (Alta Saboya/Francia) y en la Facultad de Teología de Valencia, en la que se doctoró con la tesis “El Concepto de Libertad en la Obra de Jacques Ellul”. Actualmente es profesor de Teología Sistemática y Nuevo Testamento en la Facultad Adventista de Teología en Sagunto. Antonio está casado con Chelo Castro y tienen un hijo llamado Enoc.

Introducción

Para un teólogo sistemático como yo, la reflexión sobre la posmodernidad es un asunto recurrente a nivel teológico, literario y filosófico, pero realizar un análisis sobre una pintura y sobre la visión que extraigo de esta obra de Antonio Camaró es todo un desafío que acepto desde la más absoluta humildad y como privilegio inmerecido.

La postmodernidad se proyecta sobre un tiempo pasado con una larga sombra gris que aún nos cobija sin guarecernos. La preeminencia de la palabra en la reflexión sobre la postmodernidad no cierra el ámbito reflexivo a las artes y sobre todo a las expresiones figurativas. Para el cristianismo, el mundo líquido supone una oportunidad de reformularse en una expresión adecuada a los tiempos con el desafío de no perder la identidad y esencia cristiana por el camino. El apóstol Pablo escribió a los creyentes de la comunidad de Roma que no se amoldaran al mundo, que la preservación de la identidad se produjera en una renovación constante de la mente que les diera capacidad para conocer la voluntad de Dios (Rom 12,2). Esto le da una dimensión, que podríamos denominar como líquida, al cristianismo que sobrevive cambiando constantemente para no perder su esencia, que deja de ser continuamente lo que es para no dejar de ser lo que la Palabra le impulsa a ser. La iglesia protestante esgrime el lema: *Ecclesia reformata, semper reformanda*, y la iglesia católica romana recoge este pensamiento en el concepto de *aggiornamento* contenido en el CVII. En este contexto y desde esta perspectiva, la propuesta de Camaró me parece provocadora y profunda.

Es importante pensar que la posmodernidad es el fruto de la crisis de la modernidad, es la ruptura dependiente y la

respuesta existencial del hombre frente a la modernidad. Esta ruptura se hace muy evidente en la expresión artística y en la reflexión filosófica. Desde el punto de vista del pensamiento, el posmodernismo hunde sus raíces en el existencialismo y, en este punto, la obra de Camaró, introduciendo incluso un elemento cristiano, me parece fructífera, pues si bien es cierto que el existencialismo ateo ofrece un punto de partida evidente al postmodernismo, también es cierto que el existencialismo cristiano, como el de Jaspers por ejemplo, es una propuesta no menos interesante.

Análisis

La representación que Antonio Camaró realiza en su obra el hombre postmoderno se torna en paradigma de comprensión conceptual de la esencia (o esencias) de la posmodernidad. La mezcla de verdad y decadencia produce el efecto de un trampantojo; la quietud aparente del hombre sentado frente a una botella tapada, pero usada, y frente a ella, y al otro lado, un vaso vacío. El hombre no bebe, pero se le pierde la mirada en la botella y el vaso, es como si mirase en la añoranza de la absoluta soledad que escenifica un solo vaso al otro lado de la botella como si de un ente imaginario se tratase.

La botella acoge la representación minimalista de un pez, símbolo primero de un cristianismo incipiente, botella de la que este hombre bebió antes, pero como hemos dicho antes ya no. El símbolo del pez llama mi atención por su autenticidad y originalidad. La cruz está ausente como metarrelato; para el hombre postmoderno es un símbolo

caduco sin significado heredado. El pez es más aséptico, pero en una botella que supongo de vino multiplica su significado a la enésima potencia. El vino confinado en la botella no es visible, pero la botella contiene el símbolo líquido del cristianismo por excelencia. Es como la representación simbólica de la sangre que necesita un hombre sin sangre, la salvación embotellada sobre la que se ha decido, pero que es acogida con aparente desdén. Es como si la espiritualidad de este hombre estuviese envasada y controlada, como si el cristianismo fuese el mensaje en la botella de un hombre que ha naufragado. La botella se inclina hacia el cuadro que el hombre tiene a su izquierda. El cuadro se trasciende a sí mismo, se sale de su marco y actúa como centro gravitacional, al tiempo que la botella parece ejercer su atracción sobre el cuadro; la botella se curva desde el cuello hacia el cuadro y el azul del cuadro se derrama sobre la botella.

Volvemos a percibir el mundo líquido que se manifiesta en dicho cuadro, la obra de arte que se introduce en la realidad y que llega a formar parte de ella, pero que necesita de la esencia y de la creencia humana para trascenderse, a mi juicio, volviendo al concepto de Walter Benjamin. Sobre la etiqueta leemos “Concha”, nombre de mujer, elemento femenino omnipresente en la obra de Camaró y es que el pintor se vuelve amante y sensible e introduce con cierta sutileza la feminidad en el conjunto mediante la palabra, fiel a su estilo y su inspiración.

El hombre joven se apoya en un bastón que no necesita, es solo un elemento decorativo que pretende aportar cierta distinción y que quizás ni le pertenece, el bastón deviene en apoyo ficticio y por tanto sin futuro ni esperanza. Este hombre posee mejor bastón que zapatos.

Tras la cabeza del hombre y a sus lados, una figura femenina y otra masculina junto a los hemisferios derecho e izquierdo de su cabeza respectivamente. La creatividad eminentemente femenina y la racionalidad predominantemente masculina, un equilibrio que proviene del pasado en forma de recuerdo retratado, externo a la mente.

Lo que me parece más brillante en esta pintura, lo que reclama mi atención más íntima es la visión inocente y casi infantil que conjuga con una madurez conceptual del autor.

La elegancia que se deshilacha en las roídas prendas y su actitud reposada que esconde la prisión del que no tiene dónde ir, sin zapatos no puede llegar muy lejos. El mundo no puede ser un hogar para este hombre, el mundo es una guarida que aloja en su seno a quien no tiene mayor certeza en el cosmos que sí mismo, porque ni aún le importa el cosmos. El hombre se apoya en lo inmediato: en la silla en el bastón y en la mesa que parecen no apoyarse sobre el suelo. Está rodeado de arte, en este caso cuadros, que se presenta en forma de un escenario que deja ver sus miserias en el muro que acoge las pinturas y sus desperfectos, un reflejo del hombre de la silla.

La obra de Camaró expresa la ausencia de lo Walter Benjamin llamó el aura de la obra de arte, pues no se percibe como una imposición sino como una propuesta de significado, casi colaborativo. El espacio moderno se expresaba como un bloque monolítico en su propia coherencia; un sistema casi mecánico y matemático. Este espacio era distante y lejano, pero la propuesta de Camaró es cercana y vivencial. Por contraposición al modernismo que no tenía en consideración por los gustos y vivencias históricas

del observador respecto al espacio, Camaró nos integra en una escena cotidiana y un acto frecuente que se nos presenta como una imagen especular que retrata una vivencia tan recurrente como peculiar en ciertos aspectos. Porque el espacio superior era la base de una epistemología pretendidamente universal, o, si se prefiere, abstracta; esto es, que no se encontraba atado a lo concreto. Camaró toma en cuenta las experiencias de los diferentes sujetos posmodernos y crea un flujo de diálogo con su obra, el observador es más que esto cuando se le coloca en condición de “experto efímero” destacando así el carácter líquido de su obra, aportando un grado de intimidad que nace de la temporalidad particularizada con que la obra nos interpela, o busca ser interpelada.

Otro de los elementos plásticos que Camaró usa con maestría es el fovismo. El uso del color como elemento estético-sentimental que plasma lo que la realidad esconde, que sobrepone la verdad a la realidad. Así se transforma en un demiurgo del sentido último de las cosas en su frialdad y calidez, orientado a la búsqueda de sentido desde el sentido mismo, anunciando una catarsis que deviene en nuevo nacimiento, en el quietismo y la fluidez, en la distancia y la intimidad. Mediante esta técnica, es capaz de huir de la realidad lo suficiente como para que veamos la obra de arte en sí, pero no tanto como para evitar la proximidad especular con la deriva dada a la forma y el color. Camaró es un alfarero conceptual, un modelador de sentidos, de sentimientos y con esta obra consigue expresarlo. Su estilo es original y profundamente personal.

Hay dos elementos que finalmente quiero destacar. En

primer lugar, debo decir que, a mi juicio, Camaró pinta con mucho amor; la representación de la fealdad de una forma tan bella, pero sin enmascararla y el modo en que interpela al espectador denota una sensibilidad extrema en el trato con los demás. Camaró pinta amando y eso es evidente en su obra. En segundo lugar, su complicidad para transmitir una ironía sutil pero no efímera que plasma los contrasentidos y los contrastes que originan los sentidos contrapuestos entre lo que somos y que deseamos ser. Camaró plasma muy bien la realidad, está en contacto con el mundo real, podríamos decir que tiene los pies en la tierra y la mente en el cielo, recordándonos siempre que entre ellos está el corazón.

Conclusión

El hombre posmoderno de Camaró es una obra magnífica que me ha ayudado a conocer mejor al autor y su mundo interior, su honestidad intelectual y su valor humano. Por mi formación teológica, veo una dimensión cristocéntrica en su forma de expresarse, pues los valores contenidos en la expresión de su cuadro y la forma de aportar reflexión y valor, tanto a lo expresado como al receptor de la obra, y en el entrañable tratamiento de la dimensión humana contenida en la obra son paralelos a la de los valores expresados en el discurso de Cristo recogido en los evangelios. Agradezco profundamente a Antonio por esta oportunidad de expresarme sobre su obra, pues me ha hecho crecer como persona y he podido adentrarme más en sus paraísos íntimos y compartidos y en su sensibilidad genuina y humana.



NACHO MAÑÓ GUILLEN

Es un músico español. Es conocido especialmente por su carrera dentro del grupo Presuntos Implicados. Desde 2009 comparte un proyecto musical con su mujer "Nacho Mañó y Gisela Renes" Es también un productor, bajista, guitarrista, programador, autor de canciones y adaptador al castellano. Considerado uno de los productores más laureados y premiados del panorama musical español. Compositor de numerosas canciones de éxito, arreglista, adaptador y bajista, ha trabajado en proyectos importantes tanto nacionales como internacionales que le han llevado entre otros galardones a obtener un Grammy por su trabajo como Productor.

Somos seres de raíces frágiles. Agitados y violentados por un poder sin autoridad moral.

Aún así mejoramos como seres humanos porque nos compadecemos más; también porque contemplamos el sufrimiento ajeno en la pantalla con el desayuno.

Mejoramos porque nos indignamos más; también porque con el almuerzo se nos dirige la mirada reiteradamente hacia el abuso.

Mejoramos porque buscamos nuevas explicaciones a los misterios de la vida; también porque el alma ha quedado relegada por lo objetivable. Algo debe tener todo esto de progreso.

Si miramos atrás, hasta donde llega nuestra mirada histórica, podríamos empezar a reconciliarnos con el ser humano; con el ideal de dignidad que imaginamos. Parece que avanzamos en ese camino.

La desubjetivización, sin embargo, si no ha crecido, cuanto menos, permanece. Pasamos junto al dolor con la insensibilidad que nos ha dejado horas y horas de estar expuestos al espectáculo del horror. Vivimos con la rivalidad insana que nos ha inoculado estar sumergidos en la cultura del ganador y el perdedor; en la débil estructura que conlleva valer tanto como tu último éxito.

Y nos hemos acomodado en la palabra convenida, conveniente. Sin matices y sin discusión. Ya todos sabemos lo

que transgrede esas normas y lo que nos permite movernos en espacios seguros de moral u opinión. Un ecosistema perfecto para la hipocresía. Esa es, en mi opinión, la tara; el agujero en el calcetín.

El ser humano de hoy está sobreexpuesto a la ética y la información convenida y conveniente. La comunicación, por lo tanto, es un gran espectáculo; un negocio. Barnizado de un supuesto derecho a la información. Una ilusión de libertad.

El ser humano del futuro no estará exento de crisis. Tampoco será inmune a la deslealtad, ni podrá liberarse de los sometimientos. Y aún así seguirá caminando en la dirección correcta. Eso sí, con la ayuda de un bastón que sostenga su ya sabida fragilidad. Seguirá transcurriendo en ese camino imposible que va dirigido a la dignidad de todos y cada uno. Lo que nos redime es continuar en ese camino, arrastrando nuestras miserias y desplegando nuestras potencialidades .

Y en ese aprendizaje el arte es nuestro tutor. Así como el árbol lo necesita para crecer cuando sus raíces son frágiles. El bastón es inseparable de la mano de L'homme post-moderne, sabedor de lo que su imagen esconde. El arte es lo que, por un momento, hace un intento de reparar nuestra indefensión, nos sustrae de la realidad, nos convierte en mejores personas y nos permiten imaginarnos. Sólo desde el arte, y por un instante mágico, podemos ver el destello del ser humano del futuro.



CARLOS MARIO TORO BEDOYA

Director del instituto teológico San Pablo y profesor de teología en Loeches, doctor en teología dogmática por la universidad gregoriana de Roma. Misionero sacerdote del Verbum Dei.

LA ERA DEL ESPÍRITU (LECTURA TEOLÓGICA DE UN CUADRO)

Marcelo Bordoní, un teólogo italiano, postula –y yo estoy de acuerdo– que nos encontramos en la “era del Espíritu”. El autor comenta en su libro sobre la Persona de Jesús (“Cristologia nell’orizzonte dello Spirito”) que la época llamada posmoderna se caracteriza por un hombre que busca lo espiritual. Siguiendo además al sociólogo Buewell, la presente situación no se podría llamar “una cultura en crisis”, sino “una cultura de la crisis”. Es justo cuando entendemos “crisis” como “crecimiento” que podemos entender nuestro mundo actual.

¿Quién guía el crecimiento de esta búsqueda?. La búsqueda siempre es una dimensión espiritual humana. Es Espiritual tanto a nivel del espíritu del mundo, del espíritu del hombre o del espíritu de Dios. Total es siempre búsqueda Espiritual.

El Papa Francisco en su carta programática *Evangelii Gaudium*, llama la atención sobre este punto. Para el Papa el Espíritu Santo siempre está soplando dentro o fuera de la Iglesia, por eso el creyente siempre debe estar atento a descubrir cuáles son las manifestaciones del Espíritu Santo en el marco de las demás espiritualidades, tanto como en la suya propia.

Los Santos Padres siempre han hablado del concepto Trinitario del Dios de los Cristianos y han mostrado cómo en cada época Uno de ellos se manifiesta de una forma más sensible al hombre. Como son “Tres personas en una sola comunidad de amor”, ellos dicen que: “donde actúa uno, actúan los demás”. También sabemos por teología que: “la función de cada manifestación es llevar al hombre a Dios”. En épocas pasadas, el acento estaba más marcado en buscar a un “Dios Padre”. En otras épocas no muy le-

janas se buscaba a “Jesús verdadero hombre y verdadero Dios”, pues ahora es el “Espíritu Santo” el que va marcando el camino de la revelación. El Espíritu Santo nos lleva a Jesús, Jesús al Padre y el Padre a la participación de la única Familia que ellos son.

Al decir que la época posmoderna es una etapa espiritual estamos asegurando que en medio de la dimensión espiritual en que vivimos, está actuando el Espíritu Santo, solamente hay que descubrirlo.

Esta breve reflexión teológica me proporciona el marco para analizar mi acercamiento al cuadro que me ofrece Antonio.

¿Qué contemplo al acercarme a la pintura?, diré algunos rasgos:

Un joven, (me arriesgo a decir que es un joven, aunque podría ser también una joven), elegantemente vestido, según los parámetros tradicionales con un vestuario que une varias épocas. La silueta de su cara está cuidadosamente tratada, tal vez con un toque plástico de cosmético. Una mirada sin expresión, con mirada hacia abajo y aire triste.

El joven parece un rey, sentado muy seguro en su trono, con un báculo (que podría ser el bastón del abuelo), situado casi en el centro del cuadro, lo cual le hace parecer poderoso. A “su sede” le hace falta una pata, como signo de enfermedad (recordar que enfermo, significa infirme, “el que no se sostiene por sí mismo”). Por ello, ni el trono, ni el rey se sostienen por sí mismo. Pero todo ello se observa en un delicioso “equilibrio-desequilibrado”.

El protagonista, aunque elegantemente vestido y cuidadosamente maquillado, con una combinación perfecta de colores, no tiene zapatos y sus calcetines los tiene estropeados, no se sabe si por desgaste o por rebeldía... pero la sensación que produce es de no estar terminado o quizás es inconformidad lo que representa.

Una mirada rápida a la decoración donde habita: Es curioso ver en la pared tres cuadros, sólo tres, hace recordar que el tres es signo de perfección, de plenitud. Es una perfección imperfecta, por el contenido de los cuadros. El cuadro del centro es dinámico, el protagonista hace parte del él, al situarse en el puro centro del que parece ser un núcleo familiar. Con el personaje situado en el centro se da la sensación de una familia tradicional. Parece un cuadro con sabor a hogar. Justo a la derecha y de mayor proporción cuelga otro cuadro, no tan elegante y proporcionado. Vemos una imagen sin forma que sale de los límites del marco, no se sabe que es, hombre o mujer o animal o mundo. Lo que resalta es el intenso color azul, signo de eternidad. Una imagen que se funde con la botella puesta sobre la mesa redonda. El agua que sale del cuadro desemboca en la botella... El color azul no tiene forma en el cuadro pero si toma silueta en la botella. Se desprende el título del cuadro: "un mundo líquido".

Un contraste muy curioso parece rodear el ambiente de nuestro protagonista, algo claramente definido y al cual pertenece, "el cuadro familiar", y algo fuera de su ser que es totalmente líquido y sin forma.

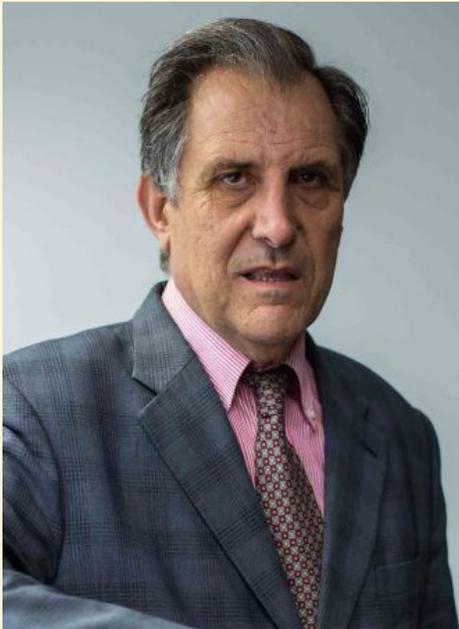
Un último detalle, de los muchos que se podría añadir: La botella está etiquetada, significando "la cultura de las marcas" y en el centro de la etiqueta un pez, signo de mar o de Cristo, juntos con otros signos para descifrar, pero con los que parece que el pez convive con normalidad

Qué conclusión:

Un equilibrio desequilibrado, una figura que parece terminada sin terminar, una perfección imperfecta, un problema de género sin determinar... hacen las características de este hombre posmoderno en busca de identidad.

El equilibrio sin equilibrio, lo terminado sin terminar, lo perfecto en la imperfección, nos ponen en la búsqueda de paradigmas nuevos, de respuestas no encontradas, y está situación que podría parecer desconcertante es la forma de hablar de lo espiritual.





FEDERICO MARTÍNEZ RODA

Es un historiador y jurista español, decano de la Real Academia de Cultura Valenciana y correspondiente de la Real Academia de la Historia.¹ Catedrático de Historia Contemporánea, en las Universidades Cardenal Herrera de Valencia y CEU San Pablo de Madrid. En la actualidad imparte clases en la Universidad Católica de Valencia.

No se puede olvidar que la palabra postmodernidad procede del ámbito anglosajón, es preciso tenerlo en cuenta porque desde la perspectiva continental europea la modernidad acabó a finales del siglo XVIII con la revolución francesa y la industrialización. A partir de entonces la historiografía continental habla de “época contemporáneo” como periodo que sigue a la “edad moderna”. También se dice “mundo contemporáneo” porque una de sus características, que estuvo a punto de verse truncada por el comunismo, ha sido la globalización. Una globalización que comenzó vertical con el inicio de la modernidad por tratarse de una expansión europea en todos los continentes desde el siglo XV al XIX, y en la actualidad es más horizontal o, al menos, multipolar pues ganan peso las potencias extraeuropeas.

Por lo dicho y por otros factores se puede afirmar que, desde finales del siglo XX, se tiene la sensación de que se está dejando la modernidad anglosajona, que es la contemporaneidad europea continental, para adentrarse en una nueva época a la que se llama “postmodernidad” pero podríamos llamar “postcontemporaneidad”. Se sabe que el petróleo se acabará por lo que la fuente de energía que simboliza la Segunda Revolución Industrial, al igual que el carbón en la Primera, será sustituida por otras. De hecho la suma de energías renovables más la atómica va a más. Al ser acumulativos los inventos de cada una de las fases de la industrialización, no se trata de sustituciones; de hecho el ferrocarril que comenzó a usarse en la Primera Revolución Industrial sigue presente en la actualidad, y lo mismo puede ocurrir con el automóvil, invento típico de la Segunda, salvo que se logre la teletransportación, pero de momento no se vislumbra que sea posible.

La electrónica y la informática llevan a muchos a tener la sensación de que se encuentran en la Tercera Revolución Industrial, que sería ya la “postmodernidad” en materia económica y tecnológica. Estos sectores punta acompañados por nuevas fuentes de energía que sustituyen a los combustibles fósiles y la ya mencionada globalización convierten al mundo en una estructura más igualitaria para irritación desorientada de millones de jóvenes occidentales que no entienden por que han de tener peores condiciones de trabajo que sus padres y madres. Pero es que resulta que el famoso 0’7% que en tiempos jóvenes de los papás se postulaba que se entregara al entonces llamado “Tercer Mundo”, ahora no hay que dárselo, se lo toman con creces y, además, ha dejado de ser “Tercer Mundo” hasta el punto de que los hijos de esos papás ven que en sus salarios repercute la actividad de Bangla Desh o Tailandia. Globalización quiere decir también que los salarios en aquellos países subirán y que en Europa bajarán, ya han bajado de hecho, porque una vez abiertas las fronteras los niveles salariales de los países actúan como vasos comunicantes.

Estos jóvenes europeos, como el del cuadro de Antonio Camaró, están influidos por una contra-cultura que promueve la transgresión y ha penetrado poco a poco en las mentalidades. Es impresionante como los contra-valores que transmiten la mayoría de cantantes de rock y similares, salvo excepciones como Báez, Dylan o Bono, se asumen por los jóvenes occidentales que se creen libres, cuando van uniformados sin percibirlo, y se consideran originales, cuando no hay nada que dicen que no sea “políticamente correcto” y, encima, beben masivamente coca-cola, una bebida imposible de tomar a temperatura ambiente, es

decir que es preciso gastar energía para mantenerla fría y que sea medianamente bebible, pero eso sí, desde el ecologismo. Más grave todavía es la actitud, también muy extendida, de aquellos que en su “libertad” fomentan la drogadicción y enriquecen a los narcotraficantes, por supuesto desde el anticapitalismo.

El cuadro de Antonio Camaró se titula “El hombre post-moderno” y tal vez lo sea, sin embargo dos de las referencias más importantes que aparecen en él, Kant y Le Monde, son pura modernidad. Es preciso recordar que Immanuel Kant, como ilustrado, representa ese optimismo de la modernidad, que plasma en su Paz perpetua, del que queda poco o nada; y el diario Le Monde representa el periódico de la socialdemocracia, ideología “moderna” por excelencia que sigue viviendo de las rentas desde que en 1973 una crisis del petróleo demostró que sus políticas, que practicaban todos los gobiernos europeos –desde la democracia cristiana a los socialistas– e incluso regímenes autoritarios como el español de entonces, llevaron a Occidente a una estructura económica insostenible y a una deuda pública que lastra las posibilidades de futuro de los jóvenes, unos jóvenes que además no están psicológicamente preparados para competir con los de su misma edad de la antigua Europa del Este o de países de lo que antes se llamaba “Tercer Mundo”. La traslación de la propia responsabilidad al Estado al que se considera “encargado” de resolver todos los problemas tampoco contribuye a mejorar la situación.

Verdaderamente, en terminología de Ferdinand Braudel, la espuma no nos deja ver los movimientos de profundidad como ocurre en el mar; pero si se está atento se puede observar que ya llegan a la superficie algunas manifes-

taciones de la postmodernidad que hay que corregir si, de verdad, queremos un mundo más auténtico y acorde con la naturaleza humana. Un mundo en el que ocurra algo tan elemental como que la política y la economía estén al servicio de las personas para lo que se requiere verdadera libertad y menos intervención, incluida la intervención de los medios de comunicación cuando son oligopólicos, no sólo la del Estado-Providencia. Aunque sin lugar a dudas el gran desafío en la postmodernidad será acabar con la peste blanca, en terminología del demógrafo Alfred Sauvy que también fue el primero que utilizó la expresión “Tercer Mundo” allá por 1952. Para acabar con la “peste blanca” es preciso que se permita nacer a todos los niños que están en el seno materno porque además de que el nasciturus tiene derecho a la vida, como cualquier otro ser humano, la humanidad tiene derecho al rejuvenecimiento, lo que significa que no se debe eliminar a los millones de niños que son víctimas del aborto provocado. Además de las consideraciones morales que son muy importantes pues se trata, como se ha dicho, del derecho a la vida, la postmodernidad no debe ser equivalente a extinción por envejecimiento.

En definitiva la postmodernidad va a heredar de la modernidad el problema de la identidad de un mundo en el que se han debilitado los valores religiosos, tal como plantearon a principios del siglo XX Pareto desde el catolicismo, Weber desde el protestantismo y Durkheim desde el judaísmo, debilitamiento que no debe llevar a la desesperanza, sino al anhelo de revertir la tendencia a través de lo que José Andrés Gallego ha llamado la “recreación del Humanismo”.





ANTONIO MARTÍNEZ CARRIÓN

Licenciado en Psicología por la Facultad de Psicología de Valencia, máster en Terapia Familiar Sistémica, licenciado en Teología, habiendo cursado estudios en la Facultad Adventista de Sagunto y en la Universidad Adventista de Montemorelos (Nuevo León, México), máster y doctorado en Teología por la Universidad de Andrews (EEUU). La tesis doctoral versó sobre las posibilidades psicoterapéuticas de los principios bíblicos. Actualmente se desempeña como profesor en la Facultad de Teología de Sagunto en el área de Psicología y como secretario ministerial de la Unión Adventista Española.

Recibí una llamada, era la de Antonio Camaró, solicitándome una participación en el presente trabajo, lo cual acepté gustoso, aunque un tanto dubitativo respecto a mis posibilidades en este atractivo proyecto. Me citó diferentes personas que iban a participar, todas ellas relevantes en distintas áreas, y me planteé cuál podría ser mi aportación para que fuera útil y tal vez complementaria. Finalmente, consideré que mi aproximación al tema que nos ocupa iba a ser la del observador que mira desde un ángulo psicológico y espiritual.

Por otra parte, tengo el privilegio de conocer a Antonio Camaró. No hace mucho, es cierto, pero con algunas personas no mucho tiempo, por significativo, es suficiente. Y éste es el caso, porque Antonio Camaró se expresa de forma transparente. Al poco ves su alma. Y cuando él me presentó su obra, *El hombre posmoderno*, de alguna forma ya antes me había presentado su persona.

Y como en la obra –y en las obras– de cada uno de nosotros, estamos nosotros mismos sumergidos, permítaseme que antes de pensar en la obra, piense en el autor. Antonio Camaró es una persona con inquietudes vivas. Las tiene de tipo cultural y también en el área espiritual. De no ser así, no habría querido participar en las clases en las que nos conocimos. La espiritualidad es la característica más exclusivamente humana, pero no todos la posemos en el mismo grado. En el caso de Antonio, ésta se hace muy patente. Es también, evidentemente, una persona sensible y creativa, con una fuerte imaginación que vuela, lo que le da un ángulo de visión especial. Y sobre todo, he podido sentir que es una buena persona y que busca el encuentro con los demás. Todo esto trabaja en el artista antes de que ni siquiera haya una molécula de pintura en

su paleta. Está en su mente, en su corazón, vibra dentro de él, de forma que el resto será el resultado de esa interioridad. Por ello, cuando Antonio Camaró pintó su cuadro *El hombre posmoderno* no creo que haya intentado plasmar sobre el lienzo simplemente el concepto de el hombre líquido, sino su experiencia interna confrontando este concepto retador.

Muy recientemente he tenido la oportunidad de visitar las instalaciones del campo de concentración de Sachsenhausen, en Oranienburg, Alemania, reducto y triste recuerdo de lo que llegó a ser el III Reich. Cuando concluía la visita de las instalaciones y salía por la puerta, me sentía mal, incluso físicamente, mi pecho y mi estómago me hablaban del horror, de lo que debió ser encontrarse como prisionero en aquel lugar. En mi mente latían imágenes imborrables, entre las cuales estaban unas pinturas que algunos presos habían plasmado en determinados lugares. Era impresionante como expresaban su experiencia, sus anhelos y esperanzas, e incluso sus huidas a través del humor. Y es que es inseparable la experiencia y la obra. Yo mismo, cuando salía de aquellas instalaciones, no sé lo que en ese momento hubiese dibujado o pintado –eso sí, burdamente, dada mi incapacidad–, pero estoy seguro de que habría estado empapado de esa intensa vivencia.

Precisamente, sobre el holocausto, el autor del concepto de el mundo líquido, el sociólogo polaco Zygmunt Bauman, había escrito su obra *Modernidad y holocausto*. Este importante autor desnudaba la naturaleza humana y la confrontaba. Y este mismo autor es el que llega a describir al hombre como líquido, que a fuerza de ser cambiante ha dejado por el camino su identidad, y muchas veces su ética. Por su parte, Antonio Camaró también va a confron-

tar la experiencia de ese ser humano líquido, pero no solo pintándolo, sino intentando llevarle –y llevarnos– a una autoreflexión que entiendo muy necesaria.

La posmodernidad había supuesto un gesto de desencanto y de renuncia respecto a la modernidad, como sucede con la infancia y la adolescencia, pero la adolescencia no es la madurez. Pareciera faltarle todavía tiempo a la humanidad para alcanzarla. La modernidad era pura estructura inflexible, coherente pero no por ello sana ni verdadera. Se sentía segura pero era frágil. Las ideas eran fijas, demasiado fijas, y la intolerancia emerge de las ideas fijas. Pero la posmodernidad ha supuesto, en muchos casos, una huida más que una búsqueda. Ha desechado sin rigor y ha abrazado más desde el deseo que desde la ética, y el resultado, en muchos casos, ha sido el vacío existencial.

En esta obra de Antonio Camaró, de hecho, tenemos la oportunidad de pensar –y pensarnos– cada uno de nosotros, porque más que un cuadro podría ser referido como un posible espejo, y uno puede llegar a preguntarse si le gustaría estar dentro del personaje que ha sido plasmado, dentro de su mirada, de su gesto.

En el cuadro se aprecian símbolos por doquier, como intentando decir lo que hay dentro de la persona. Se expresan fuera, porque no se pueden expresar dentro de la propia figura, pero forman parte de sus sensaciones, de su emotividad, de su realidad. Su mirada, entre perdida e ensimismada, nos muestra un pensamiento detenido, más que puramente reflexivo. Su mano que no se posa sobre la mesa, como permaneciendo ajena a lo que en ella se ofrece, pareciera un gesto de renuncia. Es como si hubiera bebido de ideas y creencias que ya no siente

suyas. El vaso no es suyo, es un vaso ajeno, al otro lado de la botella y alejado de él.

Por otra parte, su aspecto es contradictorio: camisa y corbata, y al propio tiempo los dedos de sus pies muestran una realidad mucho menos aparente. Parece intentar adaptarse a las formas, a lo convencional, mientras que su realidad es que se ha empobrecido. De hecho la posmodernidad ha perdido certezas. Se ha adaptado tanto a todo, se ha abierto tanto a cualquier cosa, con tal de no ser lo que fue, que, en buena medida, se ha desdibujado en lo que podría ser.

La obra de Camaró parece buscar descubrir –la propia cortina invita a pensarlo así– la realidad del ser humano que viene de un lugar conocido pero que no conoce cual es su mejor lugar de destino. Y entiendo que el personaje plasmado en el lienzo es más que él mismo, es su sociedad, de la que él mismo forma parte. Son su sociedad y su tiempo los que están sentados allí.

Cuando miramos hacia atrás en el tiempo, vemos el reciente camino recorrido –los últimos siglos–, marcados por la revolución industrial, la victoria de la maquinaria, el desarrollo de la tecnología, donde todo era cuantificable y muchas veces invariable. Por el contrario, en la posmodernidad se alcanza la flexibilidad, pero se cae en el relativismo, reina la curiosidad pero se huye de la certeza. Casi da miedo lo verdadero, aunque indefectiblemente exista.

Por otra parte el mundo parece moverse en una danza aparente, como vemos en el cuadro “dentro del cuadro” a la derecha de la imagen. En este movimiento, probablemente ha estado inmerso el propio personaje del cuadro.

Pero ese mundo en movimiento parece ahora detenerse en su interior. Es como si se sintiera defraudado, incluso cansado.

Reitero el planteamiento y lo extiendo: ¿cuántos de nosotros querríamos vernos dentro del personaje pintado por Antonio Camaró? En otro planteamiento diría que lo que sí me gustaría es poder sentarme con él, acercarme a una silla y conversar. Tal vez se sentiría incómodo, porque no parece desear compañía, aunque sí necesitarla. Me gustaría sentarme con él, y quizás al mismo tiempo con el propio Antonio, y hablar de la vida, del sentido de las cosas, de nuestros puntos de partida y de nuestros destinos posibles. Probablemente, en un diálogo franco, podríamos sacar unas cuantas buenas conclusiones.

Tal vez, después, valiera la pena dejar ese bastón que sólo es adorno y apariencia innecesaria, y tal vez se podría mirar no al vacío sino al otro, superando un individualismo que se vive en ese mundo líquido que todo lo conecta menos al ser humano, y es posible que ese cuerpo se pudiera girar y volver hacia esa botella, con ese símbolo –el pez– que hace referencia a unas raíces valiosas. Creo que

eso sería, en palabras del apóstol Pablo “inteligencia espiritual” (Col. 1:9).

El mundo posmoderno, generador de hombres líquidos llegó a su estación de trasbordo. De hecho se viene hablando del “pospostmodernismo”, como un reconocimiento de que ésa no podía ser la estación final. Si pudiéramos liberarnos de amarras pasadas, tal vez podríamos recuperar algunos de nuestros orígenes simbolizados en ese pez, recuperando a Jesús y su mensaje en su forma más plena. Creo que esa posibilidad, de ser transitada, podría cambiar los labios apretados, el gesto de las manos, las piernas entrecruzadas y, sobre todo, la mirada.

Agradezco a Antonio que me haya invitado a pararme y sentarme –es difícil escribir “andando”, aunque a veces lo pretendamos– y a pensar, que es la esencia del escribir. Pero, sobre todo, porque siempre que somos capaces de pararnos, pensar y escribir, de alguna forma, algo crecemos.

Sólo me resta desear que su obra, El hombre posmoderno, como otras tuyas, ayude a eso, a pensar y a crecer, y en definitiva a ser más libres y mejores, para nosotros mismos y para los demás.



JOSÉ LUIS MARTÍNEZ MESEGUER

Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Alicante. Master en Dirección y Gestión Cultural por la Universidad Miguel Hernández de Elche. Diploma de Estudios Avanzados [DEA] por la Universidad de Granada. Ha enfocado su vocación y formación por el campo de la museología y museografía, donde desarrolla su labor desde distintos ámbitos.

L'homme postmoderne (2016) reúne todas las características de la pintura de Antonio Camaró. El color, fundamental. Plano. Sin muchos matices. Expresionista. Un color radiante, brillante, limpio que envuelve toda su pintura, con una paleta muy personal y reconocible. La estilización de sus personajes, de reminiscencias más modiglianescas que theotokopouleanas. Personajes a los que casi siempre sitúa solos, aislados, en el ámbito de cafés, bares, terrazas: lugares de reunión social, muy mediterráneos, como él. Personajes con los que, normalmente o bien él mantiene una relación en ese lugar, o ha vivido una historia personal, o al menos una conversación, muy enriquecedora para el artista, quien –a manera de diario personal– utiliza el lienzo para inmortalizar ese momento, esa historia, ese drama, esa alegría, esa persona, esa conversación, ese impacto en su vida. En este, vemos a un hombre, sentado en torno a una mesa, que nos retrotrae a un café parisino de la bohemia. Con el abrigo (o una trenka) puesto (Una buena capa, todo lo tapa que dice el refranero); vestido con camisa, jersey y corbata (muy setenta); un bastón (muy dandy), pero observamos que va sin zapatos y que sus calcetines llevan agujeros, denominados popularmente “patatas”.

A veces, aparecen palabras en el lienzo. Unas ayudan, otras juegan al despiste. Detalles que nos están hablando o ayudan a interpretar sus imágenes. Con sus cuadros hay que participar para percibir. En este caso aparecen cuatro palabras, tres de ellas en francés: “le monde” (el mundo), “liquide” (líquido), “l'homme” (el hombre) y “Kant” (en referencia al filósofo alemán). Observamos también que en la mesa hay una botella, en cuya etiqueta leemos: “Concha”, probablemente en referencia a la prestigiosa

marca chilena de vinos de reconocimiento mundial. Así mismo vemos un desconchado en la pared.

Nada es azar. Todo parece que nos habla de una posible decadencia del lugar y del individuo. Pero como un intento de aparentar lo contrario, de cara al escaparate que es ese foro público. Disimular, parecer, mentir, engañar. Colocarnos una máscara, la que cada uno lleva frente al otro. En realidad, Camaró se ha dejado impregnar (y ha inmortalizado) las ideas de sus lecturas de Immanuel Kant, Zygmunt Bauman y Walter Benjamin.

De Bauman utilizará sus conceptos modernidad sólida y modernidad líquida para caracterizar lo que considera dos caras de la misma moneda. La relación entre la sociedad sólida (seguridad, contenidos, valores) y la sociedad líquida (movilidad, incertidumbre, relatividad de valores), hace necesario modificar la realidad y comprender que la vía del cambio es la única posible y la única necesaria, además del hecho de que es oportuna, para evitar los conflictos sociales y mejorar las condiciones de vida. En la modernidad líquida, las identidades son semejantes a una costra volcánica que se endurece, vuelve a fundirse y cambia constantemente de forma. Parecen estables desde un punto de vista externo, pero al ser miradas por el propio sujeto aparece la fragilidad y el desgarramiento constante.

La modernidad, deja como resultado desechos, residuos humanos producto de las migraciones y la globalización, que constituyen una consecuencia inevitable de la modernidad. El flujo de poblaciones no se puede reabsorber y está comenzando a ser un problema serio para diferentes partes del mundo, principalmente en países primer mundistas, como Estados Unidos y la Unión Europea. El

problema de la migración se ha ido convirtiendo en uno de los principales problemas del planeta.

Convivir con los otros ha sido un problema omnipresente en la sociedad occidental, con varias estrategias utilizadas: la separación del otro, excluyéndolo; la asimilación del otro, despojándolo de su otredad; y la invisibilización del otro, para que desaparezca del propio mapa mental.

Bauman plantea una nueva forma de entender la sociedad moderna, no basada necesariamente en los conformistas y los anticonformistas, sino una tercera vía, que elabora y apunta a modificar la sociedad moderna. El cambio social tiene que ser un producto necesario y dinámico. La ética del trabajo era una aberrante grosería. Responsabilizar a los pobres de su pobreza gracias a su falta de disposición al trabajo y, por lo tanto, su inmoralidad y degradación. En la nueva estética del consumo, las clases que concentran las riquezas pasan a ser objetos de adoración, y los nuevos pobres son aquellos que son incapaces de acceder al consumo y a la novedad del sistema capitalista.

La búsqueda de la identidad es la tarea y la responsabilidad vital del sujeto, y esta empresa, la de construirse a sí mismo, constituye al mismo tiempo la última fuente de arraigo. En la modernidad líquida, el único valor referenciado es la necesidad de hacerse con una identidad flexible y versátil que haga frente a las distintas mutaciones que el sujeto ha de enfrentar a lo largo de su vida. La identidad se configura como una responsabilidad reflexiva que busca la autonomía del resto y la constante autorrealización y que, además, está abocada a la constante inconclusión debido a la falta de un telos (del griego *tevlo~*, “fin”, “objetivo” o “propósito”) en la modernidad tardía.

La felicidad se ha transformado, de aspiración ilustrada para el conjunto del género humano, en deseo individual. Y en una búsqueda activa más que en una circunstancia estable, porque si la felicidad puede ser un estado, sólo puede ser un estado de excitación espoleado por la insatisfacción. El exceso en los bienes de consumo nunca será suficiente.

La modernidad líquida, se refiere al proceso por el cual el individuo tiene que pasar para poder integrarse a una sociedad cada vez más global, pero sin identidad fija, y sí maleable, voluble. La identidad se tiene que inventar, crear, se tiene que moldear máscaras de supervivencia. Los cambios vertiginosos que ha provocado la globalización y el imperialismo comercial de los monopolios en connivencia con los gobiernos neoliberales, el resurgimiento de la alteridad (movimientos indígenas), el feminismo, la lucha arcaica en medio oriente, el crecimiento exponencial de la población mundial, hasta llegar a la era de las redes sociales y las TIC (o Tecnologías de la Información y la Comunicación), donde más se observa la problemática de la identidad en la modernidad líquida.

Antes, la sociedad se caracterizaba por el sentido de pertenencia del individuo muy marcado entre los distintos estratos sociales; ahora, las identidades globales, volubles, permeables y propiamente frágiles, oscilan según la tendencia que marca el consumismo. Sin embargo, esta identidad escurridiza nos hace cada vez más dependientes del otro, y es ahí donde se encuentra la esperanza de crear condiciones de crecimiento en términos de humanidad, conciencia colectiva por el bien individual a partir del común, en armonía con la naturaleza.

De Benjamin, recurriré a su famosa teoría del Ángel de la historia, una visión pesimista del devenir histórico como un ciclo incesante de desesperación, inspirada en la obra del pintor suizo Paul Klee, *Angelus Novus*, un dibujo a tinta china, tiza y acuarela sobre papel, pintado en 1920 y que fue adquirido posteriormente por el filósofo y crítico judeo-alemán. En la actualidad, forma parte de la colección del Museo de Israel, en Jerusalén.

El título de la obra, ángel nuevo, en latín, remite a una leyenda judía originaria del Talmud. Un ángel nuevo, según la tradición hebrea, es una criatura celestial creada para servir y renovar un cántico eterno ante Dios. El ángel representa una alegoría de la utopía mesiánica, que se resiste al progreso y que simboliza la catástrofe interminable. Fue el filósofo Giorgio Agamben quien identificara al ángel con el hombre moderno, quien, al perder contacto con su pasado, es incapaz de encontrar su lugar en la historia.

De Kant le interesa la filosofía mesiánica, los dioses, la relación entre su concepción religiosa y el deísmo. El deísmo es la postura filosófica que acepta el conocimiento de la existencia y la naturaleza de Dios a través de la razón y la experiencia personal, en lugar de hacerlo a través de los

elementos comunes de las religiones teístas como la revelación directa, la fe o la tradición. Dios es un creador u organizador del universo, es la primera causa. En general, un deísta es aquel que se inclina a aseverar la existencia de Dios, pero no necesariamente practica una religión, y además niega la intervención de Dios en el mundo.

¿Nos suena esto algo? ¿No son algunos de los problemas que más acucian al hombre (post)moderno? ¿No buscamos todos darle un sentido a esto? ¿No somos conscientes del rápido cambio de paradigma y que no sabemos a qué atenernos? Es que la pintura de Camaró parece sencilla, en apariencia y de soslayo, pero —al fijarnos, al mirarla—, nos aparecen imágenes subliminales que nos sumergen en su propio universo y nos marcan, nos establecen unas conexiones, unas redes que agrandan el perímetro del cuadro y nos llevan a unas narrativas implícitas en los mismos, pero que van más allá, las expanden. Metapintura. Cualquier texto nos presenta imágenes a medida que leemos, porque la imagen es a menudo inherente al lenguaje. Y viceversa. A aquello se refería ya Simónides de Ceos: la poesía es pintura que habla y la pintura poesía muda.



JUAN FRANCISCO MEJÍAS GÓMEZ

Magistrado Titular del Juzgado de Primera Instancia de Torrente (Valencia). Magistrado por oposición libre, accediendo a la carrera judicial en el año 1991. Profesor asociado de las Universidades de Valencia y de la Universidad Politécnica, facultad de Administración y Dirección de Empresas. Ha dirigido y participado como ponente en más de 150 cursos de formación para Jueces, Magistrados, Fiscales y Secretarios Judiciales, Abogados, Funcionarios de Justicia y Policías, tanto en España como en Latinoamérica (Nicaragua y Bolivia). Ha participado como coautor en más de una docena de publicaciones, en su mayoría editadas por el Consejo General del Poder Judicial.

LA MEDIACIÓN Y EL HOMBRE POSTMODERNO

El hombre postmoderno debe buscar sus valores, sus principios, sus creencias.

El hombre postmoderno debe buscar el progreso de la humanidad en la ecología.

Ecología es todo aquello bueno para el hombre, todo aquello que no daña al medio ambiente, todo aquello que no supone una agresión a nuestros semejantes.

Por ello, y a las alturas en las que nos encontramos, el progreso de la Humanidad se encomienda, por los tiempos que nos toca vivir, al hombre post moderno.

Al hombre que se encontró un Mundo lleno de problemas, gravemente enfermo y con su supervivencia puesta en entredicho. Ciertamente él también contribuyó a crearlos y está llamado, porque no le queda otra, a resolverlos, y puesto que esto es así, vale la pena hacerlo bien.

Con esta hoja de ruta, uno de los caminos que permite mejorar la vida de nuestro Mundo es, sin ninguna duda, la mediación.

Desde mi perspectiva de jurista y después de más de veinticinco años de ejercicio de la judicatura y cerca de veinte creyendo y difundiendo la mediación, tengo cada vez más claro que ese es el camino más adecuado, más eficiente, en definitiva, más ecológico.

La mediación evita que el conflicto termine en destrucción, permite conducir el proceso de resolución de la disputa por caminos no agresivos, no violentos, por caminos de acuerdo, de paz.

Quizá alguien se sorprenda porque un juez defienda la

mediación, pero, créanme, después de haber redactado miles de sentencias, puedo afirmar y afirmo, sin temor a equivocarme, que ningún conflicto se resuelve mejor que a través de una buena mediación.

Antes de seguir, quisiera puntualizar una cuestión que, quizás pueda resultar útil al lector. Y es la distinción entre conflicto y litigio.

Me parece oportuno aclarar la distinción para entender mejor porque el hombre post moderno, que debe buscar el progreso y bienestar de la humanidad, debe navegar por las procelosas aguas de la mediación.

Llamamos conflicto a la discrepancia, más o menos intensa, entre dos o más personas físicas o jurídicas, en relación a determinado asunto.

Llamamos litigio al conflicto judicializado, llevado al terreno judicial.

Los conflictos, en ocasiones coinciden con los litigios, y en otras ocasiones no.

Me explicaré; si una persona, conduciendo su vehículo, atropella a otra por la calle y el asunto llega al tribunal, nos encontraremos ante un conflicto que tiene la misma dimensión que un litigio.

Sin embargo, si estamos ante un proceso de divorcio, entre vecinos, entre familiares para el reparto de la herencia, el conflicto es mucho más grande que el litigio.

Es lo que suelo llamar “conflicto iceberg”. Lo que asoma por encima de las aguas representa el litigio, pero el conflicto se encuentra sumergido bajo las mismas.

Debemos los jueces, por mandato del artículo 24 de nuestra Constitución, resolver realmente los conflictos y no limitarnos, tan solo, a poner fin a los litigios mediante una sentencia, dejando irresuelto el conflicto que, con toda probabilidad, volverá a reproducirse nuevamente.

No se pueden curar las heridas solo de forma superficial, es preciso curar bien y para ello, en ocasiones, resulta imprescindible abrir la herida y actuar sobre ella eficazmente.

Es por ello que pienso, ya desde hace muchos años, y cada vez con más fuerza, que la mediación supone una evidente mejora en la calidad de la justicia, de tal manera que con ella se consigue una justicia más ecológica.

Y ello es así por dos razones; se produce un evidente ahorro de costes emocionales y también económicos.

Por estas razones, pienso que es tarea del hombre post moderno impulsar la implantación de la mediación como método ecológico de resolución y gestión de los conflictos.

El hombre postmoderno debe buscar sus valores, sus principios, sus creencias.





JOAN ANTONI MELÉ CARTAÑA

Conferenciante y formador sobre valores, fundador de la empresa Taller de Conciencia, miembro del Consejo Asesor de Triodos Bank, Asesor de la Cámara de Emprendedores y Empresarios de Cataluña, promotor de la banca ética en España y Latinoamérica y autor de los libros Dinero y conciencia y La Economía explicada a los jóvenes. Ha cursado estudios de Matemáticas y Economía en la Universidad de Barcelona, y ha asistido a múltiples cursos y seminarios sobre comunicación, relaciones humanas, técnicas directivas y análisis de riesgos bancarios, entre otros.

Parecía que con el Renacimiento habíamos entrado en una nueva era de luz y prosperidad que ya nada en el futuro podría perturbar. Giovanni Pico della Mirandola había dado la señal de salida para todo un grupo de humanistas universales que aún hoy nos sorprenden por la variedad y profundidad de sus conocimientos, así como por su espíritu renovador. Este autor estudió griego, hebreo, árabe y caldeo para leer los textos originales de los filósofos griegos, la Kabbalah, el Corán y los oráculos caldeos, así como los escritos de Averroes y la obra esotérica de Hermes Trimegisto. A finales de 1486 publica sus Conclusiones filosóficas, cabalísticas y teológicas, que vienen precedidas de una introducción titulada “Discurso sobre la dignidad del hombre”, en donde Pico della Mirandola plantea los tres ideales del Renacimiento: el derecho inalienable a la discrepancia, el respeto por las diversidades culturales y religiosas, y el derecho al enriquecimiento de la vida gracias a la diferencia. Quizás este tercer aspecto contiene el error que será la semilla de futuros conflictos.

Y qué decir de autores como Leonardo da Vinci, Rafael, Miguel Ángel, o posteriores como Johannes Kepler, Nicolás Copérnico, Galileo Galilei, Isaac Newton, y posteriormente otros como Darwin y Haeckel en biología, y Planck, Heisenberg o Einstein en Física Cuántica, que fueron mostrando a un nuevo ser humano observador del mundo y descubridor de sus leyes. Hoy parece evidente que la Tierra gira alrededor del Sol, pero el coraje que precisaron en aquella época Copérnico y Galileo para defenderlo en público queda patente al ver como a Giordano Bruno le quemaron en la hoguera por defender ideas contrarias a la época. Como explica Thomas Kuhn en su libro, ya un clásico, La estructura de las revoluciones científicas, cuan-

do surge una nueva idea siempre provoca un rechazo inicial por parte del conocimiento establecido, luego va adquiriendo su lugar, y al final acaba por imponerse como nuevo conocimiento oficial, con el consiguiente peligro de acabar en un nuevo dogma incuestionable.

En cualquier caso, todo parecía indicar que la humanidad había entrado en una época de progreso sin fin, y que todos esos nuevos conocimientos científicos que se iban adquiriendo aportarían un mayor bienestar y equilibrio a la humanidad. Pero la realidad ha sido otra, solo hace falta ver los informes de la Cumbre Mundial del Cambio Climático de París 2015, o los informes de Intermón-Oxfam en el Foro Mundial Económico de Davos, para darnos cuenta de que no vamos bien. O el fracaso de los Objetivos del Milenio (2000-2015), aunque se intenten disimular con una interpretación de las estadísticas que no se sostiene, y que ahora se han tenido que sustituir por los Objetivos del Desarrollo Sostenible. Da igual las estadísticas y las interpretaciones que se les quiera dar, la realidad es que el modelo social y económico que hemos desarrollado en los últimos siglos es insostenible, es intolerable, y además no tiene sentido.

Y a pesar de esto seguimos dejando el control mundial en manos de personas a las que solo puedo calificar como “discapacitadas morales”, sin que con ello pretenda insultarles sino simplemente identificar el origen del problema. Les denomino así porque veo que las personas que deciden el rumbo de la política, de los negocios, e incluso algunas de las investigaciones científicas, no tienen la capacidad de darse cuenta de que lo que están haciendo es profundamente inmoral, ya que destruye la calidad de vida de las personas y del medio ambiente. Pero a diferen-

cia de otras personas con discapacidades físicas o intelectuales, a las que ayudamos y se dejan ayudar, las personas con discapacidad moral intentan imponer su modelo a las demás, es decir, quieren que los demás sean discapacitados como ellos. Y eso hay que desenmascararlo, denunciarlo y combatirlo.

Volviendo al tema del desarrollo científico, quizás uno de los problemas de la ciencia es que ha querido extender el método científico de análisis del mundo físico y de las leyes físicas, a ámbitos en los que ese método no es adecuado. En algunas ocasiones se ha caído en el dogmatismo científico, o, como dice el prestigioso biólogo y bioquímico británico Rupert Sheldrake, en El espejismo de la Ciencia. Y se quiere explicar al ser humano desde un punto de vista totalmente mecanicista reduccionista, y esto no funciona. No se puede interpretar un cuadro de Picasso analizando la composición química de las diferentes pinturas, o una sinfonía de Mozart descomponiendo nota a nota la obra para estudiar la longitud de onda de cada vibración.

Sin embargo esa obsesión por descomponer la materia para encontrar el sentido del universo ha ido en aumento. En el acelerador de partículas construido en el CERN en Ginebra, se hacen colisionar partículas elementales para descomponerlas en partículas más pequeñas, con la ingenua pretensión de encontrar la partícula más pequeña del universo y poder descifrar así cómo se ha originado todo y cómo ha evolucionado el universo. Bien, parece ser que ya se ha encontrado esa partícula ínfima, el bosón, también llamada partícula de Dios. Es decir, ahora que ya tenemos los bosones, ya podremos entender cómo se ha formado todo lo que nos rodea. Parece increíble la ingenuidad que a veces pueden manifestar algunos científicos, la de

intentar explicar el todo a partir de la suma de las partes, explicar el sentido global a partir de lo particular. Esto es parecido a como si, para entender como se ha hecho una catedral, la descompusiéramos en todas las piedras que la constituyen, luego trituráramos esas piedras hasta tener piedrecitas, luego pequeños granos de arena, y finalmente un fino polvo. Y al tener ese polvo finísimo, quisiéramos entender cómo se ha ido juntando hasta formar la catedral; esto es absurdo, nadie diría un absurdo como este.

En todo lo construido por el ser humano, sabemos que primero ha existido una intención, una idea (por cierto, no perceptible sensorialmente), y luego todo un proceso en el que participan sujetos y medios a su disposición para que finalmente la idea planeada sea visible en la realidad física. Pero no sucede lo mismo con todo lo que nos encontramos en la naturaleza: los minerales, los ríos, las montañas, los vegetales, los animales y los propios seres humanos. Ahí, en lugar de aprender a observar y leer el lenguaje de símbolos que se nos presenta, cosa que si sabían hacer las antiguas culturas, en lugar de aceptar humildemente nuestra ignorancia y buscar el significado, negamos que nada tenga sentido y lo atribuimos todo al azar. O a El azar y la necesidad como afirmaba el famoso (en su época) premio nobel de medicina del año 1965 Jacques Monod, en un libro con ese título. Nada tiene sentido, los átomos se combinan aleatoriamente y forman moléculas; las que resultan estables perduran y se combinan aleatoriamente y forman células, que a su vez también se combinan aleatoriamente y forman organismos, que perduran o no, y que evolucionan o no, en función de su fortaleza o de su capacidad de adaptación al medio. Y así surgen los geranios, las palmeras, los gusanos, los

rinocerontes, los chimpancés o los seres humanos; es una cuestión de cómo se han combinado las células, puro azar. Y no se trata de una idea obsoleta de un científico del año 1965, hace un mes tuve la oportunidad de discutir con un prestigioso (realmente no sé porque) científico, hasta que temí que pudiera darle un ataque y tuviéramos que echar mano del desfibrilador, y opté por dejar la discusión. Se trataba de la presentación de un master multidisciplinar que se presentaba en una universidad de Cataluña, y este científico hizo una afirmación categórica que casi ridiculizaba a los anteriores ponentes, que intentaban aportar nuevos elementos para una mejor comprensión de los problemas que tenemos planteados. Con una seguridad encomiable, y con una radicalidad que no dejaba espacios para la duda y el cuestionamiento, esta personalidad (además mediática) afirmaba: “No pierdan el tiempo buscando un sentido de la vida; la vida no tiene sentido, nada tiene sentido ni intención, lo único que existe es el azar y la lucha por la supervivencia”. Por un momento esas palabras me transportaron a mi época universitaria en donde discutíamos acaloradamente las tesis del mencionado premio nobel Jacques Monod. Y entonces le pregunté al eminente científico: Si lo único que cuenta es el azar y la lucha por la supervivencia, ¿me podría usted explicar por qué al final de la cadena evolutiva los seres humanos pintamos cuadros, componemos música, o escribimos poesía? ¿Qué tiene que ver la poesía con la lucha por la supervivencia? ¿Qué tiene que ver una obra artística con el azar? ¿Acaso para escribir un libro mezclamos las letras al azar, y en función de la mezcla surge El Quijote, La Divina Comedia o Hamlet? Mire, le dije al científico eminente, creeré en el azar el día que tomemos 200.000 o 300.000 bloques de piedra, las echemos al aire, y nos caiga una

catedral; o el día que vayamos a la playa a palear arena al aire, y después de, pongamos por ejemplo, un billón de intentos, nos caiga un castillo de arena. Pero usted que es científico sabe que esto no pasará, porque la segunda Ley de la Termodinámica nos muestra que todo en el mundo físico tiende a la máxima entropía, es decir, al máximo desorden, y que si encontramos orden es porque ha intervenido otro tipo de fuerzas.

Podría parecer que se trata de meras disquisiciones filosóficas, pero es mucho más que eso. Las ideas crean realidades sociales, y si hoy tenemos un mundo lleno de problemas sociales y medioambientales, con un consumismo desorbitado e insostenible, debemos preguntarnos de dónde surge esa forma de comportamiento. ¿Realmente nos extraña la sociedad hedonista y consumista que hemos desarrollado? Si solo somos materia que se ha organizado por puro azar, si la vida no tiene ningún sentido, y cuando muramos se descompondrá todo y se acabará esta falsa ilusión que nos hace pensar que somos alguien, que tenemos una identidad propia; si solo somos una aglutinación de átomos o moléculas, entonces es comprensible que hayamos llegado a ese tipo de ser humano egoísta y mezquino que el pintor Antonio Camaró representa en su magnífico cuadro El hombre postmoderno. Un ser humano que solo mira por su propio bienestar y no tiene en cuenta a los demás seres humanos ni a la Tierra; egoísta, mezquino, que abusa de los demás y que destruya el planeta.

No debería sorprendernos que al haber aniquilado esa dignidad humana de la que hablaba Pico della Mirandola, y al haber reducido al ser humano a una dimensión puramente animal con un poco más de inteligencia, y la vida a

un fenómeno circunstancial sin sentido y por tanto a una lucha por la supervivencia, que al final esas ideas hayan acabado imponiéndose como modelo social y hoy nos estamos comportando como animales que luchamos entre nosotros para sobrevivir. Y de tanto luchar por sobrevivir nos hemos olvidado y hemos renunciado a vivir como seres humanos.

Y además estamos educando a los niños y jóvenes con estas ideas, y tenemos que soportar que una organización empresarial-comercial como la OCDE marque las pautas de la educación a través del Informe Pisa, que parece que solo concede importancia a las Matemáticas, a las Ciencias a la Gramática, aunque ahora también considera muy necesaria la educación financiera. Y asistimos a la paulatina marginación de asignaturas como la Literatura, Filosofía, Artes, etc. con el pretexto que debemos enseñar cosas útiles a los jóvenes para que el día de mañana se ganen la vida. Incluso algunos argumentan en tono sarcástico: ¿para qué sirven las humanidades? Pues está muy claro para lo que sirven, se llaman humanidades porque nos hacen humanos, y cuando se quitan, nos deshumanizamos. Ahora que estamos en tiempo de crisis, deberíamos doblar las horas de humanidades en las escuelas: más música, pintura, literatura, poesía... Escribimos poesía porque somos humanos, pintamos cuadros porque somos humanos, componemos música porque somos humanos. Precisamente en este tipo de actividades el ser humano se aparta del ámbito de la necesidad en el que se mueve el animal, y entra en el de la libertad y de la creatividad. Precisamente porque no son necesarias desde el punto de vista vital, son tan importantes; son necesarias desde el punto de vista espiritual. Y, además, cuando realizamos alguna de esas actividades también estamos desarrollan-

do el amor, ya que en el fondo queremos compartir con otros aquello que llevamos en nuestro interior. Esto es un ser humano, un ser que tiene tres capacidades: libertad, amor y creatividad. Y el sentido de la vida es desarrollar esas capacidades y convertirlas en realidades, y no solo en las actividades artísticas mencionadas, sino también en el gran arte que aún nos está esperando para comenzar: el arte social. Un arte social que implica que seamos capaces de desarrollar en la vida educativa, política y económica los tres ideales de los griegos: verdad, belleza y bondad. Educar en la búsqueda de la verdad, enseñando a abrir la mente y no apegarse a los pensamientos previos sino a escuchar los ajenos. La belleza implica armonía, equilibrio, proporción; pues llevar a la vida política y jurídica esa armonía y ese equilibrio. Y en la vida económica descubrir que existe un principio de dependencia mutua, nadie es autosuficiente; la ropa que vestimos, los zapatos que llevamos, la comida que hoy hemos tomado, todo lo han hecho otras personas para cubrir nuestras necesidades. Por tanto, del principio de dependencia mutua solo surge un principio que tenga sentido y lógica: el apoyo mutuo. No podemos seguir educando pensando en las notas, en la competitividad y en la búsqueda del máximo beneficio personal. Lo venimos haciendo desde hace décadas y no funciona, ha llegado el momento de rectificar; el hombre postmoderno ha fracasado, ha llegado el momento de dejar paso al hombre sin adjetivos, al ser humano capaz de ser libre, de amar a los demás y de desarrollar la creatividad no solo en la tecnología sino en la resolución de los conflictos sociales. Al verdadero ser humano con todo su potencial aún no lo hemos visto, pero está presente, está latente; no queramos ahora sustituirlo por un ser posthumano, al igual como quisimos desarrollar un ser postmoderno: no funciona.



Kant



RAFAEL MONZÓ

Médico de familia, despertó su interés por la psicoterapia, a través del Prof. Dr. Miguel Rojo Sierra, quien desde la Cátedra de Psiquiatría, le inyectó su entusiasmo y admiración hacia C. G.Jung y su orientación psicológica, y después del periodo que pasó como médico residente en el Hospital Psiquiátrico de Reus, de orientación Psicoanalítica Institucional, contactó en Suiza con José Zavala, Dieter Baumann y Marie-Louise von Franz. Entre otros de sus escritos se encuentran, Panorámica actual de la obra de Carl Gustav Jung, o el trabajo que fue publicado en EEUU, La Dama de Elche y el Santo Cáliz de Valencia.

Una enigmática imagen conocida como Angelus Novus, realizada por Paul Klee durante el periodo de entre guerras, acompañaría a Walter Benjamín a lo largo de su vida, como un ángel custodio que guió sus pasos a través de aquella oscura etapa de la historia, en la que tantas lágrimas serían derramadas y tantos seres humanos fueron inmolados. Benjamín encarnando el espíritu del hombre moderno, se enfrentó al enigma del progreso humano, en una lucha de opuestos a vida o muerte, entre el sinsentido y la esperanza. Buscó su lugar entre las ruinas de aquel deshumanizado universo, pero sin alcanzar a vislumbrar el punto de equilibrio entre su mundo interior y el mundo exterior. En su desesperada huida del régimen nazi, Benjamín tomó la decisión de suicidarse, su última voluntad sería, que aquella acuarela que tan preciada sería para él, pudiese llegar a las manos de su amigo Gershom Scholem, que llegaría a ser el más grande estudioso de la mística judía del pasado siglo. Hoy Angelus Novus considerada una de las más preciadas joyas del Museo de Israel en Jerusalén, continúa expectante desde allí custodiando para todos el advenimiento de lo nuevo.

Mijail Gorbachov, recibió el premio Nobel de la Paz en 1990, sus reformas traerían consigo el final de la guerra fría, la caída del Muro de Berlín, y la democracia en el mundo, daría un enorme paso hacia el futuro, superándose definitivamente una de las grandes secuelas de la segunda Guerra Mundial, cuya infinidad de atrocidades culminaron con aquella doble y terrible tragedia de Hiroshima y Nagasaki. El doloroso recuerdo de sus gentes, no ha podido neutralizar todavía las dieciséis mil bombas nucleares, que esperan llegar a ser abolidas por la sensatez humana, pero afortunadamente numerosos activistas hoy

en día, no están dispuestos a olvidar aquella inhumana tragedia. Sin embargo tras la furia desatada por aquel dios de la tormenta, que con tanta crueldad asoló el planeta, también llegó hasta nosotros un nuevo espíritu del tiempo, que trajo consigo la esperanzada creación de instituciones internacionales como la ONU, para que futuras generaciones no llegaran a conocer nunca más los horrores de una guerra, o también la UNESCO que a través de la ciencia, la cultura y la educación, se propondría la tarea de sembrar la paz en la mente de los hombres.

Pero sin embargo aún hoy día en Israel, que podría ser tomado como el símbolo de las contradicciones de nuestra civilización, la razón de estado, indiferente a la misericordia humana, con la frialdad de un régimen de ocupación, respalda asesinatos extrajudiciales, la ocupación de territorios, el apartheid y otras atrocidades, al igual que poco antes tuvieron que sufrirlo las gentes de Sudáfrica, hasta que finalmente llegara a triunfar entre ellos el espíritu de la concordia. Es ese mismo espíritu, aquel que espera a las puertas de Jerusalén, para poder llegar a florecer también en aquella milenaria ciudad, allí donde el misterio de la historia ha querido concentrar y entrelazar el sedimento de tres culturas monoteístas, que hijas del patriarca Abraham, y bajo el temor al lado masculino de dios, también algún día unidos en la misericordia tendrán que preparar el advenimiento de su lado femenino.

En el ámbito de la política internacional, Fukuyama, vislumbró hace décadas el fin de la historia y vaticinó una sociedad democrática con economía de mercado. Primero fue China y ahora también Cuba, quienes finalmente aceptaron las reglas de la economía, pero en ellos queda pendiente aún el problema de la dignidad y del respeto de

los derechos humanos, al igual que sucede en los países árabes y en otros lugares, a la espera del triunfo de aquel principio humanista que proclama que no hay nada por encima del hombre ni ningún ser humano por encima de otro.

También Tíbet y Corea del Norte representan entre otros, puntos oscuros que concentran en ellos las contradicciones de un mundo sin sentimientos. Como también lo es la locura del fundamentalismo Islámico, que pretende empujarnos al pasado en la era de Internet. Representan ahora desde el apocalíptico 11S, el rostro del lado oscuro de occidente, una lacra creada y alentada por la ciega codicia del espíritu colonial, que alienta los intereses económicos de grandes corporaciones, utilizando la hipocresía del ámbito político y la manipulación de los medios, al servicio de intereses geoestratégicos, de especulación y explotación de las materias primas. Sobre semejantes principios sin ética, se cimenta la estupidez humana y su carrera armamentística, ahora somos capaces de arrasar la vida entera de nuestro planeta, con el preciado fruto que durante milenios, la creación humana fue cosechando con tanto sufrimiento.

Ante este panorama necesitamos nosotros, pero aún más los jóvenes, no perder la conexión con la historia, ni con nuestra realidad actual, si queremos llegar a vislumbrar un camino de esperanza. Generación tras generación, se fueron formando los eslabones de esa larga cadena que nos trajo hasta el amanecer del Mundo Moderno, que para algunos daría comienzo con el célebre enunciado de Descartes “pienso luego existo”. Así despertó el Siglo de las Luces, y de la Diosa Razón entronizada en Notre Dame de París, inclinando la balanza hacia la unilateralidad de la

razón y el intelecto. Pero el progreso tomado en las manos del positivismo científico, terminó alejando peligrosamente al ser humano, del ámbito de sus vivencias interiores y de los valores del sentimiento diferenciado, en donde asientan los fundamentos de las decisiones éticas.

De esta manera se fue imponiendo con el paso del tiempo, un mundo polar entre la American way of life y la utopía marxista, pero en ambos lados, frente al sofocado eco de la voz interior, de los valores éticos y de la conciencia individual, se impuso una fascinación extrovertida que fue exaltando hasta el extremo los valores materiales. La oposición entre lo colectivo frente a lo individual, entre lo profano y lo sagrado, condujo al ser humano a tener que enfrentar el conflicto, entre el misterio finalista de la existencia, y el nihilista vacío existencial, sembrado en occidente con la idea de la muerte de dios. Nietzsche, a quien algunos consideraron el precursor del hombre moderno, culminaría el drama de su propia vida con la pérdida de la razón. En el año 2002, promovido entre otros por Álvaro Mutis, un nutrido número de intelectuales y artistas, firmaron un manifiesto contra la muerte del espíritu, aquello que por definición se opone a la materia. En él se denunciaba un estilo de vida que solo valora la técnica y el dinero, una sociedad de producción y consumo obsesionada por la banalidad y la diversión, en la que se degrada el arte como pura mercancía, y que con indiferencia y pasividad aleja de toda trascendencia que busca interrogarse sobre el sentido y el fundamento de la existencia humana.

Una fiel imagen de esa misma realidad, se encuentra reflejada en el cuadro *L'homme postmoderne*, y ha sido precisamente esta obra, fruto del genio creativo de Antonio Camaró, un pintor contemporáneo que permanece

atento a las demandas de su mundo interior, aquella que ha servido de fuente inspiradora para las reflexiones de los autores que representan a un amplio espectro de la cultura, cuyas contribuciones componen este libro de ensayo.

En contraste con el mundo despojado de misterio, a lo largo de la historia nos encontramos sin embargo, con el inabarcable testimonio que la vida del espíritu ha legado a la humanidad. Mircea Eliade, con su Tratado de las religiones publicado en 1949, llevo a cabo una de las más importantes realizaciones culturales de nuestro tiempo, que culminó con su monumental obra de la Historia de las creencias y de las ideas religiosas, primero en la Universidad de Bucarest, luego en Paris y finalmente desde 1957 en Chicago. Así se llegó a consolidar una nueva ciencia, de aquella anterior mezcla que formaban la arqueología, la antropología y la etnología, y desde su cátedra sin perder de vista la unidad profunda e indivisible de la historia del espíritu humano, ofreció las claves para el estudio y la comprensión del fenómeno sagrado, y la inabarcable variedad de sus expresiones. Él demostró cómo desde el neolítico, los actos humanos se llenaron de valor sacramental a través de símbolos, mitos y ritos, y como a lo largo de la historia se ha manifestado un lento proceso de renovación, que acontece después de profundas crisis, alumbrando uno tras otro nuevos valores religiosos, que a su vez después vuelven a oscurecerse con su ocaso.

También otros investigadores, como por ejemplo Karl Kerényi, estudioso de la mitología Griega, Gershom Scholem en la mística judía, Henry Corbin en la filosofía, espiritualidad y mística Islámica, o Rene Guenon entorno a las religiones orientales y su simbolismo, así como los

numerosos participantes del Circulo de Eranos en Suiza, que reunio en torno a C.G. Jung, durante décadas a grandes personalidades del ámbito científico y filosófico, han contribuido enormemente a la comprensión de los fenómenos espirituales y su influencia cultural.

Otros filósofos, escritores y visionarios, como Allan Watts o Adous Huxley con su célebre Filosofía perenne, en contraposición a la deriva de la sociedad materialista y tecnificada, trataron de rastrear experimentalmente el fenómeno intemporal de las vivencias místicas, del misterio de lo numinoso, de aquella realidad psíquica que cuando llega a ser experimentada, al mismo tiempo que atrae, también aterrera. Ellos en su búsqueda abrieron las puertas a las vivencias psicodélicas y a los estados alterados de conciencia, he intentaron experimentar en sí mismos de manera directa la vivencia de lo trascendente, aquellas experiencias intemporales, capaces de iluminar y llenar de sentido, unidad y plenitud a la existencia humana.

Otro hombre, profundamente religioso a la vez que científico, como fue Theillard de Chardin, a quien se enfrentó la ortodoxia religiosa y científica de su tiempo, en su esperanzado intento de conciliar la fe y la razón, alcanzó el vislumbre de una nueva concepción finalista de la evolución humana, ligada a la dimensión del tiempo como actor principal, que guiaría al logro de mayores niveles de conciencia y de complejidad, conduciendo a la Humanidad hacia una colectividad armonizada y unificada de reflexiones individuales y de conciencias, como una unidad cósmica viviente. Se podría decir que su visión se encuentra en sintonía con la dimensión abierta por nuestro universo digital, que él no pudo llegar a conocer.

Desde la filosofía de la ciencia y el racionalismo crítico, ante la crisis del pensamiento occidental, las ideas de Karl Popper llegarían a inspirar también a la sociología y la política, mediante sus aportaciones sobre la teoría de la falsación, y el punto de vista que considera que los datos inesperados, que refutan las teorías, conducen a nuevos ámbitos y obstáculos de una mayor complejidad.

Pero ha sido en el campo de la Matemática y de la Física donde la modernidad se ha encontrado frente al enorme reto que supone el abismo cuántico. Albert Einstein con su teoría de la relatividad, la desintegración del átomo y las posteriores aportaciones de la nueva física, han situado a la conciencia cartesiana y positivista frente a la paradoja que representa la concepción de la energía como onda/partícula, frente al azar o frente a la interrelación que se da entre el ámbito subjetivo del observador y el resultado de los experimentos que realiza. Concepciones teóricas como la antimateria, la totalidad, el orden implicado de David Bohm, o la teoría de la supersimetría, estimulan la búsqueda de lo desconocido y el encuentro de nuevas respuestas para los antiguos enigmas.

Wolfran Pauli, considerado uno de los padres de la física cuántica, que recibió el Nobel de Física en 1945, y Carl Gustav Jung quien descubrió la nueva dimensión psíquica que representa la concepción energética de los arquetipos del inconsciente colectivo, utilizarían modelos arquetípicos, para abordar más allá de la frontera de lo conocido, tanto el conocimiento de la materia, a través del átomo, como también el conocimiento de la realidad de la psique a través de los arquetipos. Ellos encontraron en la doble naturaleza de los números un lenguaje común. La naturaleza objetiva que se encuentra en la base de la materia y

aquella otra subjetiva en la base de la psique, en donde los números representan el arquetipo del orden. Juntos Pauli y Jung, estudiaron durante cerca de treinta años un fenómeno complementario al fenómeno de la causalidad, al que denominaron sincronicidad y en el cual se muestran vinculados en una relación de sentido, el ámbito objetivo y el subjetivo. De esta manera comenzó a afianzarse un nuevo capítulo en la historia de la ciencia, que aún no es lo suficientemente conocido, y que abre las puertas a la comprensión de una realidad unitaria donde la psique y la materia, representan diferentes aspectos de una misma realidad.

La constatación de estos fenómenos de sincronicidad, requieren de una reacción de sentimiento en el observador, y entonces curiosas coincidencias o aparentemente simples casualidades, pueden llegar a adquirir la dimensión de hechos extraordinarios y llenos de sentido. Desde el punto de vista de las funciones de la conciencia, el sentimiento viene a constituir la función opuesta al pensamiento, que es la que ha sido predominante en nuestra sociedad patriarcal occidental. Son estas dos funciones junto a la percepción y la intuición, aquellas que representan las cuatro funciones básicas de la conciencia.

En ese doble ámbito del consciente y del inconsciente es donde todos los fenómenos de la psique encuentran su lugar de manifestación. C.G. Jung, realizaría su trabajo pionero de experimentación, en esa dimensión desconocida del inconsciente, en donde descubrió mediante el test de asociación de palabras, que las mediciones llevadas a cabo de las respuestas y sus correspondientes manifestaciones somáticas, constataban la existencia de complejas estructuras emocionales autónomas. Fueron estas inves-

tigaciones con el tiempo las que también dieron lugar al desarrollo de lo que hoy conocemos como el detector de mentiras. Jung prosiguió con la observación empírica de las manifestaciones de esas fuerzas emocionales o contenidos autónomos, que son experimentados como una realidad subjetiva, que no se dejan someter a la voluntad del yo, y que se expresan en forma de imágenes tanto en las fantasías, en los sueños o en las visiones, y también patológicamente cuando emergen como contenidos que avasallan la conciencia. Más allá de la superficie de la psique, que constituye el inconsciente personal vislumbrado por Freud, Jung llegó a constatar la existencia también de una parte de la naturaleza, una profunda “matriz viviente” en la psique, a la cual denominó como inconsciente colectivo, constituida por arquetipos, que se expresan en la conciencia, mediante símbolos, que son comunes a toda la humanidad. Esta visión ha representado para la psicología actual, lo que puede ser considerada como una verdadera revolución copernicana. Porque el complejo del yo, que solo constituye una función del consciente, ha dejado de ser considerado, como el centro de la dinámica psíquica, para dar paso a la complejidad de un arquetipo central de orden y sentido, al que se ha denominado “sí mismo”, que regula todas las funciones de la psique y que paradójicamente incluye a su vez en ella, tanto la dimensión consciente como la inconsciente.

Ahora, podemos decir del inconsciente, que no se trata solamente de un concepto intelectual y abstracto, sino que cuando se mira hacia esa dimensión desconocida de la psique, nos sentimos tan pequeños, ante ese gran “misterio viviente” y ese universo inabarcable, como les pasa a los físicos, cuando miran los átomos a través del micro-

cosmos o a los astrofísicos, cuando ellos contemplan la infinidad del universo.

Todas las expresiones de la fantasía, representan manifestaciones en la conciencia de esa vida interior, que tiene su propia dinámica y que a lo largo de la historia, en las distintas sociedades humanas, se ha expresado de manera espontánea, a través de las diferentes imágenes y representaciones simbólicas, que aparecen en los sueños, los cuentos, las leyendas o los mitos, y que también han encontrado su vía de expresión en las artes y en las diversas religiones. Como descubrió Jung todos estos símbolos, que emergen de manera autónoma del inconsciente, lo hacen actuando de manera compensadora y reguladora, tanto de la conciencia individual como colectiva.

Tras la muerte de Jung en 1961, Marie-Louise von Franz, continuó profundizando en estas investigaciones, que dieron fin al racionalismo científico del siglo XIX, y que han duplicado nuestra concepción de la realidad, pero aún hoy en día, estas ideas, son tan avanzadas, que solo muy lentamente pueden ser asimiladas por la sociedad. Así por ejemplo ha tenido que transcurrir un siglo desde que Jung planteara la cuestión de la función del sentimiento o la llamada ahora inteligencia emocional, para que en la actualidad haya llegado a ser tomada en consideración en tan diversos ámbitos. También la conexión de la psicología del profundo con la física moderna y el fenómeno de la sincronicidad, requieren de una paulatina asimilación, porque en ellos se alude a cuestiones de la mayor complejidad, que están en relación con el problema de la unión, entre la psique y la materia o entre la mente y el cuerpo.

Jung trajo con su psicología una cuestión fundamental

para la ciencia de hoy, como es la necesidad de utilizar conjuntamente, tanto los argumentos intelectuales como la función del sentimiento. Fue precisamente en relación con estos mismos contenidos, que en Valencia en 1991, con motivo del 75 cumpleaños de Marie-Louise von Franz, su más estimado colaborador, el Dr. José Zavala, a quien le cabe el honor de haber traído a España, esta psicología del profundo, publicó el libro *Contribuciones a la Psicología Junguiana*, y ella misma quiso que en esa publicación, fuera incluida, su última conferencia pública, en la que ponía el acento sobre esta esencial cuestión: La rehabilitación de la función de sentimiento por C.G. Jung en nuestra civilización contemporánea#1 Es muy interesante, lo que ella escribe al final de su artículo, porque sugiere que Jung, “quizá entrará algún día en la historia, como aquel caballero anhelado que trajo de vuelta a la comunidad, la copa del Grial desaparecida, el principio femenino del Eros, una nueva forma de amor curativa, que hace entero, que no puede abolir, pero si trascender, el par de opuestos de lo colectivo-individuo”.

Esta tarea de la rehabilitación de la función del sentimiento, constituye para nuestro tiempo una cuestión decisiva porque está relacionada con el principio femenino, y con el principio del Eros, considerado el principio de la relación, y por tanto aquel que permite realizar la unión de los opuestos, tanto con el mundo exterior, como con el ámbito de nuestras vivencias interiores, y porque la función del sentimiento es la función de los valores y por ello participa de manera esencial en la toma de las decisiones éticas, y al mismo tiempo también es aquella que nos permite orientarnos en el inconsciente.

Así pues la psicología actual nos muestra que es impres-

cindible, para el avance ético de la sociedad, y también como una cuestión de supervivencia, llegar a establecer una nueva alianza, entre la razón y los valores del sentimiento, porque cuando estos se encuentran disociados, irrumpen en la conciencia de forma negativa, contenidos autónomos inconscientes, tal como el genio de Goya, fue capaz de representar en su célebre gravado, *El sueño de la razón crea monstruos*. La historia de la Humanidad, está llena de estas terribles pesadillas, como así fueron las cruzadas, la inquisición, el colonialismo, la esclavitud, las guerras mundiales, los campos de concentración, la bomba atómica, los conflictos en Oriente Medio y un largo y trágico etc.

Einstein dijo con ironía, que era más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio, y planteo que si con la teoría de la relatividad, había cambiado para siempre nuestra concepción de la realidad, ahora también tendríamos que cambiar por ello, nuestro modo de pensar, porque de lo contrario, llevaríamos al mundo a una total destrucción. Así pues se ha vuelto ahora ya una necesidad, el tener que asumir el reto y la tarea de reinterpretar los hechos de la historia y de la cultura, desde una nueva perspectiva, y para ello necesitamos desarrollar, un nuevo tipo de pensamiento más completo, que incluya también la función del sentimiento, y del que podría decirse que sería un modo de pensar también femenino, con Eros, un tipo de pensar simbólico y sincronístico, que nos pueda ayudar a orientarnos mejor ante la realidad y sus necesidades, que permita poder interpretar aquellos símbolos, que al emerger del inconsciente pueden ser capaces de llenar de sentido la vida individual y la vida colectiva.

Este proceso de confrontación con los contenidos incons-

cientes que emergen de manera autónoma a la conciencia, lleva al individuo de forma natural a tener que soportar una incómoda tensión de opuestos, ante la cual el impulso espontáneo quisiera dejarse llevar hacia la unilateralidad, bien en forma de una represión o bien mediante la identificación con uno de sus extremos. Pero la actitud de mantener la tensión de opuestos de manera consciente y adecuada, durante el tiempo suficiente, conduce al desarrollo y la madurez psíquica, y a lo que Jung dio en llamar el proceso de individuación, el cual se ve acompañado en su trascurso por la aparición de símbolos de unión y de totalidad. Su célebre Libro Rojo, que rodeado de polémica fue recientemente publicado en Suiza en diferentes idiomas, refleja este misterioso acontecer, de cómo las imágenes interiores que emergen a la conciencia como una suerte de revelación individual, conducen el devenir psíquico de la autorrealización. Jung dejaría su testimonio, que toda la fuerza creativa de las imágenes expresadas en aquellas páginas, que fueron recogidas durante más de tres lustros, y que comenzó a escribir y a dibujar con el inicio de su crisis personal, tras abandonar la relación con Freud y tener que tomar su camino independiente, constituyeron el germen o la prima materia, de lo que más tarde llegaría a ser la totalidad de su obra y de su vida, una obra colosal que recoge en casi treinta volúmenes sus ciento setenta escritos y algunos de los seminarios que impartió.

Poco después de que tuviera lugar la explosión de la bomba atómica, Jung declaró, “en la actualidad el mundo pende de un hilo delgado, que es la psique del hombre, porque el mundo ahora puede ser destruido por él”. En el año 1947, tras la creación de la UNESCO, le fue solicitado a Jung un memorándum con motivo de la Conferencia sobre méto-

dos para un cambio de actitud que conduzca al entendimiento internacional, que se organizó en Royaumont, cerca de Paris#.2 Sin embargo, su escrito no llegaría a ser incluido entre la documentación para la conferencia. Al final de su vida Jung confesó que se sentía decepcionado porque el mundo no estuviera aún preparado para captar la trascendencia de la visión psicológica, el valor primordial del individuo, la importancia de la educación y desarrollo de la conciencia del ser humano individual, como las cuestiones fundamentales que según su opinión, eran la única garantía de supervivencia para la Humanidad, porque estaba convencido que cuantos más individuos hubiera capaces de aguantar en ellos mismos la tensión de los opuestos, menos posibilidades habría de que en un futuro pudiera llegar a acontecer el drama una tercera Guerra Mundial.

Pocos días antes de su muerte en 1961, Jung tuvo una visión que anotó en una hoja y la entregó a su secretaria para que se la hiciera llegar a Marie-Louise von Franz#.3 En su parte central, había trazado una línea vertical y al pie de la página escribió: “Los cincuenta últimos años de la Humanidad”.

Existe un conocido paralelo de este motivo de la línea vertical, que se encuentra en el libro VI de República, de Platón, en él se refiere al Símil de la Línea, para explicar el núcleo fundamental de su filosofía, que era la distinción entre dos niveles de realidad, por un lado “el mundo inteligible de las ideas”, que estaba situado en la parte superior y “el mundo sensible material”, situado en el polo inferior, y sobre esta línea ordenaría luego su propia visión del mundo en distintos niveles, sometidos a una jerarquía, en la cual Platón situaba en el lugar más elevado “la idea suprema del Bien”.

El eje vertical, es también una conocida manifestación en distintas culturas, del arquetipo del Axis Mundi, la representación de un eje virtual que une el cielo con la tierra, y que constituye la más universal pareja de opuestos. Las montañas o las numerosas construcciones como las pirámides, zigurats, torres, campanarios, minaretes, monolitos, columnas o también la herma griega, son entre otras las representaciones simbólicas de este mismo arquetipo. En el tantrismo, este motivo simbólico del eje axial, corresponde al cuerpo humano, a la columna vertebral que representa el soporte de la verticalidad, porque mantiene al hombre con los pies en la tierra y la cabeza en el cielo. Para Jung, la verticalidad era considerada una representación de la consciencia, porque daba altura y profundidad sobre la horizontal, al emerger de la tierra, que podría decirse que permanece ligada a la inconsciencia. También en la arquitectura y el arte contemporáneo pueden encontrarse bajo diferentes formas, numerosos ejemplos de este motivo arquetípico. Un psicólogo contemporáneo, Antonio Blay que basaba en su propia experiencia el desarrollo de lo que él llamaría, la psicología de la autorrealización, planteaba que el ser humano tendría que desarrollar una “conciencia axial”, que fuera capaz de unificar en sí misma el pensar, el sentir y la acción.

Claro que esa visión de los últimos días de Jung, aludía a una imagen simbólica, afortunadamente terminamos de celebrar hace poco el cincuenta y cinco aniversario de su muerte. Si tomamos desde el punto de vista simbólico el número cincuenta, alude al motivo de la unión de opuestos, del matrimonio, como así aparece por ejemplo en el mito griego de las bodas de las cincuenta hijas del rey Danaó, que fueron obligadas a casar con cincuenta primos

egipcios, y que relata Esquilo en su obra Las Suplicantes, pero en aquel drama, de todas ellas tan solo Hipermestra, que llegaría a sentir un verdadero amor por su esposo, alcanzaría la protección de Afrodita.

Si tomamos en consideración la visión que tuvo Jung, las amplificaciones de los motivos simbólicos de la imagen arquetípica del Axis Mundi, así como del número cincuenta, y el desarrollo de su psicología que sitúa en el lugar central al individuo, es muy interesante considerar una sorprendente sincronización, que tuvo lugar precisamente pocos meses antes de cumplirse el cincuenta aniversario de la muerte de Jung, en febrero de 2010, cuando sucedió la significativa coincidencia, que una singular obra de arte llegase a alcanzar de forma inesperada, el mayor precio que hasta el momento nunca se había llegado a pagar en una subasta por una escultura. Aquel acontecimiento tuvo lugar en Sotheby's, donde se adjudicó la obra por 104,3 millones de dólares. La obra pertenecía a la etapa de madurez del pintor y escultor suizo Alberto Giacometti, denominada L'homme qui marche, que existe en varias versiones y que representa el cuerpo estilizado de un hombre que camina.

Ese intento de unificar los opuestos, como son la razón y el sentimiento, la naturaleza y el espíritu, o aquello que se pretendía alcanzar en la alquimia medieval, la obtención del elixir de vida o la piedra filosofal a partir de la unión de opuestos irreconciliables, ha sido una búsqueda permanente a lo largo de la historia, y también lo encontramos por ejemplo en el siglo XII en Córdoba durante el esplendor de la cultura Hispano-Musulmana, en donde se llegó a desarrollar la más alta concepción del ser humano, como fue expresado por Ibn Tufail, en El Filósofo Autodidacta,

o por Averroes, que representa la cima de la filosofía islámica, y que mantuvo una valiente actitud crítica con la ortodoxia musulmana, que escribió un tratado sobre La armonía entre la Filosofía y la Religión, situándose frente al mismo dilema que nos encontramos ahora nosotros al comienzo de la Era Digital, cuando nuevamente, ante nuestro paradigma, las ciencias de la materia y la psicología del inconsciente, frente a frente están llamadas a tenerse que entender. El reto del hombre postmoderno, es llegar a realizar una nueva alianza entre los argumentos intelectuales y aquellos otros valores, que pertenecen al ámbito de los sentimientos, para llegar a desarrollar una actitud ética, algo que solo se podrá llegar a realizar a través de la experiencia individual y subjetiva.

Esta singular escultura de Giacometti que representa la estilizada silueta del hombre solitario que camina, y que soporta en sí mismo la tensión de los opuestos, podría ser tomada como una representación del hombre postmoderno, aquel ser humano que paradójicamente ha comenzado también a habitar en una nueva dimensión virtual, que trae consigo cambios, evolución social y tecnológica, una nueva revolución digital, que nos acerca de manera concreta a la relatividad de tiempo y espacio, y por ello también a la desconocida y misteriosa dimensión de la psique. Un ser humano más completo, que en el sendero de la individuación, está dispuesto a dejarse guiar y conducir por el inconsciente en el renovado camino del Grial, dirigiendo sus pasos como un nuevo peregrino, hacia la búsqueda interior y de su símbolo personal.

Una importante filósofa valenciana, Rosa M^a Rodríguez Magda, que acuñó el nuevo concepto de transmodernidad, escribió en uno de sus trabajos titulado Hacia una

crítica de la razón digital, que “frente al ciberespacio, nosotros representamos ahora, una nueva ciudadanía, ante un nuevo continente, en donde de manera paradójica, la ciencia, la mística y la poesía, se han vuelto extrañas aliadas”.

NOTAS

- 1 Contributions to Jungian Psychology Festschrift to 75th Birthday of Marie-Louise von Franz. Victor Orenga, Editores, Valencia, 1990.
- 2 La Vida Simbólica. C.G. Jung, Obra Completa, vol. 18/I. Ed. Trotta, Madrid, 2009.
- 3 Matter of heart, 1986.
- 5 El billete de 100 francos suizos muestra un retrato de Alberto Giacometti (1901-1966). Principalmente fue un escultor aunque también pintaba cuadros. Perteneció a una dinastía de artistas, hijo del pintor Giovanni Giacometti (1868-1933), primo de Augusto Giacometti (1877-1947); Bruno Giacometti (1907-2012), arquitecto e hijo de Giovanni; Diego Giacometti (1902-1985), escultor y diseñador, hijo de Giovanni.
- 6 Ponencia leída en el curso “Cultura digital y ciudadanía”. Universidad Autónoma de Madrid, 12 de julio de 2004.



GOTZONE MORA

Ejerció la docencia entre 1978 y 2006. Es experta en flujos migratorios y movimientos sociales. Fue profesora de Sociología de la Universidad del País Vasco hasta 2006. En el año 2002 fue uno de los 42 profesores de la UPV que firmaron un manifiesto denunciando que en ésta actuaba una «red mafiosa que apoya, justifica y explota el terrorismo en su propio beneficio, sin que su colaboración con ETA haya sido perseguida como se debe». Fue concejal socialista hasta 2007 en el municipio vizcaíno de Guecho. En marzo de 2008 fue expulsada del PSE-EE por pedir el voto para el Partido Popular. En la actualidad es secretaria autonómica de Solidaridad en la Comunidad Valenciana. Colabora como tertuliana en el programa La Linterna de la Cadena COPE.

EL TRÁNSITO DE “LO SÓLIDO” A “LO LÍQUIDO” EN EL ARTE PICTÓRICO DE ANTONIO CAMARÓ

Introducción

Hace, aproximadamente tres décadas, Alvin Toffler publicó un texto titulado “La Tercera Ola” en el cual manifestó su percepción acerca de un nuevo modelo de sociedad, en el que expresaba lo siguiente: “la humanidad está entrando en un extraordinario proceso de cambios que afectan a la institución familiar, a la producción, la energía, a las comunicaciones, a la economía, al comercio, al arte, al transporte y al trabajo”. Actualmente, dichas transformaciones pueden percibirse con mayor nitidez puesto que, paulatinamente, han venido modificando nuestras formas de nacer, vivir, aprender, pensar, comunicarnos, trabajar y de morir .

En lo que respecta a la nueva sociedad, Ulrich Beck, llegó a considerar que en el imaginario colectivo, poco a poco, venía produciéndose “un derrumbe de lo que, hasta ese momento, se había valorado como evidencias básicas”. Ante dicho fenómeno se requería que la ciudadanía fuese interiorizando las transformaciones respecto a la que Beck denominó “Modernidad Reflexiva”. Ahora bien, para llegar a interiorizar dicho contexto se requería un periodo de tránsito, en el cual iban a convivir por un tiempo los dos modelos. Ulrich Beck lo expresaba de la siguiente forma: “Aunque esta ambivalencia resulta llamativa, lo que para unos se aparece como decadencia y crisis, a otros se les antoja como un impulso hacia nuevas riberas”. Dicho proceso transicional, donde conviven estos dos tipos de apreciaciones, ha creado un contexto y un texto donde, de momento, el ser humano se encuentra perplejo, ausente, desorientado, pasivo, solo ante los cambios, características que pueden observarse en el personaje de la pintura de Antonio Camaró en cuyo análisis profundizaré posteriormente.

Volviendo a U. Beck, los términos que utilizó en el título de su obra “Modernización Reflexiva” pretendían significar: autotransformación; o sea disolución y sustitución de la primera modernidad por la segunda cuyos contornos y principios resulta necesario conocer y normativizar. Explica Beck “las grandes estructuras y semánticas de las sociedades industriales nacionales se han venido transformando, desplazando, rehaciendo y lo hacen en un sentido radical; de ninguna manera (...) de un modo necesariamente consciente y voluntario, sino más bien irreflexivamente, involuntariamente, justo con la fuerza de “efectos colaterales” encubiertos. Los efectos son, en primer lugar, inseguridad; en segundo, politización; en tercero, una lucha por (nuevas) fronteras. Si se expresa en dicotomía, se puede decir: seguro – inseguro, político – apolítico, interior – exterior, estos términos pueden convertirse en nuevos principios guías de la modernidad reflexiva, mediante los cuales se pueden formar o reconstruir estructuras y líneas de conflicto”. (Ulrich Beck “Reflexive Modernisierung” en Archplus nº 146, abril 1999, págs 18 y ss.).

En este sentido, también Anthony Giddens se posiciona al respecto “Somos la primera generación que vive en un orden postradical de dimensiones cosmopolitas”. Este científico social ha reflejado en sus obras que, en este último periodo de la historia de la humanidad, estamos viviendo en “un mundo que nos ha cogido por sorpresa. Sorpresa que nadie previó”.

Nos sorprendió la caída del Muro de Berlín y lo que supuso en relación con el desmoronamiento de la Unión Soviética, acontecimiento que nadie previó. Nos turban las crisis socio-económicas y sus consecuencias, crisis que nadie previó. Además, nadie previó las profundas transforma-

ciones políticas, humanas y sociales, a consecuencia de la utilización de las nuevas Tecnologías para la Comunicación y el Conocimiento, las cuales han cambiado hasta lo más íntimo de nuestras vidas. Es más, vivimos en un mundo del que tenemos sensación de inseguridad respecto a nosotros mismos, a nuestras vidas individuales y a lo que debiéramos alcanzar. Un mundo que, incluso, se escapa de nuestro control. Todavía actualmente, la sociedad humana en su conjunto no tiene clarificado hacia dónde nos conduce el desarrollo tecnológico informacional.

En ese sentido, otro de los científicos sociales que abordó esta nueva fase de la historia de la humanidad ha sido Zygmunt Bauman quien la denominó “Modernidad Líquida”. En un principio, este científico social, expuso las diferencias entre la “modernidad sólida” propia de la sociedad industrial, identificada por su persistencia en el tiempo, motivada por el orden y el progreso, defensora de los derechos humanos, de los valores y de la ética del imperativo kantiano, estable, basada en el Estado-Nación en “lo político”, con relaciones de alteridad, es decir, cara a cara, etc.; a otro tipo de sociedad a la que designó el concepto de “modernidad líquida” como figura del cambio. Esta última, estaba cimentada sobre la tecnología digital, se manifestaba de manera flexible, individualista, sin certezas, que tipificaba al “otro” como extraño, de relaciones humanas volátiles, transitoria y con unas estructuras sociales que no permanecen el tiempo necesario para poderse enraizar y plasmarse en “el actuar” de los actores sociales. Para clarificar ambas, Bauman escribe “lo sólido conserva su forma y persiste en el tiempo: es duradero; mientras que lo líquido es informe y se transforma constantemente: fluye”. (Bauman, Z. “Modernidad Líquida” 2003, F.C.E. México, pág. 52).

En su obra “Vida Líquida” (2006) sigue profundizando en las características de la sociedad actual, expresando lo siguiente “la velocidad, y no la duración, es lo importante. A la velocidad correcta, es posible consumir toda la eternidad dentro del presente continuo de la vida terrenal”.

En otra de sus publicaciones y con el intención de ahondar en la significación de “modernidad líquida” la define como “una condición en la que las formas sociales, es decir, las estructuras que limitan las elecciones individuales, las instituciones que salvaguardan la continuidad de los hábitos, los modelos de comportamientos aceptables, ya no pueden, ni se espera que puedan, mantener una forma más tiempo, porque se descomponen y se derriten” (Bauman, Z. “Tiempos líquidos” 2009, Tusquets, pág. 7).

Desde un tiempo a esta parte, la modernidad líquida se encuentra en la fase de tránsito, donde han ido penetrando sus principios, a la vez que difuminándose los referentes anteriores; es decir, aquello en lo que los seres humanos teníamos establecidas nuestras certezas.

El contenido de lo expuesto en los párrafos anteriores podría resumirse en las respuestas a tres preguntas: 1ª) ¿qué se disuelve? Una sociedad industrial lineal y unas identidades sociales que fueron conformándose en la sociedad moderna industrial. En la fase actual de tránsito 2ª) ¿qué se derrumba? Evidencias básicas del pensamiento y de la interacción humana. Ello supone cambios profundos, nuevas inseguridades, novedosas fragilidades ya sean en las condiciones sociales como en las biográficas. 3ª) ¿Qué surge? Una nueva sociedad tecnológicamente informacional digital, en la cual, según Bauman, la identidad se recicla, es pragmática, la ciudadanía se ha vuelto adicta a

la seguridad y donde, según el Dr. A. Vásquez Rocca, “Miedo es el nombre que damos a nuestras incertidumbres: a nuestra ignorancia con respecto a la amenaza y a lo que no se puede hacer para detenerla o para combatirla”.

El Tránsito de “lo Sólido” a “lo Líquido” en la obra pictórica de Antonio Camaró

En el arte pictórico contemporáneo, como en el cine, la literatura, la ciencia, etc., se interacciona presencial y virtualmente a través de dos nuevos conceptos: líquido y efímero. Estos términos, por sus características, exigen actualmente la necesidad de ser pensados, explicados y divulgados entre la ciudadanía universal y local. Otro de los elementos a incorporar para potenciar dichas reflexiones, es la importancia de la interdisciplinariedad ya que desde la misma se abarca y profundiza en los hechos sociales, desde miradas y disciplinas diferentes pudiéndose alcanzar un conocimiento más complejo. A este respecto, Z. Bauman, considera que esta manera de proceder puede corroborar las causas por las que un mundo se desvanece, el de la “modernidad sólida” y que otro emerge la “modernidad líquida”. También debe tenerse en cuenta en el análisis que, entre un mundo y otro, se produce un periodo de tránsito el cual debe ser identificado y explicado para tratar de evitar entre los ciudadanos consecuencias no deseadas. Es la fase de transición, donde convive un mundo moderno industrial con otro tecnológico informacional, la que magníficamente describe la obra pictórica de Antonio Camaró.

Analizando la lámina en su conjunto, el autor dibuja el desvanecimiento de la “modernidad sólida”, es decir, de

la producción industrial, epistemológicamente weberiana, kantiana, donde se ensalza la esencia del ser humano, que recoge la idea de dignidad humana como metaconcepto, (l’homme, Kant, Le Monde), de los orígenes cristianos (pez dibujado en la botella sobre la mesa), de los derechos humanos y de los valores. Conviviendo con los rasgos anteriores, en la pintura de Camaró se presenta el arraigo de nuevos tiempos denominados por Bauman como “modernidad líquida” (LIQUIDE escrito en el cuadro) donde los vínculos sociales son débiles y la individualidad es una de las premisas más extendidas. Esta fractura entre los dos modelos de sociedad genera múltiples transformaciones, ya sean económicas, políticas y, sobre todo, culturales, generando, en muchos de los casos, anomia y otros efectos negativos. Mundo líquido, alegoría de Zygmunt Bauman, la forma de la botella expresa el sentido de lo líquido y cambiante.

Entre una sociedad tradicional que se difumina y la sociedad moderna que emerge, la litografía también describe un período transitorio. A este respecto, en la pintura de A. Camaró, se observa la figura de un hombre que refleja la idea de cambio ya que su atuendo es clásico y su rostro joven. Esta persona mantiene una posición lánguida, la cual transmite una actitud de desencanto y soledad. El mundo clásico se erosiona ante la imposibilidad de abordar los retos de la segunda modernidad. Ello se manifiesta en el rostro de perplejidad del joven. Otro elemento a describir es la monotonía, todo es plano en vez de mostrar dimensión y profundidad. Ello remite a los conceptos sociológicos y filosóficos de “espectáculo” (G. Debord) y “simulacro” (Baudrillard) propios de la nueva modernidad donde todo son representaciones de representaciones y

donde, en estos momentos de tránsito, desconocemos “lo original” o “real”.

Por último, cabe destacar los cuadros que aparecen al fondo de la pintura de A. Camaró, uno de ellos, aquel en el que se representa a los padres, refleja el pasado el origen. El cuadro de la derecha recoge formas líquidas propiamente vanguardistas que podrían evocar el mundo cambiante donde la humanidad se encuentra perpleja ante las innovaciones.

La obra de Antonio Camaró, además de su buen hacer pictórico, supone una lección de pedagogía que nos permite conocer el “mundo líquido” caracterizado, de momento, por la fragilidad y vulnerabilidad de los individuos, por la

ausencia de referencias, basado en las redes sociales donde más que de relaciones cabría hablar de conexiones. Ahora bien, con una mirada positiva, esta nueva tipología de sociedad basada en el internet de las cosas, también nos permitirá acceder a nuevas posibilidades impensables hace escasas décadas. Actualmente, la investigación científica y las nuevas tecnologías permiten incrementar el bienestar y la salud. La movilidad, bien sea, presencial o virtual nos proporciona contactos en todas las vertientes de la vida. La educación y el porcentaje de personas que la reciben es cada vez más amplia. Pongamos límites a lo negativo y aprovechemos lo positivo de las nuevas tecnologías, de cuyo impacto en la humanidad es fiel reflejo la obra de Antonio Camaró.

Desde un tiempo a esta parte, la modernidad líquida se encuentra en la fase de tránsito, donde han ido penetrando sus principios, a la vez que difuminándose los referentes anteriores; es decir, aquello en lo que los seres humanos teníamos establecidas nuestras certezas.



A

i

o



ALEJANDRO NOGUERA

Licenciado en Historia antigua por la Université de Paris IV – Sorbonne, licenciado en Arqueología Clásica oriental por l'École Pratique des Hautes Études de Paris, Diplomado en lenguas clásicas y orientales por la Sorbonne y el Collège de France, Máster en Museología por la Universidad Complutense, Doctor en Historia Antigua por la Universidad de Valencia. Ha impartido clases en las Universidades de Valencia, Politécnica de Valencia, Cardenal Herrera-Ceu San Pablo, Universidad de Atenas y Fundación Libertas 7. Director de la Fundación Libertas 7 y de Liber, Museo de los soldaditos de plomo. Patrono de la Fundación Cañada Blanch y Directivo de la Asociación Unesco Valencia, dirige el Instituto Valenciano de Estudios Clásicos y Orientales (IVECO) y colabora con numerosas instituciones culturales, ONGs y ONLs.

Antonio Camaró, uno de los pintores valencianos más internacionales y que con más autenticidad transmiten su mensaje al público. Por su obra y sus actividades es un firme sostén de los valores sociales, de los derechos humanos y ha colaborado en diversas ocasiones con asociaciones, fundaciones y entidades defensoras de los mismos. En esta ocasión nos ofrece una vez más una obra singular: “Le monde liquide”, con un subtítulo “Kant l’homme”.

Al mirar esta obra recordaba una carta que le muestro a menudo a mis alumnos. Se trata de una de las primeras cartas conocidas de la humanidad; es la de un padre sumerio que hace más de 4.000 años le escribía a su hijo. El hijo había ido a la ciudad de Ur a estudiar para ser escriba con gran sacrificio económico por parte de sus padres. El progenitor había sabido que su hijo bebía cerveza de cebada, descuidaba sus estudios, pasaba su tiempo con malas compañías de amigos crápulas y mujeres “de mal vivir”. Le decía que el día de mañana podía medrar en la sociedad si aprendía a escribir. En caso contrario volvería al campo a arañar la tierra bajo el inclemente sol como era su caso. Finalizaba la carta pidiéndole que rezara a los dioses etc... La conclusión de todo ello que suelo indicar a mis alumnos es que el ser humano en lo más profundo no ha cambiado nada: han podido cambiar las circunstancias que nos rodean, pero nuestras necesidades, nuestros anhelos, las virtudes, los vicios, los problemas y dificultades que nos atañen no han evolucionado en lo más básico.

Así miraba yo esta obra de Antonio en la que hay un hombre sentado con la mirada al frente, perdida, la boca tensa, las piernas cruzadas y el bastón en la mano. Es un hombre elegante, parece incluso pulcro. Hablando con mi

amigo Toni le decía, “hay algo que no cuadra: este chico se ha arreglado para salir y sin embargo no lleva zapatos y sus calcetines están rotos. Asoman los dedos de los pies. Es una perfecta fachada que a medida que uno baja la vista se desmorona. Todo un símbolo del postmodernismo”.

Ejemplo de esas personas y de esa época en la que lo principal es aparentar pero tras la fachada, tras la apariencia no hay nada, todo es falso, como el papel pintado roto de la pared. Hablo de postmodernismo y sin embargo este tipo de personas y esta moda han existido siempre, probablemente desde los sumerios.

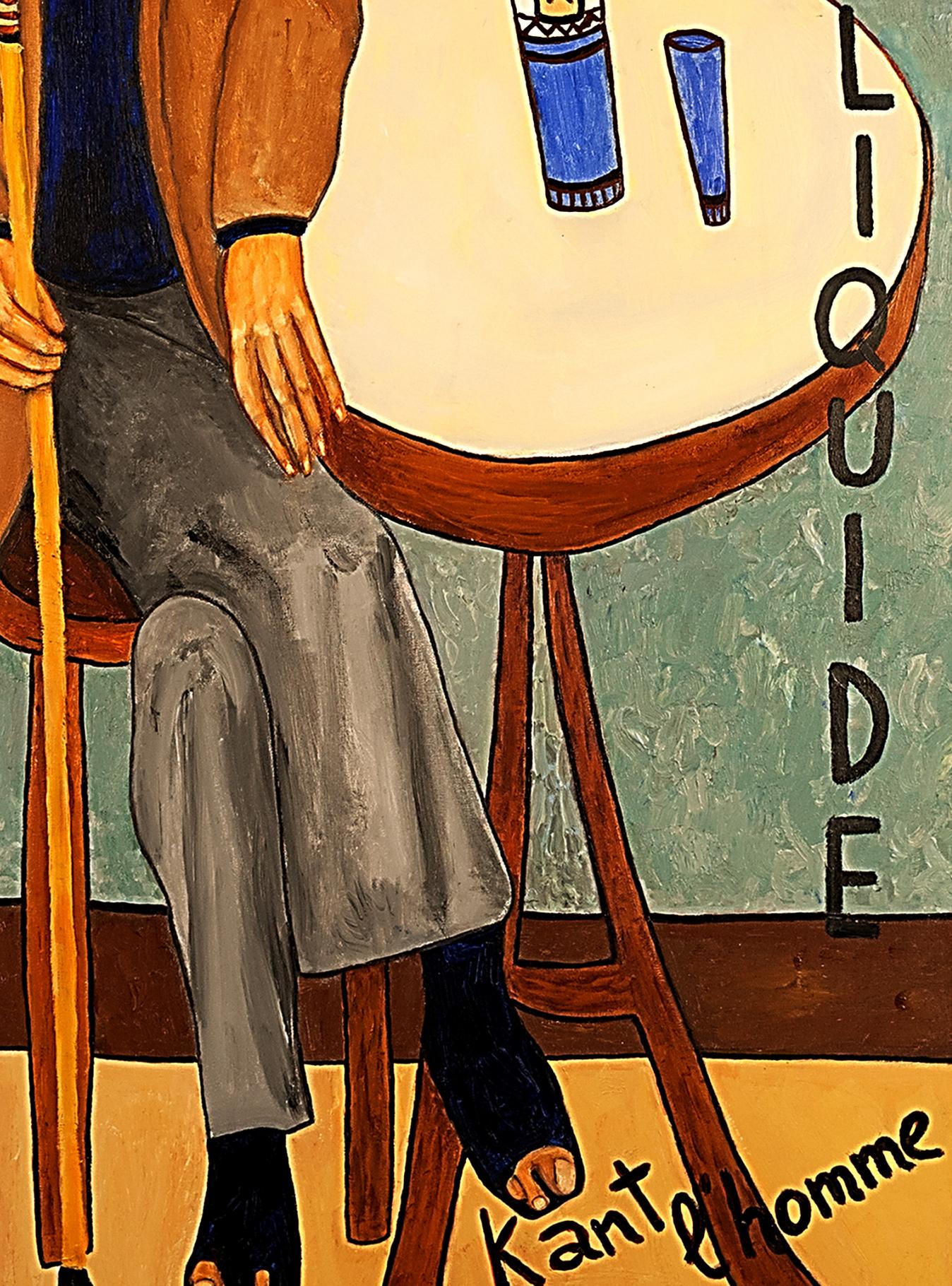
Sobre la mesa la botella se deforma hacia un cuadro que se torna líquido. Líquidos como el mundo líquido de Zygmunt Bauman quien considera que podemos tener hoy cien mil amigos en Facebook y no tener a ninguno real, quizá como el personaje del cuadro que parece muy solitario. Líquidos, como los valores de la sociedad posmoderna, que se pueden estirar a voluntad como esta botella y adaptarse a una moral laxa tras ponerles una fachada para venderse mejor pues el aspecto es lo que cuenta y no el contenido. Sociedad de portadas y no de letras, época en la que el packaging de las ideas es más importante que las ideas mismas.

El hombre de Camaró también es kantiano en la medida que es un ser racional y moral. Sin embargo se desenvuelve en su particular mundo de apariencia moral pero con sus valores líquidos es decir falta de verdaderos valores; en ese sentido transgrede al hombre moral de Kant ya que no busca mejorar el mundo y como en la posmodernidad líquida de Bauman no busca ayudar a los demás.

Sin embargo al observar a este personaje de Camaró pensé en otra interpretación personal que probablemente sea concomitante a la del autor. Tras la mirada fría y solitaria del hombre posmoderno vi a un chico desamparado que no podía comprarse calcetines al no llegar a final de mes. La fachada buscaba esconder su propia debilidad y no vender falsedad. Rodeado del mundo líquido y sin valores el hombre de Camaró espera defender su fragilidad tras la fachada del hidalgo venido a menos, con el toque señorial pero al mismo tiempo signo de flaqueza que representa el bastón, símbolo de una época caduca. ¿Espera a alguien?

Bebe agua, con un ichtios, un pescado, símbolo cristiano arcaico (otro arcaísmo) bajo el nombre de Concha (otro guiño camaroniano) en un café de aspecto provenzal de colores fauve. Mira hacia abajo a la derecha, ¿las piernas de una mujer? ¿un ratón? ¿la nada? ¿piensa en como pagar el recibo de la luz pese a su descubierto? ¿o está perdido en disquisiciones filosóficas de más altos vuelos? No lo sabremos sin embargo ya sea ángel o demonio el hombre de Antonio Camaró es el fiel reflejo del muchos hombres a lo largo de siglos, de milenios de historia y lo seguirá siendo...

**Antonio Camaró,
uno de los pintores
valencianos más
internacionales y que
con más autenticidad
transmiten su mensaje
al público. Por su obra
y sus actividades es
un firme sostén de los
valores sociales**



Kant d'homme

L-Q-U-D-E



OUKA LEELE

Es el nombre artístico de Bárbara Allende Gil de Biedma (Madrid, 29 de junio de 1957), una artista, pintora, poetisa y fotógrafa española. Fue una de los protagonistas principales de la Movida madrileña de comienzos de la década de 1980. De formación autodidacta, destacan sus características fotografías en blanco y negro pintadas a mano con acuarela. Mezcla las tradiciones españolas con un gran colorido típico de esta artista. Su obra se ha expuesto en ciudades como París, Londres, Tokio, São Paulo, Tel Aviv, Shanghái, Beijing, Roma, Buenos Aires, Colonia o Nueva York, entre otras. En 2005, le fue concedido el Premio Nacional de Fotografía.

En el cuadro hay un joven sentado en un café, o eso parece porque tiene una bebida azul y misteriosa con unos signos que algo indican, vesica piscis, alfa y omega... El principio azul.

Todo parece perfecto, pero él tiene calcetines agujereados por donde asoman los dedos y no lleva zapatos, es un hombre descalzo aunque aparenta normalidad y convencionalismo en su forma de vestir.

Se agarra a la mesa como si la fuera a tirar o como si quisiera parar el giro que hace ante él la realidad, su mirada nos hace pensar que está ebrio. El respaldo de la silla tan alto quiere también darle un soporte, al menos que no se caiga hacia atrás.

El, nuestro hombre, está en un escenario, sugerido por la cortina roja ribeteada de amarillo.

Al fondo, cuadros. Del que está más cerca de la botella y es más abstracto, caen las formas también azules como escapándose de los límites del marco y como queriendo escanciarse en el vaso. La botella tan fina y tan espiritual, está cerrada y también se inclina como si quisiera verterse en el vaso. Esa parte azul a la derecha quiere apagar la sed del personaje, que está solo y parece tambalearse por mucho que mantenga el tipo y la elegancia.

Está muy solo.

No sabemos si es consciente de que él es un actor de una obra que él no ha escrito porque no la conoce. Porque no es el autor. ¿Quién le escribe el guión minuto a minuto?

Yo, no sé por qué su cabeza está coronada por un cuadro con dos sugerentes personajes, que me llevan al Gólgota

o a un país de esos en los que Isis aparece matando a alguien. O, crucificado, entre los dos ladrones.

Mira hacia dentro de sí mismo y un ojo travieso se vira hacia la botella, creo que busca alimento espiritual, eso es lo que creo, y me acerco, me acerco y leo Concha, ¿la marca de la bebida?, ¡no!, es el nombre de una mujer (y, entonces, pienso en el pintor).

Allí, dentro de esa botella hay un líquido que atrae al personaje al único actor de esta obra. su ojo izquierdo, su brazo izquierdo, se mueven hacia el preciado líquido, y me pregunto, ¿su ebriedad se debe a que ya bebió o a que necesita beber de ese néctar porque es la misma realidad la que emborracha y el glauco líquido le ha de devolver la serenidad y la cordura?

Quiero preguntarle por qué no lleva zapatos, pero no puedo y decido preguntarme a mí misma. A mí me gusta andar descalza y envidio su atrevimiento. Ha debido de quitárselos de tanto roce, un roce que desgastó los calcetines y que empezaba a desgastar sus dedos. Ha empezado por liberar sus pies del encorsetamiento, de la convención, porque nada hay más incómodo que los zapatos y nadie lo comenta pero los niños se los quitan siempre hasta que la costumbre les crea hábito y dejan esa lucha que dándose por vencidos. Nuestro amigo ha conseguido vencerla y quiere que veamos sus pies liberados, unidos a la madre tierra, con sus orificios para que reciban el beneficioso aire. Cerca de sus pies, a su derecha, nuestra izquierda, la pared desconchada indica que la realidad no es tan segura como aparenta.

Somos agua, somos líquido nos quiere decir el cuadro, y

el agua tiene memoria, todo lo guarda, todo lo sabe, todo lo recuerda.

Creo que... ya bebió de esa botella y la mira porque sabe que le gusta el contenido.

La silla es trina en sus patas y la mesa como sin quererlo es en si misma la O y la A, alfa y omega de nuevo.

¿Su rodilla izquierda tiene una interrogación, ¿ante quien me doblego? Claramente en el lado izquierdo está la respuesta. Y todo en el lado izquierdo, el derecho de quien lo contempla, es espiritual, hasta el cuadro se desborda de creación azulada.

Somos agua, ¿es el espíritu líquido? ¿son los vapores del espíritu la última exhalación, la flor líquida? ¿Es la muerte no un final, sino una flor que se cultiva dentro de la vida?

Sus colores terrosos pues está hecho de barro, de barro es su carne, si la carne es el atuendo. También viste en la oscuridad del chaleco, un tizne azulado. Y el bastón con el que separar las aguas. Cuanto más le miro, más sediento le siento. Y quiero quitar el corcho y llenar su vaso. Antes quiero observarle un poco más y conocerle mejor.

Tal vez, el hombre percibe ese nombre de mujer en la botella, una mujer que puede guiarle, como madre, matriz y compañera hacia el espíritu, el bien, la vuela a casa, el ejemplo divino en la tierra, tierra del amor hermoso. Aquí hemos venido a vestir carne para amarnos, a través del amor conocer a Dios.

Si abriéramos la cortina y pudiéramos ver el cuadro de la derecha no sé por qué espero ver la vanidad pintada. Alguien me dijo un día y tengo todavía grabada su cara, el siglo 21 será espiritual o no será.

Pruebo a tapar su cara, primero una mitad y luego la otra y compruebo que su mirada no tiene el mismo objetivo. Y que el ojo izquierdo tiene clarísima querencia, Concha y la sagrada bebida, principio y fin de todas las cosas. Qué alegre crece hacia arriba la botella tan estilizada, como queriendo descorcharse por sí misma. Todo está vivo y el mundo es líquido. Vuelvo a mirarle, le sigo mirando y parece querer irse, apartarse de lo que de verdad le atrae, qué difícil papel le han dado en esta obra, ser normal, uno más, ser como todos, comerse los calcetines y apartarse de su origen y de esa piedra preciosa que es.

¿Qué hacer, qué hacer? Yo soy el alfa y la omega, principio y fin de todas las cosas, la verdad y la vida...

Con su bastón ya separó las aguas y lo agarra firme y ahora quiere unirlos y ser solo uno y mirar con los dos ojos en la misma dirección.

Ahora me alejo y por fin veo otra realidad, él está apoyado en esa mesa que es una O y una A, esa mesa que porta el líquido mágico es su apoyo, él se apoya, realmente está apoyado. Y sé que ha bebido y no dudo más. Y por eso se ha descalzado y quiere caminar libre, sentir la tierra, conocer el edén, ser verdad.





JUAN BAUTISTA PERIS

Académico de número de la Real Academia de Medicina. Botánico, geobotánico, investigador, y farmacéutico español. Posee una licenciatura y el doctorado en Farmacia. Desarrolla actividades académicas en la Facultad de Farmacia, Universidad de Valencia.

El cuadro de A. Camaró es una pieza estilizada y, tras su observación, visualización e interpretación, es evidente que el único personaje del cuadro está dentro de un habitáculo, rodeado de varios objetos elaborados por el hombre, pero parece que está como ido y aislado del mundo que le rodea, su soledad es imperiosa y tal vez meditando sobre esta situación, lleguemos a la conclusión de que está sólo ante el mundo que le circunda, con un exclusivo atributo humano espiritual y posiblemente el único que siempre perdura: su conciencia.

La conciencia no sólo rige las relaciones con uno mismo y el resto de seres humanos, también con la naturaleza que nos rodea, y precisamente en este cuadro se manifiesta claramente que el personaje está en un medio alejado de la contemplación y disfrute de la naturaleza, y que sólo el equilibrio humano se alcanza a través de unas óptimas relaciones con otros seres humanos, pero también es necesario para ello que se esté integrado y se respete el paisaje que nos rodea.

La aproximación a la naturaleza en el mundo occidental, incorporando e integrando el paisaje y humanizándolo, ocurre tardíamente y alcanza su máximo desarrollo durante la cultura islámica andalusí, en donde poetas en lengua árabe nacidos entre los siglos XI-XII en las taifas de Denia y Valencia, durante el período almorávide y almohade, como Ibn al Labbana, Abu-S-Salt, Ibn Khafaja e Ibn al Zaqqaq, y Al-Russafi, de lírica neoclásica, crearon mundos estéticos exquisitos, en donde cantaron magistralmente la calma jubilosa y el ruido sensual de las fuentes, el gozo de vivir y la magia de los jardines nocturnos y el gusto por el refinamiento de las costumbres.

El conjunto creativo de estos poetas tiene en común un elevado nivel cultural, un estilo prodigioso y característico de humanización del paisaje, en donde cuerpos y jardines son acariciados por las palabras, es el denominado género floral, y la escuela que los agrupa, la jardinera; en ella se comparan metafóricamente las flores con las estrellas, la boca con la margarita, las mejillas con las anémonas.

La humanización del paisaje a través de estos grandes poetas, pasará a todo occidente a través de la poesía trovadoresca provenzal, y perdurará en los poetas de su tierra de nacimiento y lugares limítrofes con los certámenes poéticos de los juegos florales que han perdurado hasta nuestros días.

Con la humanización del paisaje y la dramatización de las metáforas, se incorporan las plantas que lo conforman al seno espiritual y a la esfera de la conciencia de los seres humanos, y surge la necesidad de un conocimiento integral de ellas que trascienda por encima de su conocimiento físico y su utilización material.

Pero se hacía necesario también su conocimiento científico, denominándolas con un lenguaje universal, pues el nombre asignado simbólicamente se hace además imprescindible para poder encontrar e intercambiar conocimientos de ellas, además debe ser aceptado por la comunidad científica internacional; también se hace necesario para la catalogación de la biodiversidad, de la que la especie humana también forma parte. El inventario y estabilización de la nomenclatura científica de todos los seres vivos se desarrolla y estabiliza con la aportación del sueco Linneo en el siglo XVIII, personaje con amplias cualidades, erudito con clara exposición y concisa, obstinado y labo-

rioso, provisto de una mente enciclopédica, y sistemática. Su preocupación principal fue establecer los medios para la identificación y denominación de todos los organismos conocidos por entonces. Gracias a él y a sus seguidores, la sistematización y nomenclatura de los seres vivos ha alcanzado una estabilización necesaria para su conocimiento, unido a su aceptación y universalización. Aunque procesos ya antiguos como la descripción de cada uno de los seres vivos y, en el caso de las plantas, las campañas de recolección, todavía hoy sean necesarias.

El estudio de los seres vivos ha trascendido a su observación y caracterización; incorporando las nuevas tecnologías ha permitido conocer mejor sus ciclos biológicos, su anatomía, histología y citología, su fisiología, su ecología, etc., con ellas han aumentado enormemente los conocimientos biológicos, pero la mayor parte de la población humana sigue en la pobreza material y han crecido las diferencias económicas entre naciones e individuos, ricos y pobres, y de las nuevas tecnologías sólo se aprovecha un porcentaje muy bajo de la población humana. Al mismo tiempo ello conlleva la destrucción del medio natural que se está degradando a pasos agigantados, mientras que el consumo de recursos energéticos y alimentarios con el crecimiento de la población humana y sus nuevas necesidades aumenta considerablemente, y no son inagotables y va parejo con ello. La contaminación del medio ambiente como consecuencia del desarrollo industrial que ha incorporado las nuevas tecnología y las nuevas actividades humanas, ha conducido a un cambio climático, a la fragmentación de los biótopos o a su desaparición, y a la extinción de especies.

Las naciones ricas son las que explotan más el medio natural y las que más contaminan, pero este fenómeno global lo pagan igualmente las naciones que contaminan menos por falta de recursos tecnológicos, el problema se reduce a una toma de conciencia elevada personal y colectiva, de mantener el respeto y equilibrio entre los seres humanos entre ellos y con el resto de seres vivos, de lo contrario la buenaventura creced y multiplicaros puede convertirse en una maldición.

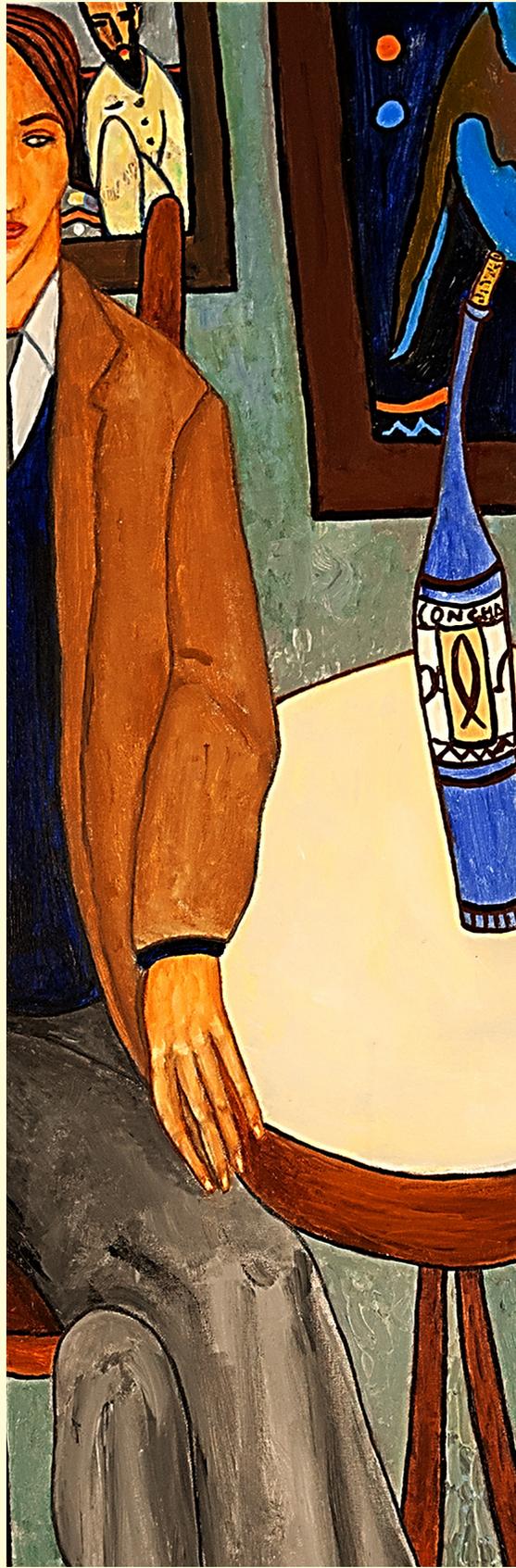
Sirva de ejemplo, de que se debe seguir el equilibrio y el respeto biológico, un fragmento traducido del arameo del Padre Nuestro, que enseñó Jesucristo a sus seguidores, del que deriva el actual:

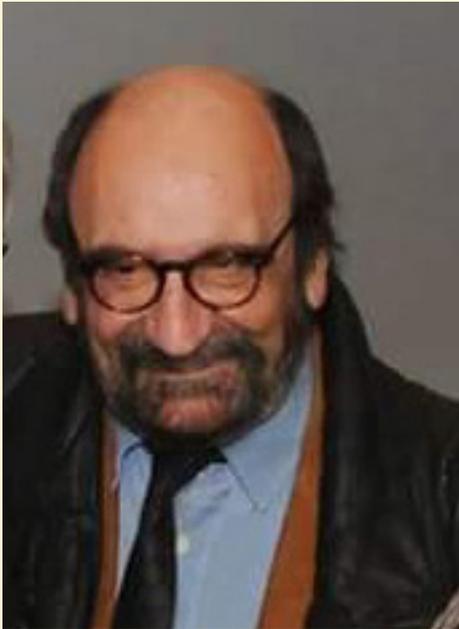
“Ayúdanos a seguir nuestro camino, respetando tan sólo el sentimiento que emana de ti, Nuestro Yo, en el mismo paso, pueda estar con el Tuyo, para que caminemos como Reyes y Reinas con todas las otras criaturas.

Que tu deseo y el nuestro, sean uno sólo, en toda la Luz, así como en todas las formas, en toda existencia individual, así como en todas las comunidades.

Haznos sentir el alma de la Tierra, dentro de nosotros, pues, de esta forma, sentiremos la Sabiduría que existe en todo”.

La soledad del individuo del cuadro representa la soledad de la humanidad, en estos momentos aislada de la mayor parte de los seres vivos que comparten nuestro planeta tierra y su falta de respeto y amor hacia ellos.





VICENTE PONCE FERRER

Doctor en BBAA por la Facultad de San Carlos de la UPV. Perfil de investigación: Historia del cine. Estética cinematográfica. Teoría del Arte. Líneas de investigación Cinematografías. Teoría del Arte contemporáneo. Estética.

SOBRE EL HOMBRE POSTMODERNO SIN ATRIBUTOS DESTACABLES

Para Laura y para Kike, infinitamente grandes

El científico flamenco Jan Van Helmont propuso en el siglo XVII denominar gas (del latín chaos, sustancia sutil) al estado de agregación de la materia en el cual, merced a ciertas condiciones de temperatura y presión, sus moléculas interaccionan sólo débilmente entre sí sin formar enlaces moleculares, adoptando la forma y el volumen del recipiente que las contiene y tendiendo a separarse, a expandirse todo lo posible por su alta concentración de energía cinética. Los gases son fluidos altamente comprensibles que experimentan grandes cambios de densidad con la presión y la temperatura. Entre sus propiedades, cabe insistir, está ocupar completamente el volumen del recipiente que lo contiene y no tener forma definida. Fue un gran momento en la historia de la ciencia.

Ese período o etapa de la historia reciente de la cultura denominada postmodernidad, que se originó y expandió durante algunas décadas del siglo XX, se parece extraordinariamente a un gas que puede adoptar varios tipos (hilarante, tóxico, irritante...) según la forma que consiga definirlo y el volumen que decida ocupar. Sin duda ha generado mucho texto, quizá demasiados libros y artículos, y su "historia" se remonta al primer tercio del siglo pasado dependiendo de quien la escriba. Con todo ese vastísimo material podría perfilarse no una historia universal de los discursos pero sí un tratado paralelo de la crueldad teórica. Fue un gran momento para construir huecos y tabiques en la historia del pensamiento.

Además de la siempre esencial lectura de los clásicos (Fredric Jameson, Perry Anderson, Charles Jenks, Ihab Hassan, la recopilación de textos de Hal Foster, la conferencia-artículo de Jürgen Habermas "Modernidad: un proyecto incompleto" y un potente etcétera que componen, al

tiempo, una historia y una teoría), cabría destacar de esa montaña de papel un texto firmado por Donald Kuspit: "El artista lo bastante bueno. Más allá del artista de la corriente vanguardista principal" (Signos de psique en el arte moderno y posmoderno. 2003) donde busca con máxima ferocidad una figura, un perfil, un cliché, un modelo de artista duradero. Uno de los gestos de configuración del motín postmoderno fue, dentro del asalto general "ocupando el volumen" de la Historia del Arte, diseñar al artista o tal vez acabar convirtiéndolo en un diseño.

Donald Kuspit es un intelectual que representa lo que podría denominarse en semiótica un modelo reducido del probable activista posmoderno: profesor de Historia del Arte y Filosofía en New York, coeditor de Artforum, Sculpture, New Art Examiner... editor de Art Criticism, miembro del consejo editorial de Centennial Review, autor de numerosos y potentes libros (algunos de ellos centrados en las vanguardias artísticas) y poseedor de varios premios por su labor en la crítica del arte. Cabe añadir que su estatuto como crítico de es el de quien ejerce tan noble actividad (la crítica), como una pasión de la cabeza, cuando también puede ejercerse (la crítica), quizá con igual nobleza y mayor utilidad social, como la cabeza de la pasión. En su texto, a cuchillo y sobre el rutinario y convencional modelo denegación/afirmación (o dicho en roman paladino, desvestir a un santo para vestir a otro), se formula una sulfurosa recusación de la vanguardia (histórica) y de sus artistas. Nada nuevo, dado que la posmodernidad persigue la desaparición del pasado como algo que pueda vertebrar el presente.

Los ejes de la operación textual de Donald Kuspit constituyen un ejemplo diáfano de cirugía mayor respecto a

las vanguardias: “las vanguardias y sus artistas nacen del descontento y de la ansiedad... en ellas se halla el reconocimiento de la precariedad de la existencia artística... es la retorcida manera de alcanzar el éxito que tiene necesariamente un narcisismo patológico... las vanguardias viven por el principio de irrealidad y ello les confiere un cierto poder revolucionario, pero es, en último término, terrorista, lo cual es una cuestión mucho más seria que simplemente ser absurdo... el vanguardismo como doctrina (cabe deducir que también sus artistas) es una forma de locura”... (sic).

La teoría postmoderna más rigorista ha expandido tanto el peligro de la vanguardia que la construcción de un modelo de artista capaz de encarnar el bien decir del arte acaba en la caricatura, en una fábrica de la obediencia. El texto sueña un artista lo bastante bueno que oscila entre lo real y la exposición decorativa: “Hoy existe una nueva necesidad de un artista lo bastante bueno, aunque no hay ninguna garantía de que históricamente llegue a haber uno mínimamente adecuado... la cuestión es si el artista lo bastante bueno, que recobra el sentido del propósito humano en la realización del arte, produce un arte lo bastante bueno... la marginalidad del artista lo bastante bueno es de una naturaleza más personal que social... tal artista renuncia al sentido de la omnipotencia que tiene el artista de vanguardia y no le interesa entablar un combate a muerte con el mundo... intenta reconstruir un sentido del yo y del mundo, está más allá de la dialéctica del reconocimiento, el éxito y la ausencia de éxito, el carisma y la falta de este. Se acepta a sí mismo de una manera de la que es incapaz el artista de vanguardia... su marginalidad es de naturaleza más personal que social...

el artista lo bastante bueno tiene un modesto sentido de la obra de arte” (sic). La muerte de las vanguardias estaba ya diagnosticada, escrita y en la nevera, de tal suerte que la putrefacción que observa Donald Kuspit es de una gran vacuidad teórica. Apenas aporta unos nombres de artistas que representen el mal decir (Mondrian, Gropius... y otros vanguardistas infames) y ningún artista de ese bien decir que él promueve, ninguno que ilumine el futuro o quizá el futuro sin futuro. Para tal acrobacia teórica merece la pena volver a la solidez de los argumentos de Leo Strauss o a las ideas de Daniel Bell que, al menos, confiaba en la religión para olvidar el modernismo.

Una de las características que distinguen a la posmodernidad de la modernidad es la ausencia e incluso la imposibilidad de pensar en una vanguardia política y artística. Donald Kuspit exprime esa vía apelando en su texto a grandes autoridades del vértice psicoanalítico (Freud, Otto Rank, Winnicott...) para acabar dibujando el perfil de un artista pequeño. Lo que se desprende de su escrito es otra teleología emancipadora de las vanguardias, una más. Y también ese saber acumulado por el pensamiento posmoderno para abrir todas las vías de adaptación a lo mundano y para que cualquier cosa sea posible sólo a condición de que abrace lo efímero. Hoy existe, es cierto, una vieja necesidad. A falta de lo que en psicoanálisis se denomina un “elemento tercero”, cabe encontrar espacios que sepan trascender la dualidad, el rutinario duelo A (modernidad/vanguardia) y (B-postmodernidad) para poder pensar en ese entre del discurso artístico.

Una representación pictórica muy notable quiere poner aspecto, encarnadura, a esa nube gaseosa de la posmo-

modernidad, que ha recorrido los últimos cuarenta años de la historia de la cultura atravesando todas las líneas de combate: es una pieza del pintor Antonio Camaró (alejado por completo del artista que patrocina Donald Kuspit), que no en vano ha titulado *L'homme postmoderne* (acrílico/óleo, 130 x 81cm., 2016).

Es evidente que un objeto artístico, que este objeto artístico, es una construcción de la mirada de su espectador, también de las ideas que puedan desprenderse de su estática presencia y de lo que contribuya a expandir acontecimientos para la memoria. Por si sola esta pieza no puede cortar la carbonización del espacio artístico en la última década del siglo pasado, no puede inmiscuirse en el debate de la posmodernidad porque tal cosa ya no circula, no procrea, tiene otros nombres, otros incendios y como corriente en el arte no ha representado un gran paso en la historia del pensamiento o en la conformación de una imprescindible masa crítica. Antes al contrario, entre las mayores ruinas del legado posmoderno está la evidencia de cómo se ha instalado en la nube contemporánea: arrai-gando la globalización económica en su cara más salvaje, promoviendo la conversión de las imágenes en el espectáculo que organiza las industrias culturales (y a la misma sociedad en sociedad del espectáculo), además de esforzándose, con perseverancia, para lograr la institucionalización de la banalidad.

Desde el siglo XIX, pintar es otro modo de preguntar sobre las distintas visiones del mundo pudiendo preguntárselo directamente a muchas miradas. *L'homme postmoderne* cristaliza en una representación pictórica el potente modo de fijar la figura del posmoderno sin atributos, sin cualidades destacables, como el mismísimo Ulrich, el personaje de Robert Musil en un relato que enseña el envés o las paradojas de la modernidad. Esta pieza se coloca fuera del encuadre de la “pintura posmoderna” y lejos del artista de madera fabricado por Donald Kuspit, pero dentro del cuadro de las primeras vanguardias (sus referencias en las inscripciones, las frases o los nombres, en la cortina que, a modo de telón, coloca los distintos elementos en un teatro donde nada es lo que parece para representar un papel, en los ojos del hombre con las “pupilas ausentes” como las que recreaba algún genio de la Escuela de París...). Un gesto irónico este de pintar a un “posmoderno” desde el elaborado regreso a una manera de pintar que evoca a las primeras vanguardias. Un cuadro, en suma, cuya demanda es una mirada atenta, ya que si se mira atentamente siempre se ve más de lo que se sabe.

Muchas obras artísticas contemporáneas, y sin duda esta obra, tratan de esquivar la levedad posmoderna y buscan adscribirse, como decía George Steiner, a las fuerzas que siguen enriqueciendo las muy menguadas reservas de la inteligencia moral en estos tiempos tan gaseosos.



MIQUEL QUEL

Médico vocacional, se formó en la Facultad de Medicina de Valencia dentro de la perspectiva convencional, destinada al abastecimiento de los Servicios Públicos de Salud con profesionales competentes. No satisfecho con la propuesta restrictiva de la medicina asistencial, amparada en criterios economicistas, amplió sus horizontes desde la visión científica de la medicina, dedicando su orientación profesional al estudio y desarrollo de los valores existenciales del ser humano.

Entiendo que yo mismo soy un hombre postmoderno. Así, nada más fácil que hablar de mí.

Nací y crecí en una familia convencional, con valores amparados en la tradición, esforzada y correcta.

Viví en una ciudad importante de mi país.

Estudié medicina en la única facultad que había.

Por entonces había un catedrático que ostentaba tres cátedras. Pensaba, ingenuo, que debía de tratarse de un hombre muy brillante.

Ahora, pintando canas, caigo en cuenta que en donde vivía no era sino una aldea.

En ella, vivir, vivíamos muchos, pero solo existían unos pocos.

Me percaté de que los pocos que existían eran unos abusos. Hombres ejemplares ni lo fueron ni lo son.

Como en mi aldea, pasa en todo el mundo. Se trata de la globalización. Esto es, en el planeta existen pocas personas, aunque vivan, o no, muchísimas otras.

La democracia, para mantener en éste el estado de las cosas, juega un gran papel.

También están los derechos universales. Suponen un gran logro para la humanidad. Si albergamos dudas podemos preguntar al respecto a los sirios, libios, afganos, iraquíes, yemenís, palestinos y, en general, a todos aquellos países con dificultades para controlar la natalidad.

Además, estos países ven con muy malos ojos la usura y creo que no sienten ninguna simpatía por la Banca Internacional.

Sin duda, por eso es que la cultura a la que pertenecen estos países no ha disfrutado nunca de la modernidad.

Oí, por ahí, que tanta gente viva molesta a los que existen. Les tapan el horizonte, les contaminan el aire, les cambian el clima, ensucian las playas y los mares. ¡Hasta islas de basura hay en los océanos!; y claro, esto no se puede consentir.

Supongo que el estado de cosas descrito debe de haber merecido una consideración adecuada por parte de los que existen. Quizás han puesto en una balanza los beneficios que proporcionan los que viven respecto de las molestias que ocasionan.

Creo que les salimos muy caros. Así se explica la crisis permanente en la que vivimos.

Sí, soy un hijo del hombre moderno, del orden y de la razón, y el mundo en el que vivo es el resultado.

“Le Monde Liquide”, que se traduce como el mundo líquido, es un término empleado para simbolizar las realidades de nuestra época (1), pero acorde con éste texto cabe entender mejor “el mundo liquida”.

Sorprende la atención que el personaje de la obra esté descalzo y mostrando los agujeros de sus calcetines, hecho que contrasta con su elegante pose y apariencia.

Al pelo me viene un símil de George Gurdjieff: “Tengo cuero muy bueno para venderle a quienes quieran hacerse zapatos con él” (2).

Comprado el cuero, lo mejor que se puede elaborar es un par de zapatos fuertes para el difícil viaje que es la vida. Nada podría resultar más útil.

¿Porque en la vida resultan imprescindibles un par de za-

patos fuertes? En palabras de Gurdjieff: “cuando llueve, el suelo se queda mojado”.

Todo tiene una causa y una consecuencia y no se hace necesario especular para entenderlo. Gurdjieff era un vendedor de ideas.

¿Qué se puede hacer con un par de zapatos de buen cuero? Sin duda, experimentar correctamente la vida. Se puede ir más lejos, mejor y a más sitios. Facilitan la adquisición de experiencias, las cuales pueden ser una fuente de conocimiento o de complacencia. Si bien, éstas, son direcciones opuestas en la conciencia.

¿Qué le ha impedido al hombre postmoderno hacerse con un par de buenos zapatos?

Yo, siendo testigo de su tiempo, puedo afirmar con absoluta seriedad que lo ha impedido la mentira en el ámbito de la ética.

Jacques Lucien Monod, Premio Nobel de Fisiología o Medicina, en 1970 publicó: hablando sobre la ética que funda el conocimiento: “Las sociedades modernas, tejidas por la ciencia, viven de sus productos, han devenido dependientes como un toxicómano de su droga. Ellas deben su poderío material a esta ética fundadora del conocimiento, y su debilidad moral a los sistemas de valores, arruinados por el mismo conocimiento, a los que intentan aún atenerse. Esta contradicción es mortal. Es ella la que excava el abismo que vemos abrirse a nuestro paso” (3).

¿Dice que los sistemas de valores están arruinados en las sociedades modernas?

¿Dios murió y el Estado es el heredero del Reino?

¡Pues vamos bien! No parece que en la actualidad los estados tengan la calidad necesaria para hacerse cargo de sus ciudadanos sin reservas.

¿Exagero? Entonces, ¿que representan los recortes en el estado del bienestar?

¿Alguna vez el hombre moderno consiguió ponerse al amparo de la mentira mediática? ¿Acaso encontró en las instituciones la defensa necesaria?

No. Las instituciones solo han buscado perpetuarse.

Podemos recordar a políticos y sindicalistas jugando a financieros en los consejos de administración de las Cajas de Ahorro. ¡Luego van y aparecen aeropuertos sin aviones! Claro que siempre podremos decir que es paisajismo del bueno. ¿Y los de los ERES? Empleaban su tiempo en jugazados con ser como Papá Noel. Aun en pleno verano conseguían regalos para familiares y amigos. Fueron muy queridos. ¿Qué decir de aquellos financieros que abrían el grifo y obtenían el dinero a chorros desde sus tarjetas opacas? Que elegantes.

Con ejemplos como estos, ¿nos puede extrañar el afán de pervivencia que tienen las instituciones?

La sistematización de la mentira mediática conduce a la pérdida de los valores éticos, morales y también los ideales que trascienden al individuo, sustituidos por la satisfacción que proporciona el consumo voraz.

¿La mentira hace daño? La mentira no solo hace daño, la mentira enloquece. Es más, la apariencia ampara la mentira.

¡La apariencia! En un mundo esquizofrénico resulta muy importante. No importa ser, lo que importa es parecer.

Por ello no se cuida aquello que no se muestra, como los calcetines.

Ofertas desprovistas de contenido son el material con el que se fabrican conciencias cada vez más leves y de mayor fragilidad.

¿Dónde quedó la reciedumbre?

La inmoralidad y la falta de ideales ha permitido que “los mercados” tomaran rehenes entre los estados.

Pero esto es la consecuencia. ¿Cuál fue la causa, sino la del poder de un sistema financiero desatado gracias a la pérdida del pudor consumista?

Entonces, ¿con que autoridad nos podemos quejar por los recortes, la pobreza o el dolor que ha ocasionado esa vasta exhibición de voracidad negligente?

Los mercados son para los estados lo que el Cochero para Pinocho. El propietario de la “Isla de los Juegos”, obtiene beneficios a expensas de la debilidad de su prójimo.

Llegado este punto no puedo menos que recordar el sueño de Nabucodonosor. En él, el material del que se constituye el ídolo pierde valor conforme desciende en su categoría anatómica, para finalmente sostenerse sobre pies de hierro y barro (4).

Esto es, en el trecho que va del dicho al hecho.

El Ídolo postmoderno observa por el rabillo del ojo una realidad que se desconfigura por instantes, perdiendo la corporeidad tal y como la concibieron los filósofos de la “sólida era moderna”.

Las reglas del juego cambian de continuo. Proyectos que ya nacen muertos y esperanzas frustradas son el legado. La ausencia de oportunidades luce con focos de neón.

Esto lo hemos de vivir nosotros ¡Qué horrible!

La marea que ocasiona la depravación, la pérdida de valores y la falta de previsión se lleva por delante los sueños que fueron concebidos a la luz de la razón.

Se esfuman también las aspiraciones que gestionan las personas y las propuestas que surgen del orden en la pro-

pia dinámica social. ¡Cuánto esfuerzo baldío!

En adelante los trabajos serán volátiles y el desempleo persistente, las expectativas serán transitorias pero los fracasos marcarán con su desesperación las vidas.

El Ídolo postmoderno se siente débil y necesita apoyo. El bastón y la silla demuestran que no se mantiene por sí solo.

Así, de “in baculum” procede “imbecillis”, carente de sensatez y experiencia, que deriva posteriormente en la acepción con la que se entiende en la actualidad la palabra imbécil, disminuido psíquico o débil mental.

Una curiosidad de la obra consiste en que los apoyos que rematan el respaldo de la silla mantienen su eje con un cuadro situado en una posición posterior y que bien podría representar a papá y a mamá.

Papá y mamá finalmente son representados como los sostenedores de Ídolo, pero no vamos a considerar la terrible experiencia que suponen criar “ninis”.

En una realidad tan evanescente cómo la que nos ha tocado en suerte aún es posible que las oportunidades disminuyan.

Esta situación se halla en puertas, de la mano de una nueva revolución tecnológica conducida por bots.

Es tragedia vil la que obliga a que muchas personas se desestimen, una vez nacidas, mucho antes de que puedan optar a su incorporación en la dinámica social del mundo adulto.

Por azar tuvo lugar al nacimiento de nuestra sociedad, la necesidad nos obligó a gestionar su desarrollo y por imbéciles la hemos quebrado.

Fue así como hemos llegado a la era del populismo y el desprecio por la razón, la ética y el conocimiento.



H.H. SWAMI RAMESHWARANANDA GIRI MAHARAJ

Presidente del espacio del encuentro interreligioso y miembro Elijah Board of World Religious Leaders (Institución interreligiosa de orden mundial que realiza encuentros con los líderes espirituales más importantes del mundo).

Cuando mi muy querido amigo, Antonio Camaró, me propuso participar en este libro acepté sin dudar, por amistad, por amor hacia su persona y hacia su obra pictórica. Obra que es expresión de una persona que, acercándose a la esencia de sí misma, ha sabido plasmar la realidad que contempla no como una simple expresión de talento, sino como expresión de un estado que es, en sí mismo, creación y libertad.

No soy crítico de arte, soy un monje contemplativo, por lo que probablemente mi alcance a la hora de evaluar esta obra de Antonio se limita a lo que este cuadro es capaz de evocar en mi sensorial, emocional y espiritualmente. Pero al mismo tiempo, mi experiencia de la contemplación me permite observar, en gran medida, libre de prejuicios y condicionamientos. Al recibir “L’homme postmoderne”, me sentí como un paciente a quien su psicólogo le presenta una imagen abstracta y le ruega que exprese lo primero que le venga a la mente, sin pensar.

Nada más posar mi mirada en el cuadro veo a un joven de aparente buena presencia y en posición también aparentemente desenfadada. Digo aparente en ambos casos porque, rápidamente, me fijo en que sus pies carecen de zapatos y sus calcetines raídos dejan entrever una inconsciencia revestida de falso ensimismamiento y, en cuanto a la postura, al mirarlo más detenidamente, constato que dista mucho de tratarse de una postura relajada. Se trata de una postura un tanto forzada, contenida, girada hacia el qué dirán, rígida, condicionada. Este hombre moderno vive sumido en la vanidad y el autoengaño. Nuestra civilización moderna se nutre de la falsa idea de que la felicidad reside en satisfacer todo deseo que se nos presenta. Sin embargo, no solo no estamos poniendo freno a dicha

dinámica, sino que vemos con buenos ojos el fomentar nuestros impulsos y apetitos, hasta el punto de llegar a considerar la naturaleza como una infinita variedad de recursos a nuestra entera disposición para explotarlos. Nuestras vidas, rodeadas de progreso y desarrollo tecnológico, manifiestan un alto grado de vacío, indiferencia, egoísmo y superficialidad. Al darnos cuenta de que nuestra vida moderna se está volviendo cada vez más sofisticada y superficial, todo el mundo hace lo posible para evadirse, narcotizarse o huir de ella.

Los calcetines llenos de rotos nos recuerdan que vivimos tiempos especialmente peligrosos. La precariedad y la incertidumbre constantes nos van obligando, incluso a pesar de nuestro autoengaño, a contemplar con estupor cómo el planeta en el que vivimos se halla en riesgo de compartir, mucho antes de lo esperado, el destino de desolación y destrucción que estamos favoreciendo. Lamentablemente, aunque hubiésemos podido evitar muchos de los desastres que ahora mismo estamos sufriendo, nuestra total falta de atención a la relación entre nuestro consumista e insostenible estilo de vida y los efectos que este tiene en el medioambiente amenaza con empujar a la humanidad a un callejón sin salida. Queremos pensar que todo lo que está sucediendo no tiene nada que ver con nosotros mismos y nos preguntamos: “Pero... ¿qué puedo hacer yo? Pues salir a tomarme un aperitivo tranquilo al bar de la esquina”.

Esa apariencia de falso ensimismamiento en definitiva esconde unas ganas de huir del momento presente, de la realidad, del dolor. Penetrar en lo interno nos resulta ajeno. De hecho, penetrar profundamente en el interior de uno mismo se está convirtiendo en algo difícil porque

no hay nadie que pueda guiarnos en ese proceso de indagación necesario para conocer cómo funciona nuestra mente. Cada persona deberá realizar el esfuerzo por sí misma, sin depender de nada ni de nadie. Me consta que todo el mundo está presto a asentir o a levantar la mano si alguien pregunta: “¿Cree usted que el mundo en el que vivimos precisa un cambio?” Pero muy diferente respuesta encontramos en esas mismas personas si la pregunta es: “¿Está usted dispuesto a cambiar para mejorar el mundo en el que vive?” Digo esto para que se comprenda la seriedad del problema ante el que nos encontramos. El problema no es qué hacer y cómo enfrentar los difíciles tiempos que vivimos, sino saber si realmente existe la posibilidad de liberar nuestra mente. Es decir, si hay una salida real, auténtica, al problema que se nos plantea. Son muchas las personas que constatan cómo los márgenes de libertad en los que vivimos se estrechan, más y más, a medida que nos sumergimos en esta civilización moderna. Cuanto más civilizados somos, menos gozamos de verdadera libertad. No vivimos en estado creativo, no hay receptividad, hemos olvidado que el diálogo se da en el momento en el que se escucha con atención. Sin libertad no hay creación y, en consecuencia, no hay salida. Parece que ha llegado el momento de meditar profundamente y cuestionar seriamente nuestra sobrecargada forma actual de vida: una forma de vivir, ser y estar que se ha vuelto mecánica y desprovista de alma.

Es triste ver que nuestro adiestramiento y educación nos conducen a pensar y sentir que somos y valemos tanto como seamos capaces de adquirir y poseer. Porque quien tiene y adquiere podrá alcanzar con facilidad una situación mejor y, en consecuencia, ser feliz y encontrar el

amor. Llamamos bienestar al hábito de vivir subyugados y dirigidos por incontables formas de condicionamiento. Y puedo sentir el enorme peso de la expectativa en una sociedad que confunde el poseer un potencial o un talento con el ser feliz. Se diría que estamos obligados a perseguir los anhelos que nos impone nuestra actual forma de vivir. “¡Serás feliz si desarrollas tu potencial!” ¿Quién lo dice? ¿Acaso la felicidad depende del desarrollo de las expectativas que la gente o nosotros mismos creamos y nos autoimponemos? ¿No será más bien esa autoimposición constante la que nos hace casi imposible la libertad y la felicidad?

Cuando menciono esa postura girada hacia el exterior que tiene el joven en el cuadro, me refiero al enorme peso que supone la búsqueda desenfrenada de la aceptación pública y la irrefrenable necesidad de manipular la opinión de las personas que nos rodean para que concuerde con la nuestra, para sentirnos seguros y a salvo en nuestro pequeño “nidito de amor”. Nos pasamos la vida intentando hacer frente a los problemas con la misma perspectiva mental que los originó. Pero ¿quién es capaz de hacer que un vaso de agua llena de partículas en suspensión se aclare, removiéndolo? y ¿cómo liberarnos de la limitada perspectiva que hemos adoptado? Es obvio que la respuesta no puede ser únicamente mental, sobre todo si el foco de atención está puesto en el exterior. Nuestra búsqueda de un espacio propio seguro y placentero, le pese a quien le pese, se ha vuelto una necesidad neurótica de nuestro tiempo. Necesitamos encajar, ser aceptados, ser valorados, “estar a gusto”, lejos de los aspectos áridos y dolorosos de la vida. Eso, tan malo, les sucede a otros... “Por favor, camarero, ¿me pone otra? ¡Hace un día tan espléndido!”.

Queda claro que, a medida que nos integramos, que nos civilizamos, nuestra autoestima se encuentra en caída libre. Algo no va bien, nada bien. Por lo tanto, mientras no seamos capaces de abordar la cuestión central, es decir, que no asumimos que el principal problema de nuestro tiempo es nuestra incapacidad para conocernos a nosotros mismos, para conocer nuestra mente, no seremos capaces de rescatarla de todas sus ansiedades, angustias, temores y condicionamientos y, en consecuencia, no conoceremos la verdadera Libertad.

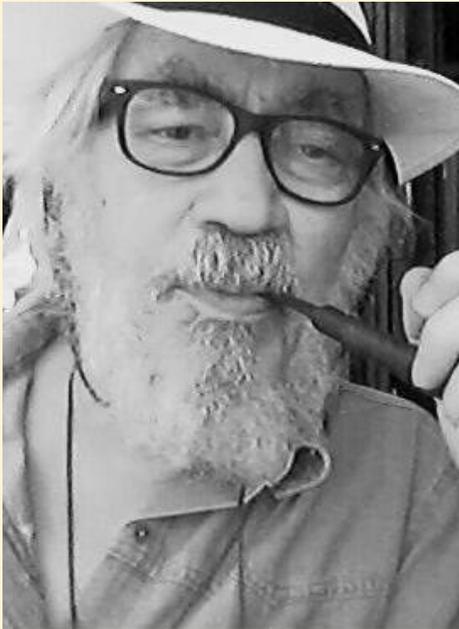
Vivimos tan absortos en nuestra visión confusa del mundo que este nos parece el único mundo posible y real. Sin embargo, nuestro “nidito de amor” no siempre consigue protegernos del dolor. La insatisfacción que acompaña siempre a las luchas de la vida nos lleva a examinar y cuestionar nuestra forma de vivir. Pensamos equivocadamente que detrás de nuestros miedos más profundos hay una enfermedad real que nos incapacita para hacerles frente, pero la verdadera enfermedad es que estamos convenci-

dos de dicha incapacidad. Esta es la neurosis espiritual a la que cada cual debe enfrentarse. Funcionamos en base a nuestras emociones conscientes e inconscientes y no en base a nuestras elecciones. Pero de pronto se abren grietas, fisuras que nos permiten constatar, en cierta medida, lo que está pasando realmente. La experiencia amenaza constantemente con destapar nuestra impermanencia, por eso mismo luchamos incesantemente por evitar toda posibilidad de revelar nuestra verdadera condición. Nos resistimos, nos resistimos mucho. De hecho, eso es precisamente a lo que me refiero: a que vivimos dedicando casi la totalidad de nuestra energía a preservar el sentido de nuestra existencia, un sentido sólido y continuo de nuestra propia “egoicidad”.

Hemos olvidado que en nuestro interior existe una verdad profunda, una inteligencia incondicional que permanece en estado latente a la espera de ser despertada, animada. Una experiencia que, en sí misma, es Creación y Libertad. Nuestro sentir más profundo. La Realidad con mayúsculas.



Los calcetines llenos de rotos nos recuerdan que vivimos tiempos especialmente peligrosos



ROMÁN REYES

Catedrático de Ciencias Sociales y Jurídicas. Estudió en la Universidad Complutense de Madrid, institución que le otorgó sendos grados de doctor en Filosofía y doctor en Ciencias Políticas y Sociología (Sociología). Ex-becario Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung MPfG (Jürgen Habermas, Institut für Sozialwissenschaften, Frankfurt am Main) y Deutsche Forschungsgemeinschaft DFG (Dieter Nohlen, Universität Heidelberg, Institut für Politische Wissenschaft), enseña entre 1975 y 2014 Filosofía de la Ciencias Sociales y Sociología del Conocimiento en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM.

“L’HOMME KANTIEN” (AMORISMO)

Cuando miro un cuadro intento espontáneamente “mirarme”. Detrás de qué trazo, color o juego me reconozco. Pero yo nunca seré el autor del cuadro. Ni jamás estaré allí donde el autor del cuadro imaginó y pintó luego el cuadro. Un obscuro relato de simismo. No sé cuáles fueron sus estímulos. Aún en el supuesto de que haya podido conocerle, nunca se conoce a alguien en el momento de su acto creativo. Sin duda “tu hombre” es la metáfora de lo real (soñado o por soñar, supuestamente vivido, historia). Y dentro de eso conjunto (realidad) te incluyo. Tener liquidez es demostrar solvencia. Pero también probar la propia inocencia: Que no se pinta para matar a alguien o para matarse a simismo.

El cuadro pintado es una generosa herramienta de libre uso y consumo. Si la obra te habla “desde la obra” (el lado oculto del cuadro, del que sólo sabe su autor). Lo crítico, lo moderno, la racionalidad instrumental es el signo de nuestro tiempo. Porque nuestro tiempo es aceleración. Rápido consumo de productos en mercados sin rostro. Deshumanizados. Tristesería que se consumiera

arte como “desarrollo”, adaptación a exigencias ‘modernas’ de disfrute. Cuando los eventuales consumidores aún no saben cómo fue posible el salto: de una edad (estado) de progreso a otro en el que ese progreso ya es historia, que se “muestra” tan solo como eso. Lo que fue. Sin que importe saber por qué y cómo fue lo que sucediera, protohistoria (en definitiva) de lo que ahora sucede.

Y sucede desarrollo. Ha llegado la hora del consumo rápido, inmediato. Tele-consumo, información que no genera bienestar posible, porque no genera conocimiento estable. Ni siquiera saber qué papel ocupó yo ahora (como ser humano) en el universo más inmediato. Cuadros como “L’homme kantien” me recuerdan que ese mi viejo oficio es actualidad, incómodo presente: aunque nadie lo sepa sigo siendo un “profeta del pasado”.

A contracorriente ese mi viejo oficio no se entendería, sin embargo, si no reivindicara lo que en mis orígenes fui: un discípulo de Giotto. Y escribo. Porque hablar lo escrito es intentar saber qué hablaríamos si habláramos “L’homme kantien” cuando pinto Giotto, hablando Antonio Camaró.

Cuando miro un cuadro intento espontáneamente “mirarme”. Detrás de qué trazo, color o juego me reconozco.



PEPE ROMERO

Catedrático del departamento de escultura de la facultad San Carlos V de la UPV. Es escultor y profesor del Departamento de Escultura de la facultad de Bellas Artes de la Universidad Politécnica de Valencia y del curso de postgrado Educación Artística y Museos de la Universidad de Valencia. Imparte las conferencias dinámicas del IVAM y su obra está expuesta en varios museos (IVAM, Reina Sofía, Diputación de Valencia, Fundación La Caja, etc.).

LENGUAJE, VELOCIDAD Y SER CONTEMPORÁNEO

En el siglo XXI el elegante hombre posmoderno con los calcetines rotos, probablemente, por sus largos recorridos a través de diversos trabajos y países, deja su lugar a un colectivo de seres de género no encasillado, de raza invisible y de condición económica irrelevante, unos seres que transitan por las tangentes construyendo frases con predicados inciertos y esperanzadores.

Estoy hablando del poeta y del artista, ambos en vía de extinción, y únicos personajes que a través del lo inútil, de lo absurdo y de la insignificancia, reivindican con sus oblicuas preguntas la innovación del lenguaje, del sentido y la consideración del objeto, no por su utilidad, sino por sus posibilidades creativas.

En el pasado se mostró la perversión del lenguaje y su conversión en la cháchara oficial e inteligible que nos llevó a la devaluación de las palabras y es por ello, que el fonema absurdo y repetitivo se convirtió en el himno de los artistas que lucharon especularmente contra la insensatez cotidiana y contra unos denostados y caducos objeto y sujeto-mercancía.

Fümms bö wö tää zää Uu,
pögiff,
kwii Ee.
Ooooooooooooooooooooooooooooo,
dll rrrrr beeeee bö
dll rrrrr beeeee bö fümms bö,
rrrrr beeeee bö fümms bö wö,
beeeee bö fümms bö wö tää,
bö fümms bö wö tää zää,
fümms bö wö tää zää Uu

Estos son los sonidos de la introducción de la Ur Sonate y podrían ser también los sonidos de cualquier declaración mediática o de cualquier tertulia política (esencialmente delirantes), en la que el espectáculo, es el único valor. La devaluación de lo dicho y de lo que se dice, la devaluación del pensamiento y del diálogo, las convierten en monólogos sordos y opacos que presentan por otro lado, esos epítetos asignados al “Hombre Posmoderno sin Atributos”.

Frente al sinsentido en el que vivimos, algunos artistas presentamos un absurdo intencionado, en el que el valor de nuestras acciones, nuestros discursos y nuestros objetos es igual o menos que cero. Cuando hablamos, lo hacemos todos al unísono y así, nuestras diatribas se tornan incomprensibles; cuando caminamos, lo hacemos a una velocidad imperceptible y recorrer tan solo unos metros, se convierte en una actividad inacabable. Practicamos una danza basada en nuestros propios gestos, los involuntarios, con los que contraemos muscularmente partes de nuestro cuerpo generando peculiares y tímidas contorsiones y lo hacemos además, en los escenarios más vulgares, desde paradas de autobús, hasta los callejones más desérticos o los modestos portales de las viviendas#.1

El lenguaje y la velocidad, contenidos de nuestra praxis, muestran por un lado, un ruido narcotizante y un caos sonoro que impiden la percepción del verbo; a veces, el sonido se ahoga y asfixiado, emerge como un estremecimiento en una convulsión perturbadora y, en esa arcada, la palabra se torna impotencia y agotamiento.2 Por otro lado, exigimos la suspensión del tiempo y por consiguiente, la destrucción de las agendas, exigimos la pausa contemplativa y el final de la acción y tiempo-mercancía, pro-

poniendo la contemplación detenida de lo que nos rodea.

“De repente, el muro se transforma en un paisaje tan intenso como lo es el rostro de los transeúntes con los que compartimos el camino y, nuestro cuerpo exige, una cinética adecuada y ajustes precisos en la articulación del movimiento. A partir de entonces, percibimos las diferentes intensidades en una lluvia nunca homogénea, los matices peculiares de las brisas urbanas y los murmullos vegetales de las plantas sedentarias”.

Pero, tanto el tiempo congelado como la disidencia delicativa, han protagonizado campañas publicitarias que dirigidas al consumo, trivializan y convierten en pura imagen aquello que podría tener otros significados y, entonces, ¿como luchar por la recuperación del sentido crítico en un entorno que clasifica de inmediato como extravagancia a todo aquello que, desde el arte, presenta de forma concisa aspectos de una realidad cruda y sin adornos?

Y también aludir a las normas, a esas “reglas de obligado cumplimiento” que se filtran en nuestras vidas obligándonos a comportamientos uniformes relacionados con

el consumo (de objetos, de tiempo y de espacio) y que, apoyadas por respuestas políticas que defienden nuestra seguridad, van estrechando nuestro espacio físico y mental. La consecuencia es el miedo y la paranoia, el estigma de la sospecha y la aceptación kafkiana de una culpa desconocida.

Pero bueno, que les voy a decir, soy un artista visual y performer, inseguro, inestable y consciente de la minusvalía del vocablo y del gesto. Estoy acostumbrado a cierta hostilidad relacionada con mi trabajo y también estoy acostumbrado a la insignificancia y a “servir a palurdos jactanciosos” decorando sus estancias y sus pensamientos. Mi espacio de confort es el intersticio y los confines del margen, lugares en donde es todavía posible el encuentro con el otro, y en mis plegarias, suplico por los malditos y por sus malditas frases, aclamando al más maldito de los malditos, al olvidado creador del teatro de la crueldad de cuyo discurso radiofónico (censurado) recuerdo vagamente dos frases: La primera afirma que los órganos son el peor enemigo del organismo y la segunda es aquella otra, que relacionaba a Dios con la ladillas.

Estoy hablando del poeta y del artista, ambos en vía de extinción



Le
Mond

CONCHA



ISAAC SANANES HASERFATY

nacido en 1956 en Tetuán (Marruecos) de una familia judía Sefardí. Cursó estudios universitarios, terminando la carrera de Arquitecto Técnico. Desde 2004 es Presidente de la Comunidad Israelita de Valencia. Ha sido miembro de la Comisión de Seguimiento del Plan contra el Racismo y la Xenofobia.

¿DÓNDE ESTÁ EL OTRO? ELIGIENDO LA VIDA EN EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Un hombre sentado en una terraza de un bar, con mirada al frente, elegantemente vestido, pero sin zapatos y con los calcetines rotos, asomándole los dedos de los pies. Así se puede describir la obra de Antonio Camaró, pero, en realidad, nos está planteando una paradoja, un elemento de ruptura, la ausencia de zapatos y los calcetines agujereados toda una metáfora de la incompletitud de la apariencia, del ser en el mundo incompleto, sorprendente, que ha perdido sus zapatos consciente o inconscientemente.

El hombre posmoderno como título nos lleva a fijarnos también en los detalles, los cuadros, la botella e incluso Kant escrito en el suelo, desechado, un hombre solo o aislado o sólo un hombre. Si es un hombre posmoderno no podemos saberlo o si ha perdido sus raíces o si no le llegó el dinero para comprar unos zapatos y prefiere aparentar una elegancia parcial.

Observo esta sugerente obra en el contexto de un encuentro interreligioso. Se agudiza mi inquietud, frente a los que consideran en general la creencia religiosa como algo dogmático e inmutable, parece que el término 'diálogo interreligioso' puede resultar una contradicción 'in terminis', ya que en los actos en que he estado presente más que un diálogo se ha tratado de una suma de monólogos, donde cada uno defiende 'su libro' admitiendo educadamente la verdad que promulga el otro, con poca empatía compruebo que las teorías o las sólidas bases en las que se fundamentan las religiones: un D-s único, principios de humanismo, justicia y preocupación por los otros, realmente tienen unas bases líquidas, en el sentido que definía Bauman, donde el hombre fluye por su existencia como un nómada, cambiando de lugares, ideas, trabajos,

religión, etc.... por lo que aquello tan definido y perfectamente estructurado como es una religión donde la mayoría de los porqués son atribuidos a la creencia, cuando lo que importa es el cómo, con esto quiero decir que no es tan importante saber porque D-s nos hizo diferentes, sino como tenemos que convivir con esa diferencia.

Podríamos intentar recurrir a la matemática e buscar un común denominador en la multitud de factores que componen las diferentes religiones, comenzando por lo más básico y quizás lo más profundo, las religiones nos quieren dar respuesta a una serie de cuestiones que nos dan mucho que pensar, pero estoy seguro de que las respuestas a esas preguntas no van a mejorar en nada la calidad de vida humana, ni va a ayudar a encontrar elementos comunes, puedo citar entre las más tópicas: ¿De dónde venimos? ¿Nos creó D-s del barro? ¿Realmente estamos hechos a su imagen y semejanza?

Sin entrar en conflictos creacionistas/evolucionistas. Es evidente que, estamos aquí y cada ser humano es esencialmente diferente al otro, por lo que con tantas diferencias ¿cuál es la imagen y la semejanza de la que provenimos?, podemos buscar más en la superficie de este mar de preceptos: mandamientos para los cristianos, mitzvot para los judíos, ahkam para los musulmanes, sila para los budistas,..... y por supuesto que encontramos elementos comunes, pongamos el más básico: el derecho a la vida, qué religión puede tener como virtud y bondad el matar al prójimo o por pasividad dejarle morir, la vida, la mía y la de los demás podría ser un factor de lógico consenso,al menos en teoría y solo sobre el papel, porque si entráramos en el debate, una vez asumida la total aceptación del derecho a la vida de cualquier ser humano, empezarían a

surgir matices, ¿y si es en defensa propia? ¿y en defensa de mis posesiones?, ¿y si con una muerte prevengo un mal mayor?, y si veo que sufre y su vida es un dolor continuo, y si tiene menos de 6 semanas de vida, empiezan a generarse dudas que manipuladas convenientemente por expertos comunicadores, gurús, monjes, ... pueden crearnos dudas acerca de nuestro sólido convencimiento de que el derecho a la vida es inalienable, y empezaremos a 'licuarlo', hasta convertirlo en argumentos justificativos de la Shoá, de la lucha contra el infiel, de la intolerancia. Desde el judaísmo la respuesta es clara en el libro Deuteronomio 30:19, podemos leer "Os di para escoger entre la vida y la muerte [...] y os exhorté a escoger la vida".

También hay que seguir el pensamiento del Talmud en el sentido de que "El hombre fue creado a través de Adán, un ser humano único, con el propósito de enseñar que quien destruye una sola vida humana, se considera como si hubiese destruido un mundo entero, pero quien salva una vida, salva a una humanidad". De lo que se infiere que somos responsables de nuestras acciones y debemos responder por ellas y también que tenemos la obligación de hacer elecciones en la medida de que somos responsables el uno por el otro.

Una de las principales tareas del hombre en la vida es realizar un esfuerzo completo para ayudar a los otros. La persona, rica o pobre, está obligada a trabajar y a esforzarse hasta las profundidades de su alma en beneficio de su prójimo. Ésta es una de las cosas más importantes y cruciales que se le pide a la persona.

Aquí emerge el concepto de *Jesed* que consiste en esforzarse por darle al otro lo que verdaderamente necesita. Cada día, el ser humano debe preguntarse en qué puedes

colaborar para sembrar semillas de bondad. No se trata de grandes obras, el *Jesed* diario puede ser en pequeños aspectos de la vida cotidiana.

Volviendo al personaje del cuadro, en *Pirke Avot* capítulo, 5:10: se dice que hay cuatro tipos de personas: La que dice: "Lo mío es tuyo y lo tuyo es mío" es un ignorante. [La que dice] "Lo mío es mío y lo tuyo es tuyo" -es una característica intermedia; y; la que dice: "Lo mío es tuyo y lo tuyo es tuyo" es un *Jasid* (persona piadosa, benévola); la que dice: "Lo mío es mío y lo tuyo es mío" es malvada.

Volvamos al personaje del cuadro, ¿Es pobre? ¿Por qué está descalzo? En Deuteronomio 15:7-11, "si apareciere algún menesteroso entre tus hermanos dentro de tu ciudad [...] no endurecerás tu corazón para con él ni cerrarás tu mano ante tu hermano necesitado, sino que le abrirás tu mano y le prestarás lo que necesite o le falte [...] Nunca faltarán pobres en la tierra, por lo cual te ordeno que abras firmemente tu mano a tu hermano y todo menesteroso que viva en tu tierra."

Pero si vemos su aparente elegancia también podemos acudir a Proverbios 3, 18: "Feliz es el hombre que halla la sabiduría y el hombre que logra entendimiento, porque esa mercancía es mejor que la mercancía de plata y esa ganancia vale más que el oro fino". El mundo de la apariencia se aleja de nuestra creencia.

Para descubrir lo que no conocemos y para comprender no puede existir un único camino. Ésta es una singularidad del pensamiento judío: la adquisición de conocimiento como precepto, como *mitzvá* -está escrito en la Torá "y aprenderéis y haréis para que aprendan".

No somos seres aislados, empeñados en triunfar, en aparentar, la postmodernidad, lo efímero, lo fragmentario se desvanece. Nuestras huellas son distintas pero nuestra condición de ser humano es idéntica. Es cierto que somos el resultado de nuestra historia personal, de nuestros encuentros y desencuentros, de lo aprendido y de lo que intentamos conocer cada día.

Quizá el retrato detrás del hombre posmoderno son sus padres o los padres del dueño del bar, seres humanos que nos han traído a este mundo para intentar que sea mejor.

Esa memoria que nos acompaña, también nos impele a entender otras historias, a generar empatías, al convencimiento de que el diálogo nos puede fortalecer aquí y ahora.

Desde la igualdad, habrá que mantener el deseo de conocer diferentes reflexiones, enseñanzas y puntos de vista, enriquecerse y seguir caminando, como una polifonía, donde todas las voces son importantes, porque promueven valores como el entendimiento y la solidaridad.

La obra de Camaró, nos está planteando una paradoja... toda una metáfora de la incompletitud de la apariencia.



RAFAEL SENTANDREU

Doctor en Farmacia por las Universidad Complutense de Madrid y Doctor (Ph.D.) en Bioquímica por la Universidad de Cambridge (R.U.). Catedrático de Microbiología y Profesor Emérito de la Universidad de Valencia. Académico Correspondiente de la Real Academia Nacional de Farmacia. Ha obtenido los Premios Severo Ochoa y Alberto Sols.

Sus obras se sumergen en el fovismo provocativo utilizando el color con intensidad, especialmente en la obra que observo en estos momentos, mostrando que el dibujo es un aspecto secundario de su trabajo ya que los colores producen un gran contraste visual. Un trabajo que se adentra además en un cubismo claro. El rojo se expresa fundamentalmente con toda su intensidad pero también el azul y el amarillo. El primero incluso limita en esta obra, como si fuera una cortina que se pliega, todo lo que nos quiere mostrar el autor.

La imagen central de la obra nos revela una persona con un sentimiento de tristeza detectable tanto en sus ojos como en su boca. La silla, el vaso, la botella y la mesa como así mismo el bastón que sostiene han perdido parte su realidad física al ser superada por el color correspondiente. La composición del fondo queda remarcada en una zona

de la obra por el color que nos muestra a unos danzantes cuya imagen debemos recuperar simbólicamente y por otra a una pareja con semblante triste que observa lo que tiene en frente.

Tanto la imagen central como las secundarias nos hacen meditar sobre el misterioso origen de la tristeza que manifiestan.

En el conjunto de la obra observo su interés por enfatizar que las luces y los medios tonos se encuentren suficientemente contrastados como para captar nuestro interés.

Puedo resumir mi opinión sobre Toni Camaró diciendo que sus obras demuestran que conoce el oficio ya que son capaces de crear ilusión de algo que no percibimos inicialmente pero que con la ayuda de la imaginación descubrimos posteriormente.

Tanto la imagen central como las secundarias nos hacen meditar sobre el misterioso origen de la tristeza que manifiestan.



FÉLIX TENA

Periodista, guionista y director de producciones audiovisuales. Licenciado en Ciencias de la Información, pertenece a la primera promoción de periodismo de Valencia. Es director de contenidos de Samarucdigital. Colabora como columnista de opinión y redactor en Valencia Plaza y en la revista Plaza. Desempeñó distintos puestos en RTVV, donde dirigió el programa Medi Ambient, galardonado con 17 premios entre ellos el Jaume I de Periodismo. También ha trabajado en Hoja del Lunes, Hoja de Valencia, El Temps, Ràdio Nou y la Cadena SER. Ha dirigido entre otros los documentales “Sorolla, el Pintor de la Llum”, “Renaix el Bosc”, “El País de les Palmeres” y “Els camins de Cavanilles”.

“Que agradable es pensar, en resumidas cuentas, que sólo el hombre puede ser un canalla”. Es la conclusión de Ijon Tichy cuando recupera la fe en “los cerebros electrónicos” tras su viaje undécimo. Ijon es uno de los viajeros espaciales más postmodernos de la literatura, salido de la trepidante imaginación de Stanislav Lem en títulos como “Diarios de las Estrellas. Viajes”, donde rebosa una hilarante ironía hacia los esquemas del comportamiento humano. El autor polaco especialmente conocido por su libro “Solaris”, que fue llevado al cine, desarrolló su obra principalmente a partir de los años 50 del siglo XX, donde afronta dilemas muy reales a través de una “sátira de ficción espacial”. Su antihéroe es un Gulliver del espacio exterior que se enfrenta, desde situaciones muy cotidianamente pedestres, a problemas que han marcado las relaciones de la sociedad desde sus orígenes. Lem aborda el abuso del poder, la opresión, la desesperanza, así como retos de futuro como los límites de la ciencia y el conocimiento. Aspectos de una trascendencia filosófica que avanzan en el tiempo con el mundo.

La ciencia ficción siempre ha solido estar vinculada a la modernidad y al progreso, incluso mucho antes que el siglo XX empezara. Una de las primeras referencias a la entrada del hombre en “la modernidad” se sitúa en la época del Renacimiento, con su recuperación de las ideas frente a los dogmas, de la luz frente a la oscuridad. No es mi intención reproducir clasificaciones ya expresadas sobre el concepto, pero sí aportar algunas pinceladas sobre una expresión ensalzada o pervertida en función de quienes la han estado usando a lo largo del tiempo, y que gracias a la pintura y la iniciativa de Antonio Camaró tenemos la oportunidad de revisar. “La modernidad” entendida como

avance hacia lo nuevo tiene uno de sus nombres más destacados en Leonardo Da Vinci, sin duda una de las personas que más ha hecho por el progreso de la Humanidad. Sus logros en diversos campos de la ciencia y las artes se asemejan a la transgresión que imprimieron John Lennon o David Bowie en la música del siglo XX. La Gioconda, La Última cena o la Virgen de las Rocas aportan más allá de su cuidada puesta en escena sensaciones y colores íntimamente turbadores, llenas, al mismo tiempo, de paz y sosiego. Si Da Vinci se distingue por su versatilidad en varias facetas, el pintor total es Diego Velázquez. Maestro de maestros como Paco de Lucía lo es como intérprete de la guitarra española, Velázquez muestra un dominio de los colores que hace brotar la luz con pasmosa naturalidad y detalle. Las Meninas, Inocencio X, El triunfo de Baco o la Venus del Espejo, encierran en sí solas buena parte de la historia del arte, de sus secretos y grandeza, más allá de cualquier concepto contemporáneo. Goya rompe nuevamente esquemas a base de pinceladas de modernidad, que muestran turbios sentimientos como reflejo de una sociedad oscura y ancestral, que sus pinturas testimonian desde la esencia. Su impactante realismo, casi impresionista, crea frescos de realidad convertidos en reportajes de un tiempo que sigue vivo en sus obras.

La manera de entender el mundo, la relación de los humanos y su percepción de él, experimenta un cambio decisivo a través de los planteamientos de Kant, que sitúa al sujeto como fuente de conocimiento del objeto. Una revolución filosófica que reúne racionalismo y empirismo, en un debate clave dentro del proceso de las relaciones de los humanos entre sí y con su entorno. En el siglo XIX las bases teóricas de un tiempo aún más nuevo las ofrece

Friedrich Nietzsche, convencido de que “la moral esclaviza al hombre”. En su búsqueda quirúrgica de la modernidad, critica los prejuicios y alaba la construcción del “superhombre”. La perversión de sus enseñanzas lleva a la negación de la diversidad humana colapsando las bases del progreso en las ideologías de los fascismos, que adaptan a su peculiar concepto de modernidad la eliminación de toda discrepancia y disidencia basada en un credo único, dominador, excluyente y racista. En esta época aflora lo peor del ser humano ensalzando los instintos básicos más excluyentes a la categoría de argumentario político, destinado al uso del poder indiscriminado. La “tecnificación” del dolor, ejemplificada en el Holocausto judío, y la destrucción sistemática de poblaciones son el resultado de la eliminación de la moral en la maquinaria de funcionamiento del sistema. La colectivización sobre la que teoriza el marxismo acaba convirtiéndose en totalitarismo en su plasmación práctica a la soviética, que muestra una vez más el fracaso de la razón ante la inercia del estado. Curiosamente los dos extremos de la balanza tienen en común el culto a la tecnología, la principal herencia de la modernidad superada, teóricamente, la etapa de los extremismos tras la Segunda Guerra Mundial. Los avances tecnológicos se afianzan al servicio de la economía, que domina el nuevo sistema global. La palabra “futuro” se convierte en sagrada, y abala todo el sacrificio necesario del trabajo humano. Un sistema que parte de un equívoco planteamiento que una vez más simplifica en exceso conceptos que deben ser entendidos en su complejidad, y que han diluido las verdades clave del pensamiento kantiano. “Las máquinas son buenas”, es el erróneo planteamiento de un sistema que eleva la tecnología como referente ideológico en sí misma, independientemente de los

beneficios que aporta. Un tractor allana un campo para permitir la plantación de cultivos. Si el trabajo del tractor se produce en la selva amazónica, destruyendo un bosque virgen, sus perjuicios son mayores que sus ventajas para el conjunto del planeta, y al final para cualquiera de los seres humanos que lo habitan. Parece lógico recordar que la tecnología no es buena ni mala en sí misma, como comprueba Ijon Tichy en sus viajes espaciales.

La explicación de la actitud humana individual, como esencia de la colectividad, se encuentra en las enseñanzas de Sigmund Freud, que independientemente de su validez médica o científica, aporta un sistema de entender la realidad a partir de la pureza del subconsciente, donde radica la esencia de la modernidad más real, la del progreso creativo y compartido. El surrealismo de Dalí, Buñuel o Breton expresan la sinceridad pura e intrínsecamente pueril del arte, elevando la anécdota a la categoría de creación sublime. La cultura de los años 60 del siglo XX supone, un avance en la postmodernidad como respuesta a la superación de viejos esquemas sobre el progreso. Entre los conceptos del movimiento hippie se encuentran la defensa de la vida buena, las relaciones fraternales entre los humanos o un incipiente respeto por el medio ambiente, una especie de regreso a la esencia de las relaciones humanas, en definitiva de una moral planetaria. La modernidad evolucionada se une al arte, teniendo en el colorido de la música de raíces psicodélicas o el pop art algunos de sus exponentes.

Hoy la postmodernidad se ha visto superada por una revolución sin precedentes en la humanidad por su radicalidad, celeridad y amplios efectos, de hecho ha cambiado la manera de vivir en todo el planeta. El lenguaje digital y la

interconexión en red, expandidos en el siglo XXI, suponen una veloz alteración de hábitos y relaciones que afectan a todos los ámbitos de un mundo globalmente conectado. También, evidentemente, al arte. Junto a los palpables y abundantes beneficios que aporta la nueva vida unida a la tecnología, como la democratización de la información o la comunicación que aporta Internet, el medio se ha convertido en un fin en sí mismo, endiosando un lenguaje nuevo donde el Smartphone marca el sistema de relación humana. Vivimos en unos tiempos que Zygmunt Bauman acuñó como “modernidad líquida”, un espacio “sin vínculos permanentes”, donde nada es para siempre y cualquier relación puede desatarse rápidamente y sin esfuerzo.

En este mundo amoral, donde importa la fugacidad del instante y debates etéreos poco trascendentes, se construyen cosas para que no perduren. Las películas rodadas en celuloide hace más de 100 años se pueden continuar visionando, mientras que las cintas de vídeos con apenas unas décadas de vida pierden sus imágenes. Los egipcios elevaron creaciones hace más de 3.000 años que aún siguen en pie, mientras que hoy “lo moderno” es conservar la información en soportes virtuales que no priorizan la perdurabilidad, sino la abundancia de la capacidad de almacenaje. En medio de esta pérdida de valores humanos y de saturación informativa sobre una civilización indefinida, el pintor Antonio Camaró nos muestra la luz. La luminosidad que desprenden los colores de su paleta transmite la vitalidad de la inocencia, el virtuosismo de la sinceridad y, en definitiva, la alegría de estar vivo. Su creación “El Hombre Posmoderno” nos transporta

a un París, que parece de entre guerras, un momento especialmente creativo y lúcido en la historia humana que encierra buena parte de lo que es capaz de hacer la cultura en manos de mentes llenas de genio. Al gesto sobrio y pensativo del personaje central del cuadro se unen a las referencias al hombre de Kant (Kant, l’homme) y los pensamientos de Bauman sobre “el mundo líquido” (Le Monde liquide) dentro de la atmosfera reflexiva de la composición, con cierta nostalgia de una aparente resignación que tanto impregna la sociedad presente. Son algunas de las referencias a la modernidad y su “post-etapa”, a través la mirada de “un Giocondo” en una café rodeado de arte, que podría ilustrar la creación cultural de los últimos siglos. Un personaje que podría deambular por alguna de las historias de Stanislav Lem, cuyo rostro encajaría también en los ambientes nocturnos de los años 80 del siglo XX en cualquier local de Valencia o Madrid. Camaró convierte esta obra en un templo de la postmodernidad que nos muestra abriendo el telón para reivindicar un mundo basado en la esencia, un regreso a los valores morales del hombre, entendido simplemente como el respeto básico al ser humano y su creatividad, sin dogmas, ni prejuicios, ni reglas, sin dependencias externas. El hombre se apoya en su bastón para seguir adelante en el mundo, a pesar de sus calcetines agujereados por los que asoman los dedos de sus pies como símbolo terrenal y de los pocos recursos económicos que necesita para seguir su camino. En el conjunto de su obra Antonio Camaró anuncia un nuevo Renacimiento, la etapa de “la modernidad buena” basada en la fuerza de la vida como el valor realmente importante. Son los colores de la postmodernidad.



RAFAEL TORRES COLLADO

Doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad de Valencia. Codirector del Máster de Medicina Naturista, Acupuntura y Homeopatía de la Universidad de Valencia. Presidente de la Asociación Española de Médicos Naturistas. Presidente de la Sección Colegial de Médicos Naturistas, Acupuntores y Homeópatas del Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Valencia. Consejero del Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Valencia. Participa periódicamente en conferencias y másteres nacionales e internacionales, así como en programas de radio, televisión y prensa escrita.

Este magnífico cuadro de Antonio Camaró me hace reflexionar sobre la medicina del futuro, hacia donde tiene que ir, se tiene que caracterizar por ser integrativa y personalizada. Integrativa porque contempla al paciente como un todo, lo que significa tener en cuenta todas las variables que le influyen (los aspectos nutricionales, los psicológicos, los familiares, los estilos de vida, los medioambientales...). A su vez es personalizada porque el tratamiento elegido y las recomendaciones se tienen que ajustan de forma individual.

En esta medicina el equipo debe estar formado a la par por médico y paciente. Ambos deben participar activamente. El médico ejercería como un entrenador y el paciente se convierte en un actor de su propia salud, consciente de la importancia de adquirir hábitos de vida saludables para mantener o recuperar su salud, sobre todo en las enfermedades crónicas, que es el gran reto que tiene nuestro sistemas de salud, que sí que tienen resuelto la atención urgente, la cirugía, las pruebas de diagnóstico, pero han fracasado en las respuesta a las enfermedades crónicas, por la falta de eficacia y eficiencia.

La medicina del futuro requiere un cambio de paradigma en nuestros actuales modelos de salud. Debemos avanzar desde un modelo reduccionista que actúa sobre los síntomas y que sólo tiene en cuenta una variable, a otro modelo holístico, en el que se establece que la totalidad de las propiedades de un sistema biológico no son explicadas solo a partir del análisis de sus partes, sino del sentido de la actuación conjunta de todas ellas. Siendo válido para mantener la salud, y para tratar enfermedades crónicas con multitud de variables.

El médico utilizará en el tratamiento todas las herramientas a su alcance, desde las más sencillas (dieta, ejercicio...) hasta las más complejas (genética, farmacología...) sin renunciar a ninguna técnica.

Motivos para el cambio del modelo de salud

Existen varias razones que avalan el cambio hacia un nuevo paradigma de modelo de salud: la ausencia en la práctica de medicina personalizada, el elevado coste de los sistemas actuales, la contaminación ambiental e industrial, el abuso de productos tóxicos, la forma de construcción de nuestros edificios...

El Dr. Dean Ornish, ha demostrado que el estilo de vida puede revertir el envejecimiento celular. Después de cinco años de investigación, demostró que los pertenecientes al grupo que se sometió a cambios de calidad de estilo de vida, tenían los telómeros de sus cromosomas –mejor indicador del envejecimiento celular– un 10% más largo que al inicio de la intervención. Por el contrario, el grupo que no había modificado su estilo de vida, los tenían un 3% más cortos. Es la primera evidencia de reversión del envejecimiento celular. Publicado en la revista *The Lancet Oncology*, online, el 17 de septiembre de 2013.

Otro factor a tener en cuenta, sobre todo en los llamados países desarrollados, es el elevado costo de los sistemas nacionales de salud. Concretamente en España, con la excesiva influencia de la industria farmacéutica, y a pesar de los cambios que estamos sufriendo, no se está viendo el final del túnel de las transformaciones en la asistencia sanitaria.

Nos encontramos con varias paradojas. Hay un esfuerzo creciente y unos resultados decrecientes, ya que actualmente en España tenemos 20 millones de personas, con una enfermedad crónica y cuando tenemos más de 65 años, hay una media de cuatro enfermedades crónicas, lo cual supone que el 80% de las consultas en Atención Primaria esta dedicadas a estos enfermos crónicos, al igual que el 60% de todos los ingresos hospitalarios.

Otra paradoja es que la salud no depende principalmente de la atención médica, solo el 11%, de la herencia el 27%, de los problemas del medio ambiente el 19% y lo que más repercusión tiene son los estilos de vida, que pueden influir en un 43% en nuestra salud.

Si además en nuestro país, lo que más crece dentro de la Atención médica, son los gastos farmacéuticos, sobre un 3% anual y concretamente en la Comunidad valenciana, en este año cerca de un 8%, con todos los efectos secundarios de los medicamentos que actualmente tenemos, sobre todo en los enfermos crónicos.

Entre las últimas investigaciones en la Universidad de Harvard, se ha comprobado que si las personas dejan de fumar, hacen ejercicio, mantienen un peso saludable y dejan el alcohol, se puede disminuir en un 59% las muertes por cáncer en la mujer y un 67% en los hombres.

En la Instituto Karoliska, con estos hábitos saludables, incluso bebiendo alcohol moderadamente, se puede disminuir en un 79% los ataques cardíacos.

Existe una amplia evidencia científica que vincula los disruptores endocrinos (sustancias químicas que alteran el equilibrio hormonal), con distintas enfermedades crónicas

como, por ejemplo, problemas de fertilidad, cánceres de tipo hormonal, daños cerebrales, obesidad o diabetes. “Estamos hablando de enfermedades cada vez más frecuentes en Europa y aunque se han logrado ciertos avances para eliminar los disruptores endocrinos de cosméticos, biberones y juguetes, la presencia de estos disruptores en ciertos alimentos de uso frecuente es preocupante”.

De la medicina reduccionista a la integrativa

Llegados a este punto, con todos los parámetros expuestos anteriormente, vemos la necesidad de un cambio de paradigma en nuestros modelos de salud. Tenemos que cambiar de criterio, de tener una medicina con un planteamiento reduccionista a una medicina integrativa. La primera mantiene las leyes de Newton, causa-efecto y obtiene resultados espectaculares para determinados problemas como la cirugía o cuando la causa es solo una variable, pero no resuelve las enfermedades crónicas. Para darles solución deberemos de cambiar de método, llegar a una medicina integrativa, partiendo de la medicina naturista como método terapéutico. Con ésta se valora que la salud la mantiene el propio cuerpo, con sus propios sistemas y que en la enfermedad son estos sistemas los que se ponen en marcha, tendiendo casi siempre a la curación y reequilibrio de los mismos. En el caso de utilizar las diferentes terapias, empezaremos por las más sencillas hasta llegar a las más complejas, sin renunciar a ninguna técnica o tratamiento de probada eficacia terapéutica.

Actualmente, este paradigma newtoniano de las ciencias exactas está temblando por el progreso de la física cuán-

tica, ya que el principio de la causalidad pierde su monopolio. Además el principio de la observación objetiva, se diluye en la subjetividad al participar directamente el observador en el experimento. La investigación en medicina convencional sigue un razonamiento causal deductivo, es decir, de lo general a lo particular, sacando conclusiones de premisas generales a conclusiones particulares, que no pueden ser refutadas, pero nunca pueden considerarse totalmente verdaderas. Es un buen método para las partículas elementales, las moléculas, las células.

El razonamiento inductivo, es una modalidad del razonamiento no deductivo que consiste en obtener conclusiones generales a partir de premisas que contienen datos particulares. Es apropiado para estudiar fenómenos psíquicos o sociales. El pensamiento causal-analítico o deductivo es superior al inductivo si ya ha habido cambios en los tejidos del individuo enfermo. En fases tempranas de la enfermedad es mejor o más concluyente el método inductivo, que va de lo particular a lo general.

En definitiva, son dos sistemas complementarios para poder inferir resultados, según el momento en que esté el individuo, sea en una fase temprana de la enfermedad o ya avanzada con alteraciones de estructuras. Por tanto, tendremos que ser rigurosos en la utilización de datos de los estudios de investigación de las bases de datos, para deducir sus aplicaciones de forma personalizada, y pensar que el método científico tiene que evolucionar, ya que solamente estudiar una variable del ser humano nos llevará a conclusiones erróneas, a veces con desenlaces fatales.

Deberemos de tener presente los principales errores, que estamos cometiendo, desde que nuestros antepasados vi-

vían en equilibrio con su entorno, a la situación actual, en la que el hombre moderno es inteligente y poderoso para modificar la naturaleza, pero no lo suficiente para cambiarla de forma positiva.

El hombre moderno está cometiendo equivocaciones importantes, que nos están originando desequilibrios difíciles de corregir, y que se incrementan de una forma exponencial: el aumento constante de la población mundial, que ha pasado de 1000 millones en el año 1825 a, posiblemente, 8.000 millones en 2025, solo en 200 años; la contaminación de los suelos, del agua, y del aire; la exagerada explotación de los mares; los efectos de las radiaciones electromagnéticas; la extinción de numerosas especies, la desertización, la destrucción de la capa de ozono y el efecto invernadero.

Hoy disponemos, en las sociedades desarrolladas como la nuestra, de medios eficaces para evitar la enfermedad, el sufrimiento y retrasar la muerte, podemos vivir más de 80 años, con buena calidad de vida en comparación con los habitantes de hace dos siglos, que no superaban los cincuenta años, fundamentalmente por la falta de condiciones higiénicas que originaban más infecciones, junto con la desnutrición. Sin embargo, nos encontramos en nuestra sociedad del bienestar, con un incremento –parece imparable– de enfermedades metabólicas y cardiovasculares, que cada día aumenta más, tenemos más de mil millones de personas en el mundo, con sobrepeso y obesidad, más que personas hambrientas.

Un problema que nos acompaña con demasiada frecuencia es el llamado estrés, que de tenerlo esporádicamente ha pasado a cronificarse en nuestras vidas. El Sistema

Nervioso Neurovegetativo, llamado a veces, inteligencia emocional, todo lo que no podemos controlar (la respiración, las emociones...) ha dado lugar a muchos cursos, conferencias, libros... para enseñarnos a controlarlos. En estas situaciones de estrés, de pérdida de control, es necesario, ya que “somos lo que pensamos” y necesitamos controlar los mensajes que mandamos a nuestra mente.

Si hay un predominio del Sistema Nervioso Simpático, estamos nerviosos y nuestros hemisferios cerebrales no trabajan coordinadamente. Si, por el contrario, tenemos un predominio del Sistema Nervioso Parasimpático, estamos relajados y nuestro hemisferios cerebrales trabajan de forma coordinada. Para ello se necesita que haya un predominio del llamado Nervio Vago, que es el responsable de que nuestra lengua este húmeda, ya que cuando está seca es porque estamos nerviosos, con un predominio del Simpático. Si aprendemos a controlar esto, que es muy fácil, solamente con dar la orden al cerebro nuestra lengua estará muy húmeda, nos acostumbraremos a tenerla así, y con ello estaremos mucho más relajados, más tranquilos y pensaremos mejor.

H. H. Swami Rameshwarananda Giri Maharaj en una conferencia magistral sobre “Meditación y Salud” organizada por la Sección Colegial de Médicos Naturistas, Acupuntores y Homeópatas del Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Valencia, en 2012, nos habló de la importancia de la meditación, dándonos las claves:

“Prestar atención, es orientar y dirigir nuestra mente hacia un objetivo concreto. En este caso prestar atención significa la posibilidad de estar presentes de forma plena y completa. Se refiere a ser individuos enteros, integrales, buenos y disponibles para el bien. Prestar atención se refiere a ser consciente y estar disponible, estar en armonía”.

Estas técnicas, junto con otras como la música o el yoga, nos pueden ayudar a desarrollar nuestra dimensión espiritual, en ese recorrido que empieza en el conocimiento de nuestro cuerpo, su relación con la mente, para alcanzar la plenitud con esa toma de conciencia que nos permitirá conocer nuestra verdadera naturaleza.

Como conclusión, la Medicina Integrativa, como dice el Dr. David RaKel que la asistencia médica esté centrada en la relación; que se tenga en cuenta las características singulares de cada persona con una interrelación mente, cuerpo, espíritu y sociedad; que el paciente sea un colaborador activo que asuma su responsabilidad personal por su salud; que esté centrada en la prevención y el mantenimiento de la salud, con atención a las opciones de tipo de vida, nutrición, ejercicio, control del estrés y bienestar emocional; que utiliza intervenciones naturales, menos invasivas antes que las invasivas y costosas siempre que sea posible; que la evidencia científica busque tanto los tratamientos convencionales como los complementarios; que se eliminen los obstáculos que puedan obstruir la respuesta curativa innata del organismo.





JUAN TORRES LÓPEZ

Catedrático en la Universidad de Sevilla en el Departamento de Análisis Económico y Economía Política. Doctor en Ciencias Económicas y Empresariales desde 1981, dos años más tarde obtuvo la plaza de profesor Adjunto de Economía Política y Hacienda Pública en la Universidad de Granada. Durante toda su vida académica ha combinado la actividad docente e investigadora con la gestión de asuntos universitarios como Director de Departamento, Vicedecano, Decano de la Facultad de Derecho y Vicerrector de Ordenación Académica y Profesorado de la Universidad de Málaga. Ha ocupado también el cargo de Secretario General de Universidades e Investigación de la Junta de Andalucía.

Al principio del capitalismo fue el salario, la compra y venta de un trozo del tiempo del hombre (y, aunque menos, también de la mujer). Enseguida, la naturaleza convertida así mismo en mercancía. Y en tercer lugar el dinero, una especie de savia, casi la sangre, del organismo económico que no se creó, como tampoco el trabajo y la naturaleza, para ser objeto de compra y venta con ánimo de lucro.

Y tras la mercantilización de esos tres recursos toda la vida quedó inserta en el único universo del mercado. No podía ser de otro modo porque no hay tiempo de trabajo humano que se pueda separar de la vida del hombre (o de la mujer) como un todo, ni ningún recurso natural deja de ser la naturaleza misma por el hecho de dar beneficio a quien se ha erigido en su antinatural propietario. El comercio o la vida.

La desnaturalización de la vida contraria a la lógica de los equilibrios más básicos y se multiplicaron las crisis que lo pusieron todo patas arriba. La más grande, la que trajo luego la segunda gran guerra, detrás de la cual vino un largo periodo de pulsos entre el capital y el trabajo, como siempre, entre el comercio y la vida.

Se llegó más lejos que nunca en la desmercantilización del trabajo y del dinero con el Estado del Bienestar, el Gran Pulso en realidad, pero con la fortaleza que daba el pleno empleo a las clases trabajadoras vino el miedo. Las masas habían dejado de ser amorfas y vencidas para convertirse en sujetos colectivos y deseosos de tenerlo todo, no solo el bienestar sino la decisión y el tiempo del futuro, sobre todo. Cundió el pánico y se puso en marcha la respuesta de emergencia. Pinochet sirvió de experimento y luego vino la Revolución conservadora: “No existe la sociedad, hay individuos y lo importante no es la economía. Lo prioritario es cambiar el alma”. Thatcher dixit y millones de individuos comenzaron a amar la diferencia, a comprar lo que creían diferente y a bajar la cabeza ya satisfechos-de-sí-mismos: “ama lo que te hace único”, “No es lo mismo pasar por el camino de los demás que trazar el tuyo”, “el reto en este mundo de más de

7000 millones de habitantes, es ser único”, “think different”. Publicidad que lo dice todo.

Lo hicieron bien, primero ella y Reagan y luego los demás, justo es decirlo.

De la producción en masa (millones y millones con las mismas cosas) a la diferenciada: las nuevas tecnologías permitieron personalizar cada producto (o hacer creer que eso era lo que hacían) para satisfacer la nueva ilusión de ser distinto, una pieza diferente y única del mosaico, un individuo. La producción, dijo un viejo filósofo de Tréveris que terminó poniendo en solfa a la teoría económica, no solo crea un objeto para el sujeto sino un sujeto para el objeto. Y de esa nueva producción diferenciada e instantánea, desde la Toyota just-in-time hasta el Benetton de los mil colores, nació el alma del nuevo tipo social, el sujeto mucho más que moderno al que le hicieron creer que no necesita hablarle a su vecino, ni sentarse en corro a sentir como sienten los demás, ni ver los ojos llorosos de quien llora por los mismos dramas que él (o que ella), ni reírse con otras gentes de las mismas cosas que a todas las gentes les producen las mismas ganas de reír. Ni ir de la mano de nadie porque le han dicho que lo que busca tiene que encontrarlo solo, que cualquiera que sea la cosa que busque solo estará en su mano si la busca por su cuenta. Recuerden: no sociedad, solo individuos.

Había nacido el sujeto-átomo, el no-sujeto, el hombre (y la mujer) sin sociedad, con alma nada más que de mercancía. En realidad, por tanto, sin alma alguna. Sin bancos en las plazas para hablarse, sin rellanos para intercambiar saludos, sin más ventanas que las pantallas del ordenador (para pinchar en el “me gusta” de Facebook que le une a causas en cualquier punto del globo mientras desahucian sin que se entere a su vecina de abajo). Sin colegas, ni compadres (ni comadres), sin compañeros, ni vecinos, ni camaradas... desconocido de todos y rodeado de seres más iguales que nunca pero cada vez más desconocidos. Ensimismado, sin otro (ni otra), indefenso y solo. Vencido.



FRANCISCO TOMÁS VERDÚ VICENTE

Es licenciado en Medicina y Cirugía, doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación, máster en Medicina Naturista, Homeopatía y Acupuntura por la Universidad de Valencia, diplomado en Lengua Jeroglífica Egipcia por la Facultad de Teología de Valencia, profesor en diversas universidades españolas de temas referentes a nutrición naturista, reflexología, iridología, osteopatía y cronobiología médica. Es colaborador de publicaciones en España, Italia y Alemania y ha publicado numerosos artículos y varios libros.

El arte es la expresión de la psique humana y por extensión de la psique de la Humanidad. Existe un arte subjetivo de muy poco valor simbólico y un arte objetivo. Este último en la medida en que es capaz de conectar con mucha más fuerza e intensidad con las ideas más puras y arquetípicas del mundo interior.

El cuadro titulado *L'homme postmoderne* de Antonio Camaró que nos ocupa trasciende lo individual y nos introduce en las estructuras y símbolos de la psique que nos hablan de la Filosofía Perenne. Este cuadro es en realidad como un mandala oriental, pero a través de un autor occidental, que ayuda tanto a su autor como a nosotros los espectadores a entender las estructuras y el lenguaje del mundo interior y a su vez del mundo que nos rodea. En ocasiones ni siquiera el artista es totalmente consciente del significado de su obra. Es el propio inconsciente colectivo o la psique la que dirige la mano y el corazón del autor para expresar las leyes universales. Y excepcionalmente la obra puede trascender al propio artista del mismo modo que los personajes mitológicos trascienden a los personajes que sirvieron de partida para la creación del mito o su manifestación en una época o en una zona del planeta.

El ser humano en la época actual ha perdido la conexión con su ser interno desde hace tiempo. Aunque en todas las épocas han existido quienes tratan de conectar con esa parte profunda del ser humano que comunica con la Conciencia Universal y quienes se empeñan en alejarse o ignorar dicho conocimiento. Mocenigo de hecho fue quien facilitó por envidia la captura y procesamiento de Giordano Bruno como cita Wilhem Reich. Desgraciadamente hay muchos Mocenigos en la actualidad que son

un reflejo de las zonas más oscuras de la psique donde reside la ignorancia que es el verdadero mal.

De hecho Mocenigo podría ser un representante muy claro del hombre postmoderno. La mujer y el hombre postmodernos se aferran al televisor y a su tablet más que a los biberones que los amamantaron. El interés por la cultura de verdad, brilla por su ausencia. Hacen que desaparezcan los libros y que en los rastros se vendan verdaderas obras de arte literarias a peso, a un euro el kilo o menos. Pero no nos engañemos, el ser humano postmoderno y alienado ya existía igualmente en la antigua Roma cuando asistía al Coliseum a decidir el destino de los gladiadores. Todas las épocas sean las que sean han albergado a las personas que desean conocimientos (filosofía) y a las que les importa un bledo conocer el sentido de la existencia. El ser humano postmoderno pertenece desgraciadamente al segundo grupo. La obra de Antonio Camaró contribuye a ayudar al ser humano a conocerse a sí mismo y a los demás a través del arte y del lenguaje simbólico del inconsciente.

Le Monde LIQUIDE, *El Mundo LIQUIDO* (con mayúsculas). Es curioso el parecido en el estilo estilizado a la obra de Modigliani, quien acabó "ahogado" en sus propios líquidos espirituosos como el alcohol, hachís, sexo, etc.. *El Mundo LIQUIDO* es un mensaje con varios niveles de interpretación. La dependencia del mundo actual de líquidos como el alcohol como "spiritus" necesario para salir u olvidarse de la falta de valores de lo cotidiano a falta de otros sistemas de desarrollo personal. *El Mundo LIQUIDO* dependiente de lo emocional barato como moneda de cambio en las interrelaciones humanas. Las figuras estili-

zadas espiritualizan la materia. Y la curvatura de los objetos les confiere dinamismo.

La posición del brazo izquierdo (en relación con el hemisferio derecho) en la mesa parece querer apartarla con lo que hay sobre ella, una botella con algún líquido, probablemente con alcohol, pero sin embargo le sirve de apoyo para desarrollar su visión global o artística que reside en el hemisferio derecho. Las funciones del hemisferio derecho se consideran femeninas y más desarrolladas en general en la mujer. En el brazo derecho sin embargo aparece el bastón como símbolo de poder y como Axis Mundi relacionados con el hemisferio izquierdo que rige el lenguaje, la lógica, la técnica, funciones estas consideradas más propias del hombre o masculinas y que le sirven de apoyo a su obra. El brazo izquierdo es tangente al círculo como símbolo de lo femenino (hemisferio derecho) y de la psique y sin embargo el brazo derecho se apoya en el bastón como símbolo fálico (lingam en la india), cetro, Eje del Mundo y totalmente masculino (hemisferio izquierdo). Podemos intuir la figura del número 10 formada por el bastón (el uno, lo masculino, Yang) y la mesa circular como símbolo del cero, del vacío, de lo femenino, Yin.

Un detalle muy curioso es que los pies parecen pezuñas propias de un Fauno como el dios Pan, símbolo de lo dionisiaco, y en lo que se transformaría el ser humano si no equilibra el bastón (lo masculino) y los líquidos (lo femenino) sobre la mesa circular (la psique) trascendiéndolos.

Curiosamente, en el cuadro que hay sobre la cabeza del chico aparece en el lado derecho (junto a la oreja derecha) una mujer (coincidiendo con la posición del hemisferio derecho) y en el lado izquierdo de su cabeza un

hombre (coincidiendo con la posición del hemisferio izquierdo). Esta relación es de una perfección absoluta y no se si su autor sería consciente de ello. Todo indica en la obra de Antonio Camaró que los elementos se ordenan a través de él. El artista es así como una especie de medium transmisor de lo que su inconsciente colectivo, su ser interno o su Sí-mismo le envía para él mismo y para los que estudiamos y admiramos su obra.

La botella está en el centro de la mesa como si de un mandala se tratara, como símbolo del Sí-mismo (Selbst) representado en el alcohol como Spiritus. La pierna derecha (en relación con el hemisferio izquierdo) está sobre la izquierda (relacionada con el hemisferio derecho), es decir que la lógica y la razón se apoyan sobre el sentido artístico y la visión global. Por otra parte la mitad superior del personaje presenta cierta compostura, corbata, chaqueta, mientras que la parte inferior (lo material) lleva calcetines negros y dedos que parecen pezuñas, sin zapatos, es decir, a lo material le falta base o no parece que se le de excesiva importancia.

La mesa es un mandala en cuyo centro aparece la botella como Axis mundi que sirve de continente al líquido que contiene, el alcohol como Espíritu (Spiritus). El vaso, símbolo del Grial, aparece próximo al centro como Selbst, siendo el que transporta parte de ese Espíritu (alcohol) al personaje principal del cuadro que representa a la Conciencia. El vaso-Grial en realidad actúa a través del corazón como símbolo fundamental del Grial. El vaso quizás pueda relacionarse también en otro sentido con el Ego que es quien utiliza la bebida para llevar el contenido del Selbst a la Conciencia como totalidad psíquica. Pero la mesa como círculo, en relación con el brazo izquierdo,

representa al hemisferio derecho y por lo tanto a lo femenino como Prakriti o mundo manifestado (Maya). Por eso aparece sobre ella escrito: Le Monde LIQUIDE, El Mundo LIQUIDO, ya que el agua representa lo femenino, las emociones y en definitiva la vida y la naturaleza en su máxima expresión.

Nótese la simetría perfecta entre la parte derecha del cuadro (con la mesa circular, la botella y el vaso) y la parte izquierda con el personaje del bastón en la mano derecha, símbolo del Axis Mundi y del Logos. Sin embargo en la zona de la cabeza, donde residen los dos hemisferios cerebrales, aparece, como ya se ha visto, un hombre en el lado izquierdo (junto a la oreja izquierda) relacionado con el hemisferio izquierdo, lo masculino, Yang, y una mujer en el lado derecho de dicha cabeza donde reside el hemisferio derecho, el femenino, el artístico, el de la visión global. El hombrecillo junto a la oreja izquierda está en relación con el brazo derecho y el bastón y la mujer que aparece junto a la oreja derecha está en relación con el brazo izquierdo y la mesa circular con la botella y el vaso. Esto es

así ya que las fibras nerviosas que vienen del lado derecho del organismo (brazo derecho-bastón) se entrecruzan a nivel bulbar y llegan al hemisferio izquierdo masculino (representado por el hombrecillo junto a la oreja izquierda); mientras que las fibras nerviosas que proceden del lado izquierdo del organismo (brazo izquierdo-mesa con la botella y el vaso) se entrecruzan también a nivel bulbar y llegan al hemisferio derecho femenino (representado por la mujer junto a la oreja derecha).

Es asombroso también cómo aparece la frase Kant l'homme junto al pie derecho que está gobernado por el hemisferio izquierdo donde reside el tipo de pensamiento analítico y racional, y curiosamente a Kant se le conoce principalmente por su famosa obra Crítica de la razón pura. ¿Es una casualidad? ¿El artista lo ha situado en el pie derecho a conciencia?. En mi opinión es el ser interno, Selbst o Sí-mismo quien sabe lo que hay que hacer y lo expresa a través de personas sensibles como lo es sin duda el autor de esta extraordinaria obra: Antonio Camaró.

El arte es la expresión de la psique humana y por extensión de la psique de la Humanidad.